



En femenino plural



LAS CIENTÍFICAS DEL MITECO

un día fueron niñas

Hoy son nuestras compañeras, nuestras amigas, nuestras jefas...
y un ejemplo para las científicas del futuro.



ambienta

N.º 146 | 2026

Imagen de portada:
Cuidar para transformar. La transición ecológica también implica poner la vida en el centro, reconocer los cuidados y construir un futuro compartido entre generaciones. Una mirada ecofeminista que conecta sostenibilidad, justicia y nuevas formas de habitar el planeta. © Imagen generada mediante IA, inspirada en Ecofeminismo y decrecimiento

Página anterior:
Los referentes también transforman el futuro. Visibilizar a las mujeres que hacen ciencia y trabajan por el medio ambiente ayuda a abrir camino a nuevas vocaciones y a que niñas y jóvenes puedan imaginarse como protagonistas de la transición ecológica.

Edita:
Subsecretaría
Ministerio para
la Transición Ecológica
y el Reto Demográfico

Charo Barroso
Directora Ambiente

Diseño
Cristina Rico
Maquetación
Ipro Organización S.L.

www.revistaambienta.es

NIPO línea: 665-20-029-3
NIPO papel: 665-24-017-9
ISSN línea: 2605-4787
ISSN papel: 1577-9491
Depósito Legal: M-11360-2024
Esta publicación no se hace responsable de las opiniones y contenidos de los artículos firmados que son responsabilidad única y exclusiva de sus autores

04

Entrevista

SARA AAGESEN

Vicepresidenta Tercera del Gobierno y Ministra para la Transición Ecológica y el Reto Demográfico

14

Ecofeminismo de la igualdad

ALICIA H. PULEO

Catedrática Emérita de Filosofía Moral y Política y codirectora del Curso Online Ecofeminismo: Pensamiento, Cultura y Praxis de la Universidad de Valladolid

24

Gobernar para sostener la vida

CRISTINA HERNÁNDEZ

Presidenta del Instituto de las Mujeres

30

La transición ecológica también tiene brecha de género

ANA PUY RODRÍGUEZ

Responsable de la Unidad de Igualdad del Ministerio para la Transición Ecológica y el Reto Demográfico

42

Transición justa con perspectiva de género

LAURA MARTÍN MURILLO

Comisionada del Ciclo del Agua y Restauración de Ecosistemas y exdirectora del Instituto para la Transición Justa

50

Mujeres, interseccionalidad y justicia climática

VANESA CASTÁN BROTO

Catedrática de Urbanismo Climático en la Universidad de Sheffield

62

Guardianas del planeta

CAPITOLINA DÍAZ MARTÍNEZ

Catedrática de Sociología de la Universidad de Valencia - Premio Nacional de Sociología y Ciencia Política 2025

70

Cuando el clima agrava la desigualdad de género

CRISTINA MONGE

Politóloga, investigadora en transición ecológica y calidad democrática

78

La igualdad de género, una pieza clave para afrontar la crisis del agua

LAURA V. IMBURGIA

Programa Mundial de la UNESCO de Evaluación de los Recursos Hídricos (UNESCO WWAP). Especialista de programa - Responsable de las actividades de agua y género y coordinadora de las actividades de capacitación

88

Sin feminismo no hay transición agroecológica

MARTA G. RIVERA

Profesora en el Departamento de Culturas Latinoamericanas e Ibéricas de la Universidad de Columbia (Nueva York)

98

Mujeres rurales

FÁTIMA CRUZ

Grupo de Investigación y Análisis Psicosocial Cátedra de Estudios de Género iuFOR - Instituto de Investigación en Gestión Forestal Sostenible Universidad de Valladolid

108

Cerrar ciclos, abrir caminos

ALODIA PÉREZ MUÑOZ

Coordinadora de la Concejalía de Transición Ecológica y Medio Ambiente en el Ayuntamiento de Getafe

116

Cambiar la inercia del bosque

ANA SANITJAS OLEA

Ingeniera de montes y jefa de la Oficina Técnica de Prevención Municipal de Incendios Forestales y Desarrollo Rural de la Diputación de Barcelona

126

La nueva mirada feminista de las jóvenes

LAURA LAGUNA ELENA

Co-responsable del área de Fortalecimiento de Red en Amigas de la Tierra

134

Ecofeminismos para repensar las organizaciones ambientales

CRISTINA ALONSO SAAVEDRA

Amigas de la tierra
SUSANA MILLÁN HURTADO
Ecologistas en Acción

NEREA RAMÍREZ PIRIS

Greenpeace España-Portugal

MERITXELL BENNASAR

SEO BirdLife

AMAYA SÁNCHEZ Y BEATRIZ NIETO

WWF

144

Cerrar la brecha digital

PATRICIA HORRILLO GUERRA

Fundadora de Wikiesfera

152

Anécdota de una editora de Wikipedia

SUSANA CLIMENT DEL CASTILLO

Vocal Asesora en el Gabinete del Subsecretario Ministerio para la Transición Ecológica y el Reto Demográfico

158

Masculinidades en transición

BAKEA ALONSO Y LIONEL DELGADO

Fundación Inicitaiva Social

166

Memoria de una vida en verde

PACA BARAZA

Bióloga, ex Comisionada para el Ciclo del Agua y Restauración de Ecosistemas y ex presidenta de la Mancomunidad de Canales del Taibilla



ENTREVISTA

SARA AAGESEN

Vicepresidenta Tercera del Gobierno y Ministra para la Transición Ecológica y el Reto Demográfico

«La transición verde no será igualitaria por sí sola»

La transición ecológica también es una cuestión de igualdad. No solo porque las mujeres sigan estando infrarrepresentadas en muchos de los sectores que están llamados a protagonizarla, sino porque transformar nuestra relación con la energía, el empleo, los cuidados y el territorio implica también preguntarnos qué sociedad queremos construir. Sara Aagesen conoce de cerca ese desafío. Ingeniera química especializada en Medio Ambiente, ha dedicado más de dos décadas a las políticas climáticas y energéticas y hoy, como vicepresidenta tercera del Gobierno y ministra para la Transición Ecológica y el Reto Demográfico, participa desde uno de los principales espacios de decisión en esa transformación. Su mirada combina la experiencia técnica con una convicción clara: la transición verde debe ampliar derechos, incorporar más talento y construir una sociedad más cohesionada.

Este número de Ambienta parte de una idea clara: la crisis ecológica no es solo ambiental, sino también social y de género. ¿Seguimos infravalorando esta última dimensión?

Sí, creo que todavía está infravalorada. Cada vez entendemos mejor que la crisis ecológica no afecta a todas las personas de la misma manera, pero la perspectiva de género sigue incorporándose muchas veces al final del debate, como un elemento añadido, cuando debería estar presente desde el principio. Persisten brechas en el acceso al empleo verde, la formación técnica y los espacios de decisión, y también diferencias en la forma en que el cambio climático y las políticas ambientales afectan a mujeres y hombres. Integrar esta mirada no consiste en poner una etiqueta a las políticas ambientales, sino en diseñarlas mejor, aprovechar el cien por cien del talento y evitar que las soluciones reproduzcan desigualdades que ya existen.

-Ha afirmado que «no podemos resolver la crisis climática sin igualdad de género». ¿Hasta qué punto existe el riesgo de construir una transición ecológica aparentemente verde pero socialmente desigual?

Ese riesgo existe, sin duda, y precisamente por eso hablamos de una transición ecológica justa. No basta con evitar que el cambio genere nuevas desigualdades: debemos aprovecharlo también para corregir brechas históricas. Podemos reducir emisiones, desplegar energías renovables o transformar nuestra movilidad y, al mismo tiempo, dejar fuera a parte de la sociedad si

«No basta con confiar en que la igualdad llegará por inercia; tenemos que actuar antes de que las nuevas actividades consoliden las brechas existentes»

las oportunidades, los empleos y los espacios de decisión no se distribuyen de forma equitativa. La transición verde debe servir para ampliar derechos, incorporar más talento, mejorar la calidad del empleo y construir una sociedad más cohesionada. Ahí está, precisamente, una de sus mayores oportunidades.

¿Y qué papel debe desempeñar la tecnología en esa transformación?

La tecnología es imprescindible, pero no es suficiente. La transición ecológica afecta a cómo producimos, consumimos, nos desplazamos, cuidamos y nos relacionamos con la naturaleza. La economía circular resume bien ese cambio, al pasar de extraer, usar y desechar a conservar, reparar y reutilizar, desde una lógica mucho más próxima al cuidado. Una transformación así requiere políticas ambiciosas, coherentes y grandes consensos sociales apoyados en la ciencia, información veraz y cercana a la sociedad, y una visión de largo plazo.

¿Y cómo se traduce esa voluntad política en medidas concretas? Por

ejemplo, ¿cómo se está incorporando la perspectiva de género al PNIIEC?

En el Plan Nacional Integrado de Energía y Clima, la perspectiva de género figura como una medida transversal específica, la Medida 6.1. Perspectiva de género, y no como una nota al margen. Esto implica analizar cómo las inversiones y las políticas climáticas y energéticas afectan al empleo, el emprendimiento, los usos de la energía, la movilidad o la participación de las mujeres, y promover una presencia más equilibrada en los nuevos empleos y espacios de liderazgo. Además, hemos desarrollado un sistema de 58 indicadores que permite identificar las brechas y seguir su evolución en distintos ámbitos de la transición ecológica. Las condiciones y los criterios de igualdad se adaptan a la naturaleza de cada instrumento: también se han incorporado a las bases y a la valoración de ayudas y, en otros, al diseño y seguimiento de las actuaciones. Hemos dado pasos importantes y debemos seguir avanzando hacia una aplicación cada vez más sistemática, medible y evaluable.

Las participantes de Efigy Girls presentan sus proyectos, en un encuentro destinado a impulsar las vocaciones científicas y tecnológicas entre niñas y jóvenes y a acercar el talento femenino a la transición energética





La jornada «Innovando en igualdad», celebrada en Sigüenza este marzo de 2026 con motivo del 8 de marzo, puso en valor el papel de las mujeres en la innovación, el desarrollo sostenible y la revitalización de los territorios rurales

Porque, al final, los indicadores también permiten saber dónde están las brechas. ¿Seguimos teniendo un problema cultural y estructural en sectores como la energía o la ingeniería?

Sí, el problema sigue siendo en buena medida cultural y estructural. No tiene que ver con una falta de capacidad o interés de las mujeres, sino con estereotipos que condicionan las vocaciones desde edades tempranas, la ausencia de referentes, culturas profesionales muy masculinizadas y barreras que aparecen después en la contratación, la promoción o el acceso a puestos de decisión. Hemos avanzado y cada vez hay más mujeres en estos ámbitos, pero no podemos dar por hecho que el equilibrio llegará solo. Hay que actuar en todos los ámbitos, desde la educación hasta el liderazgo, para acompañar y evitar que el talento femenino se pierda por el camino.

¿Hasta qué punto importa entonces quién está sentado en la mesa cuando se diseñan las políticas climáticas?

Importa mucho quién participa en el diseño de las políticas. La sociedad es diversa y necesitamos que esa diversidad esté representada también en los espacios de decisión, porque aporta experiencias, conocimientos y perspectivas distintas que enriquecen las soluciones. La transición ecológica plantea problemas complejos que

requieren miradas amplias y respuestas integrales. Por eso, una transición realmente justa exige instituciones y procesos de decisión diversos, abiertos y conectados con la realidad de la ciudadanía.

La cuestión de quién construye el conocimiento también aparece en este número. Muchas científicas y ambientalistas siguen siendo poco visibles. ¿España mantiene una deuda de reconocimiento con ellas?

España ha avanzado mucho y es hoy un país referente en políticas de igualdad, pero eso no significa que hayamos saldado la deuda de reconocimiento con tantas mujeres que han contribuido a construir nuestra ciencia y nuestra agenda ambiental. Tenemos más investigadoras, más mujeres en las instituciones y en los espacios de decisión, y más referentes visibles que hace unos años; aun así, muchas trayectorias siguen siendo poco conocidas. Recuperar sus nombres y sus aportaciones no es solo una cuestión de justicia histórica: también permite ofrecer referentes a las niñas y jóvenes y reforzar nuestra capacidad científica para afrontar los grandes retos.

Y ese desequilibrio también puede trasladarse al mundo digital. ¿Quién está construyendo hoy el relato público sobre la transición ecológica?

El relato público sobre la transición ecológica lo construyen las instituciones, los medios de comunicación, la comunidad científica, las empresas, las organizaciones sociales y la propia ciudadanía, pero no todas las voces tienen la misma capacidad de ser escuchadas. Los nuevos espacios digitales pueden ampliar la participación y el acceso al conocimiento, pero no parten de cero: se alimentan de las fuentes, los criterios de relevancia y las dinámicas de reconocimiento existentes. Si históricamente se ha citado menos a las mujeres o se ha dado menor visibilidad a sus trayectorias, ese desequilibrio puede reproducirse también en el entorno digital. Por eso, las instituciones debemos ser conscientes de estos sesgos y contribuir a corregirlos, ampliando las voces que escuchamos, citamos y hacemos visibles.

Hay, por tanto, una dimensión cultural de la transición que va más allá de las políticas ambientales. ¿Ha evitado la política climática entrar en ese terreno por miedo al conflicto?

El ecologismo lleva mucho tiempo señalando la relación entre nuestros estilos de vida y la crisis ambiental, pero para la política es una esfera especialmente delicada. Hablar de hábitos y modelos de vida puede interpretarse como decirle a la gente cómo debe vivir, anunciar prohibiciones o trasladar la responsabilidad desde las

grandes decisiones económicas hacia los comportamientos individuales. Al mismo tiempo, en los últimos años han ganado presencia voces que hacen gala del consumo excesivo, del desprecio por los límites ambientales o incluso del negacionismo como expresión de identidad. Frente a ello, no basta con regular: también debemos contraponer otros referentes de bienestar, libertad y éxito que sean deseables y compatibles con los límites del planeta.

Desde el ecofeminismo se plantea «poner la vida en el centro». ¿Eso supone cuestionar el modelo tradicional de crecimiento económico?

Implica, al menos, cuestionar que el crecimiento económico sea por sí solo la medida del progreso. Poner la vida en el centro significa preguntarnos qué actividades generan bienestar, cuáles sostienen los cuidados y los servicios esenciales y, en definitiva, qué es verdaderamente importante para las sociedades. El ecologismo y el feminismo comparten precisamente esa mirada: ambos hacen visible aquello que durante demasiado tiempo se ha dado por supuesto, tanto el trabajo de cuidados como los recursos y equilibrios naturales de los que dependemos. No se trata de renunciar al desarrollo ni de afirmar que todo deba dejar de crecer, sino de impulsar el buen crecimiento: sostenible, inclusivo, innovador y resiliente. Necesitamos más energías limpias, rehabilitación, movilidad sostenible, innovación y empleo de calidad. Se trata de orientar la economía hacia aquello

que mejora la vida de las personas, distribuye mejor las oportunidades y puede mantenerse en el tiempo sin deteriorar las bases naturales que la hacen posible.

¿Y cómo se cambia una cultura desde la política? ¿Dónde termina la responsabilidad institucional y comienza la individual?

La cultura no cambia por decreto, pero la política puede crear las condiciones para que cambie: a través de la educación, la información, los servicios públicos, las normas, los incentivos y el diseño de nuestras ciudades, pueblos y sistemas de movilidad. La responsabilidad individual es esencial, pero las decisiones personales nunca se toman en el vacío: dependen de las opciones disponibles, de su precio, de su accesibilidad y del entorno social. Por eso, las instituciones deben facilitar que las alternativas sostenibles sean también las más sencillas y asequibles, sin trasladar toda la carga a la ciudadanía. Es una responsabilidad compartida, pero no equivalente: la capacidad de actuar de los poderes públicos y de los grandes agentes económicos es mucho mayor.

El informe Mujeres en la Transición Ecológica 2025 pone cifras a una paradoja: las mujeres muestran mayor conciencia ambiental y hábitos más sostenibles, pero tienen menos presencia en los sectores verdes y en los espacios de decisión. ¿Por qué?

El estudio realizado por el MITECO nos permite hacer visible esta realidad y

«Nuestra responsabilidad es abrir camino, dar visibilidad a otras mujeres y trabajar para que nuestra presencia deje de ser noticia»

Santa Marta (Colombia) reunió a representantes de 57 países para impulsar una transición energética más allá de los combustibles fósiles, con un destacado protagonismo de las mujeres en la diplomacia climática.





«La visibilidad de referentes ayuda a romper con la idea de que las mujeres no pueden o no encajan en determinadas carreras y responsabilidades»

«Poner la vida en el centro significa preguntarnos qué actividades generan bienestar, cuáles sostienen los cuidados y los servicios esenciales»

ponerle datos. Siempre lo digo, un buen diagnóstico es un paso clave para poder actuar. Las causas son múltiples: buena parte de los nuevos empleos verdes se concentra en sectores tecnológicos e industriales todavía muy masculinizados, faltan referentes y no siempre hemos sabido presentar estas profesiones como lo que también son, trabajos con una enorme contribución social, capaces de mejorar la vida de las personas, su poder transformador y de protección del entorno. Los datos son claros, solo una de cada siete personas ocupadas en actividades verdes es mujer y, en las energías renovables, la proporción aumenta hasta una de cada tres, pero sigue lejos de la igualdad. No hablamos, por tanto, solo de un riesgo futuro: la presencia femenina en estos nuevos sectores es ya inferior a la que las mujeres tienen en el conjunto del mercado laboral.

¿Qué nos dicen estos datos sobre el futuro del empleo verde?
Demuestran que la transición verde no será igualitaria por sí sola y que debemos desplegar más medidas en formación, orientación, contratación, emprendimiento, promoción y acceso a los espacios de decisión.

¿Qué se está haciendo para que el empleo verde no reproduzca las desigualdades de otros sectores?
No basta con confiar en que la igualdad llegará por inercia; tenemos que actuar antes de que estas nuevas actividades consoliden las brechas existentes. Por eso, estamos actuando en todas las esferas: acercando las vocaciones verdes a niñas y jóvenes, reforzando la orientación y la formación técnica, facilitando itinerarios de capacitación y contratación y apoyando el emprendimiento femenino. En el Programa Empleaverde+, por ejemplo, las mujeres son un colectivo prioritario y su participación se incorpora a los criterios de valoración y seguimiento. También las ayudas empresariales del Instituto para la Transición Justa priman y bonifican la creación de empleo

femenino en territorios como las antiguas comarcas mineras, donde el empleo energético ha estado históricamente muy masculinizado. A ello deben sumarse medidas de promoción profesional, planes de igualdad y transparencia retributiva. Hemos puesto en marcha instrumentos concretos y debemos mantenerlos y avanzar en más.

Ha hablado de la importancia de los referentes. ¿Cuáles han marcado su propia forma de entender el liderazgo?
Mi gran referente es mi madre, una persona que lo dio todo en el mundo profesional a pesar de no haber tenido grandes oportunidades en materia de formación, que me inculcó el deber del trabajo, de la constancia y también mi pasión por la naturaleza. En esta transición, para mí, Cristina Narbona, Teresa Ribera, Christian Figueres, Michelle Bachelet, Mia Mottley son fuentes de inspiración que han permitido abrir un camino de liderazgo femenino en la transición ecológica.

Usted es una de las pocas mujeres al frente de la política energética en Europa. ¿Hasta qué punto la visibilidad de estos referentes puede atraer a más mujeres hacia las carreras STEM y el sector energético?
La visibilidad de referentes importa mucho, porque ayuda a romper con la idea, todavía demasiado presente, de que las mujeres no pueden o no encajan en determinadas carreras y responsabilidades. Las niñas y las jóvenes necesitan poder imaginarse en esos espacios, y ver a mujeres liderando proyectos energéticos, equipos científicos, empresas o instituciones convierte lo que parecía excepcional en posible y, después, en normal. Pero los referentes no bastan: deben ir acompañados de orientación desde edades tempranas, oportunidades formativas y entornos laborales inclusivos. Nuestra responsabilidad es abrir camino, dar visibilidad a otras mujeres y trabajar para que, dentro de unos

años, nuestra presencia deje de ser noticia.

Ha desarrollado buena parte de su trayectoria en un sector históricamente masculinizado. ¿Dónde están hoy las principales barreras para las mujeres en el ámbito energético?
Mi experiencia me lleva a introducir un matiz: dentro de la Administración he trabajado con muchas mujeres en puestos técnicos y de responsabilidad y, en el MITECO, son mayoría entre los altos cargos, donde alcanzaron el 55,6 % en 2024. Sin embargo, cuando centramos la mirada en el sector energético, el sesgo de género sigue siendo evidente. Persisten barreras visibles, como la menor presencia femenina en determinadas titulaciones y empleos técnicos, y otras más difíciles de identificar, relacionadas con los estereotipos, las redes profesionales, los modelos de liderazgo, la conciliación o una mayor exigencia para demostrar la propia capacidad.

Otro ámbito donde esa desigualdad tiene consecuencias directas es la pobreza energética. ¿Puede existir una transición energética justa si no se aborda esa realidad?
No, no es posible. Una transición energética solo puede considerarse justa si las personas pueden acceder a la energía necesaria para vivir dignamente. La nueva Estrategia Nacional contra la Pobreza Energética 2026-2030 incorpora expresamente la perspectiva de género y parte de una realidad clara: las mujeres encabezan el 74 % de los hogares monoparentales y el 72 % de los hogares de personas mayores que viven solas, dos situaciones especialmente expuestas a la vulnerabilidad energética.

Varios artículos de este número insisten en que no puede haber sostenibilidad ambiental sin sostenibilidad de la vida y de los cuidados. ¿Estamos superando la separación tradicional entre las políticas ambientales y las sociales?
Durante demasiado tiempo, las políticas

Sara Aagesen y Teresa Ribera, durante el acto de presentación del retrato oficial de la exministra, que pasa a formar parte de la galería institucional del MITECO



ambientales y sociales han avanzado por caminos separados, pero esa división se está superando. La crisis climática afecta directamente a la salud, la vivienda, el empleo, la movilidad, el tiempo disponible y las condiciones en las que cuidamos y somos cuidados. Por eso, la política climática, social, económica y ambiental debe abordarse de forma conjunta. Instrumentos como la transición justa, la lucha contra la pobreza energética o el Plan Social para el Clima responden precisamente a esa mirada.

Hemos avanzado, pero todavía debemos integrar de forma más sistemática la dimensión ambiental, social y de cuidados, porque no son agendas distintas, forman parte de una misma transformación.

¿Cree que la mayor presencia de mujeres está cambiando también la manera de hacer política climática?

La mayor presencia de mujeres está contribuyendo a ampliar la agenda y a incorporar experiencias que durante

mucho tiempo quedaron fuera de los espacios de decisión. Lo importante es que equipos más diversos plantean preguntas distintas, prestan mayor atención a los impactos sociales y territoriales y enriquecen la forma de construir acuerdos. En una política tan compleja como la climática, esa pluralidad mejora las decisiones y ayuda a que la transición responda mejor a la realidad de toda la sociedad.

Para que esa diversidad sea compatible con una carrera profesional, también hace falta hablar de conciliación. ¿Qué cambios estructurales siguen siendo necesarios?

La clave es dejar de tratar la conciliación como un problema individual, y casi siempre femenino, para convertirla en una responsabilidad de las organizaciones y del conjunto de la sociedad. La distribución desigual de las tareas de cuidado sigue siendo una de las principales fuentes de desigualdad en el mercado de trabajo. España ha avanzado de manera

importante en los últimos años con una normativa ambiciosa, especialmente con los permisos de nacimiento y cuidado iguales, individuales e intransferibles, fundamentales no solo para proteger derechos, sino también para cambiar la cultura y normalizar la corresponsabilidad desde el inicio. A ello deben sumarse horarios y agendas racionales, flexibilidad sin penalización profesional, criterios transparentes de promoción y unos servicios públicos sólidos. El liderazgo no debería exigir renunciar a la vida personal ni sostenerse sobre una red invisible de trabajo femenino.

Desde posiciones ecofeministas también se advierte de que la economía circular puede quedarse incompleta si solo hablamos de eficiencia y reciclaje. ¿Comparte esa crítica?

La comparto como una advertencia necesaria. La economía circular no puede medirse únicamente en términos de eficiencia material o toneladas recicladas; debe preguntarse también

«El liderazgo no debería exigir renunciar a la vida personal ni sostenerse sobre una red invisible de trabajo femenino»

qué empleo crea, cómo transforma los puestos existentes, quién accede a las nuevas oportunidades y en qué condiciones. El II Plan de Acción de Economía Circular incorpora precisamente como dimensiones transversales la transición justa, el reto demográfico y el género, además de una línea específica de empleo y formación.

La justicia climática también tiene una dimensión territorial. ¿Las políticas europeas están incorporando realmente esa complejidad?

Creo que Europa ha avanzado mucho en reconocer que la transición no afecta igual a todas las personas ni a todos

los territorios. Instrumentos como el Mecanismo para una Transición Justa o el Fondo Social para el Clima ponen el foco en las regiones más expuestas, la pobreza energética y de transporte, los hogares vulnerables y las pequeñas empresas, y la perspectiva de género está incorporada de forma transversal en los principales fondos europeos.

Pero reconocer cada desigualdad por separado no siempre significa comprender cómo se acumulan: no vive la transición de la misma manera una mujer joven de una ciudad que una mujer mayor, con bajos ingresos y residente en un entorno rural.

Si una joven quisiera hoy dedicarse

a la energía o a la política climática, ¿qué consejo le daría desde su propia experiencia?

No soy de dar consejos, pero creo que lo mejor que pueden hacer es seguir su vocación y confiar en ellas mismas.

Este número de Ambienta plantea que la transición ecológica es también una transformación feminista del conocimiento, del poder y de los modelos de vida. ¿Se reconoce políticamente en esa idea?

Sí, me reconozco en la idea de que la transición ecológica debe transformar también la forma en que generamos conocimiento, distribuimos el poder y entendemos el bienestar. El feminismo y el ecologismo son agendas con aprendizajes mutuos, caminos compartidos y objetivos profundamente convergentes: hacer visibles los trabajos y recursos que sostienen la vida, ampliar las voces presentes en la toma de decisiones y construir modelos de prosperidad más justos y sostenibles. No se trata de añadir la igualdad al



final de la agenda ambiental, sino de integrarla desde el principio para avanzar hacia una transición más democrática, más inclusiva y también más eficaz.

Si tuviera que señalar hoy el mayor obstáculo para una transición ecológica justa, ¿cuál sería?

Diría que uno de los mayores obstáculos es dejar de creer en los datos y en la ciencia. La desinformación, los bulos y la construcción deliberada de falsas dudas erosionan la base común que necesitamos para tomar decisiones colectivas. Podemos debatir sobre los ritmos, los instrumentos o cómo repartir los esfuerzos, pero no podemos discutir indefinidamente hechos que están ampliamente acreditados.

Cuando se debilita la confianza en el conocimiento científico, se retrasa la acción, se polariza a la sociedad y se abre espacio a quienes presentan la transición como una amenaza. Defender la ciencia, la información rigurosa y el debate público basado en evidencias es hoy una condición imprescindible para avanzar hacia una transición ecológica justa.

¿Y el mayor riesgo político?

El mayor riesgo político es que lleguen a gobernar fuerzas que niegan el cambio climático, desacreditan la ciencia, ofrecen falsas soluciones o renuncian a anticiparse a problemas que ya estamos viviendo, como los incendios o los fenómenos climáticos extremos. Pero también lo es que otras fuerzas

normalicen esos discursos o asuman sus planteamientos con tal de obtener su apoyo. La inacción y el negacionismo tienen consecuencias muy concretas sobre la seguridad, la economía y la vida de las personas. Por eso, defender políticas climáticas rigurosas, preventivas y basadas en la evidencia es también una responsabilidad democrática.

¿Y el mayor riesgo social?

El mayor riesgo social es que la transición agrave desigualdades existentes o que una parte de la sociedad sienta que vuelve a quedarse atrás. Si los costes recaen sobre quienes tienen menos capacidad para afrontarlos, si las oportunidades no llegan a todos los territorios o si las decisiones se perciben como lejanas

e injustas, crecerán la desconfianza, la polarización y el rechazo. Por eso, la transición debe proteger, acompañar y ofrecer alternativas reales: empleo, vivienda digna, energía asequible, movilidad y servicios públicos. Debe construirse poniendo el bienestar de las personas en el centro.

Para terminar: si dentro de veinte años miramos atrás, ¿qué le gustaría que dijera la historia sobre esta etapa de transformación ecológica en España?

Me gustaría que se dijera que España supo comprender la magnitud del desafío y contribuir a un cambio de rumbo que hoy ya podemos ver en ámbitos como el sistema eléctrico, cada vez más renovable, competitivo y menos dependiente. Que fuimos capaces

de mantener esa dirección incluso en momentos en los que las urgencias inmediatas llevaron a cuestionarla, y que el tiempo y los resultados demostraron que era el camino correcto. Que la descarbonización no fue un freno, sino una oportunidad para modernizar el país, abrir nuevas posibilidades industriales y mejorar la vida de las personas. Y también que entendimos que la transición ecológica no consiste solo en reducir impactos futuros, sino en revertir daños y recuperar ecosistemas esenciales, como estamos haciendo en Doñana o en el Mar Menor. Me gustaría, sobre todo, que quedara el relato de una sociedad que no se resignó ante los impactos de la crisis climática, sino que fue capaz de construir futuro con confianza y sentido colectivo.

La edición de 2026 de 'Las Cenas del Agua' reunió en abril a mujeres profesionales del sector hídrico para compartir experiencias, crear redes y visibilizar el talento y el liderazgo femenino en un ámbito estratégico como la gestión del agua.

Charo Barroso
Directora de Ambienta

ECOFEMINISMO DE LA IGUALDAD

Propuestas para otro mundo posible

ALICIA H. PULEO

Catedrática Emérita de Filosofía Moral y Política y codirectora del Curso Online Ecofeminismo: Pensamiento, Cultura y Praxis de la Universidad de Valladolid

Frente a la crisis ecológica y las desigualdades persistentes, el ecofeminismo propone una transformación basada en la justicia, el cuidado y la sostenibilidad.

Frente a la crisis ecológica y las desigualdades persistentes, el ecofeminismo propone una transformación basada en la justicia, el cuidado y la sostenibilidad. ¿Qué tiene que ver el feminismo con la ecología y con el ecologismo? ¿Por qué hablar de feminismo cuando de lo que se trata es de preservar el medioambiente? ¿Tiene sentido relacionar feminismo y ecología? ¿Es ésta una forma de diluir las reivindicaciones feministas? Muchas veces he escuchado estas preguntas suscitadas por el término "ecofeminismo". A veces provenían de gente que simplemente quería informarse, pero en la mayor parte de las ocasiones, las formulaban activistas feministas o ecologistas que sentían como una amenaza la puesta en relación de ambas temáticas. Feminismo y ecologismo se han dado la espalda durante mucho tiempo; aunque, cierto es que, en los últimos años, ha habido un acercamiento y una mayor comprensión de sus vínculos.

Cada vez es más difícil ignorar los desequilibrios climáticos. Ya afectan y amenazan nuestra vida cotidiana. Olas de calor más numerosas, inundaciones y sequías, incendios de sexta generación... Sólo una inconsciente voluntad de no ver la realidad puede todavía alimentar el negacionismo climático. La gravedad de la crisis ecológica ha obligado a repensar las categorías clásicas del pensamiento político y moral¹. Han surgido nuevas subdisciplinas de la filosofía

como la Ética Ambiental y la Ética Animal que abordan la cuestión de nuestra responsabilidad en el trato dado a la naturaleza no humana. El deterioro acelerado de los ecosistemas, el cambio climático y la pérdida de biodiversidad plantean cuestiones éticas y civilizatorias de gran calado. Y, ante las preguntas recurrentes a las que me he referido más arriba, es necesario recordar que el feminismo siempre se ha interesado por los problemas de su época. Así como, ya en el siglo XIX, la explotación del proletariado en el liberalismo salvaje dio lugar a la aparición de un feminismo socialista, hoy, la crisis ecológica genera pensamiento ecofeminista.

El agravamiento de la crisis socioambiental ha propiciado un renovado interés por el ecofeminismo. Este resurgir responde, por un lado, a la evidencia científica sobre los límites del modelo de desarrollo actual, y por otro, a la creciente conciencia ecologista y animalista, especialmente en las generaciones jóvenes. Hoy resulta cada vez más evidente que no puede haber justicia social sin justicia ecológica, ni emancipación de las mujeres sin una transformación de las relaciones con la naturaleza. No se trata de desplazar el eje de las preocupaciones del feminismo, del ecologismo o del animalismo. Por el contrario, su conexión ofrece nuevas perspectivas y soluciones para los problemas de nuestra época.





El ecofeminismo propone una transformación social y ecológica basada en la igualdad, el cuidado y una relación sostenible con la naturaleza

No hay justicia social sin justicia ecológica ni emancipación de las mujeres sin otra relación con la naturaleza

Teoría y praxis

El ecofeminismo es una teoría y una praxis que contiene una visión empática de la Naturaleza y una redefinición del ser humano como parte de la red de la vida. Nos invita a ir más allá de los mandatos patriarcales de dominación y conquista, concibiendo nuestro ser en el mundo como caracterizado por la interdependencia y la ecoddependencia.

Desde sus orígenes en la década de los setenta del siglo XX, cuando Françoise d'Eaubonne acuñó el término, el ecofeminismo ha señalado la conexión entre la dominación de las mujeres y la explotación de la naturaleza. Esta vinculación no se plantea como una mera analogía, sino como el resultado de un modelo de pensamiento que instrumentaliza aquello que considera inferior. Existe una larga tradición cultural que ha reducido a las mujeres y a la naturaleza a simples recursos disponibles. En la Política de Aristóteles, por ejemplo, las mujeres y los animales son caracterizados como cuerpos, como materia al servicio del hombre griego poseedor de la capacidad de la razón, por lo tanto, legitimado para asignarles una finalidad.

Los planteamientos ecofeministas no han

estado exentos de tensiones. Durante mucho tiempo, amplios sectores del feminismo observaron el ecofeminismo con recelo, en parte debido a ciertas derivas esencialistas que identificaban a las mujeres con la naturaleza de forma acrítica, pero también porque planteaba una revalorización de las tareas del cuidado. Tales enfoques corrían el riesgo de reforzar estereotipos tradicionales, devolviendo a las mujeres al ámbito de lo reproductivo y lo doméstico. Así lo vio Simone de Beauvoir y por ello desestimó la propuesta ecofeminista de D'Eaubonne, afirmando que las supuestas virtudes del cuidado sólo eran virtudes del esclavo. Asimismo, algunas teóricas ecofeministas han cuestionado la interrupción voluntaria del embarazo y hasta las prácticas anticonceptivas, lo que generó un comprensible rechazo en amplios sectores feministas. Hoy, la evolución de las teorías y un mejor conocimiento de los distintos planteamientos muestra que esos desencuentros entre feminismo y ecofeminismo no son inevitables. El ecofeminismo puede integrar perfectamente las conquistas del feminismo con la nueva sensibilidad ecológica.

El ecofeminismo posee una dimensión intercultural. Numerosas campesinas e indígenas de América Latina han asumido con

valentía la defensa de sus territorios frente a la megaminería y otras industrias extractivas. Denuncian la destrucción ambiental, la pobreza y las formas de neocolonialismo que perpetúan la desigualdad a escala planetaria. Es representativa de esta lucha la figura de la líder indígena Berta Cáceres, asesinada en 2016 por oponerse a la construcción de una megacentral hidroeléctrica en las tierras del pueblo lenca, en Honduras. A menudo, estas defensoras de los territorios se apoyan en cosmovisiones de los pueblos originarios al tiempo que cuestionan la subordinación sexista que sufren en sus propias comunidades. En consecuencia, el ecofeminismo invita a un diálogo de saberes que reconozca la voz de estas mujeres y el valor de formas de pensamiento que han mantenido una relación más respetuosa con la naturaleza².

Además, no busca sustituir una agenda por otra; invita a comprender su interdependencia. La violencia de género, la desigualdad económica, los conflictos bélicos y la explotación laboral están profundamente conectadas con las dinámicas extractivistas³ que degradan los territorios y precarizan la vida sobre todo en el Sur Global. Al ofrecer una mirada que integra estas dimensiones, permite comprender mejor la crisis actual.

En 1979, la fusión accidental del núcleo del reactor de Three Mile Island, en EEUU, impulsó a un gran número de mujeres a reunirse en la que sería considerada años después, como la primera conferencia ecofeminista de la historia © National Archives and Records Ad

El presidente Jimmy Carter llegó a Three Mile Island para inspeccionar la planta © National Archives and Records Ad



Revalorizar los cuidados no implica reforzar los roles de género

Un ecofeminismo de la igualdad

Habiendo formado parte del Seminario Feminismo e Ilustración creado por la filósofa Cèlia Amorós a finales de los años ochenta en la Universidad Complutense de Madrid, es decir, proveniente del feminismo de la igualdad, mi propósito ha sido desarrollar una teoría ecofeminista que no renuncie a su legado. El ecofeminismo de la igualdad que planteo conjuga la crítica ecológica con los principios fundamentales del feminismo ilustrado, evitando tanto el esencialismo de la mistificación mujer-madre-naturaleza como el relativismo cultural que no se preocupa por el sometimiento de las mujeres si se da en sociedades ecológicamente sostenibles.

La incorporación de la preocupación ecológica no debe suponer en ningún caso un retroceso en los derechos conseguidos por las mujeres en la ya larga lucha feminista. El derecho a decidir ser o no ser madres es un logro irrenunciable que debe ser preservado. El ecofeminismo de la igualdad que propongo se distancia, así, de aquellas teorías ecofeministas que, en nombre de la santidad de la vida, han cuestionado este derecho. Mi enfoque rechaza también la idea de que la solución a la crisis ecológica consista en un retorno a formas de vida premodernas. La idealización de sociedades tradicionales o la demonización de la tecnología son simplificaciones que no responden a la complejidad del problema. La ciencia y la técnica han contribuido de manera decisiva al bienestar humano. No se trata de negar este hecho. Considero que el ecofeminismo debe evitar tanto la tecnofobia como lo que llamo “tecnolatría” (de latría: adoración, culto). La tecnolatría adquiere hoy en día la forma de una creencia ingenua, o de una afirmación interesada, que sostiene que las tecnologías del futuro (aún no inventadas y probablemente nunca logradas) solucionarán el cambio climático y el general deterioro ecosistémico. Su corolario es que, mientras tanto, podemos seguir devastando el planeta.

La tradición ilustrada, con su defensa de la libertad, la igualdad y la crítica al

prejuicio, constituye un legado valioso que debe ser preservado. En cambio, es necesario cuestionar la racionalidad meramente instrumental dominante que ha promovido una relación de dominio sobre la naturaleza. Al atender sólo a objetivos de corto plazo, generalmente de orden económico, esta racionalidad tan limitada no es capaz de ver las consecuencias negativas a medio y largo plazo. El ecofeminismo de la igualdad propone al respecto una superación del paradigma neoliberal orientada hacia una ética de la mesura y de la responsabilidad. Esta ética enlaza con la noción griega clásica de *sophrosyne*, de la moderación que advertía contra los excesos de la desmesura (*hybris*). Frente a un modelo basado en el crecimiento ilimitado y el consumo desenfrenado, es necesario aplicar el principio de precaución, ya aprobado hace años en la Unión Europea, pero cada vez menos respetado.

Podemos considerar el ecofeminismo como “una filosofía y una praxis emergentes contra la dominación patriarcal androantropocéntrica y neoliberal”⁴. Androcentrismo es un concepto crítico forjado por el feminismo. Se refiere al sesgo que hace del varón y de su experiencia la medida de todas las cosas. El antropocentrismo, noción crítica proveniente de la ética ambiental, es la creencia de que sólo lo humano tiene valor en sí. Es una ideología muy arraigada que desprecia a los animales y al resto de la Naturaleza, sólo los concibe como recursos, instrumentos para el bienestar humano. Ambos prejuicios están ligados en la historia y en la praxis. Superar el androantropocentrismo implica alcanzar la igualdad entre hombres y mujeres, abandonar el ansia de poder y dominación que lleva a las guerras, controlar el afán desmedido de lucro y reconocer el valor intrínseco del mundo natural, ampliando nuestro horizonte moral más allá de lo humano.

La ética del cuidado ecofeminista extiende su mirada para abarcar también a los animales y a los ecosistemas. Tradicionalmente asociado a las mujeres y relegado al ámbito privado, a las tareas del hogar, a la crianza y a la atención a los enfermos y a los ancianos,

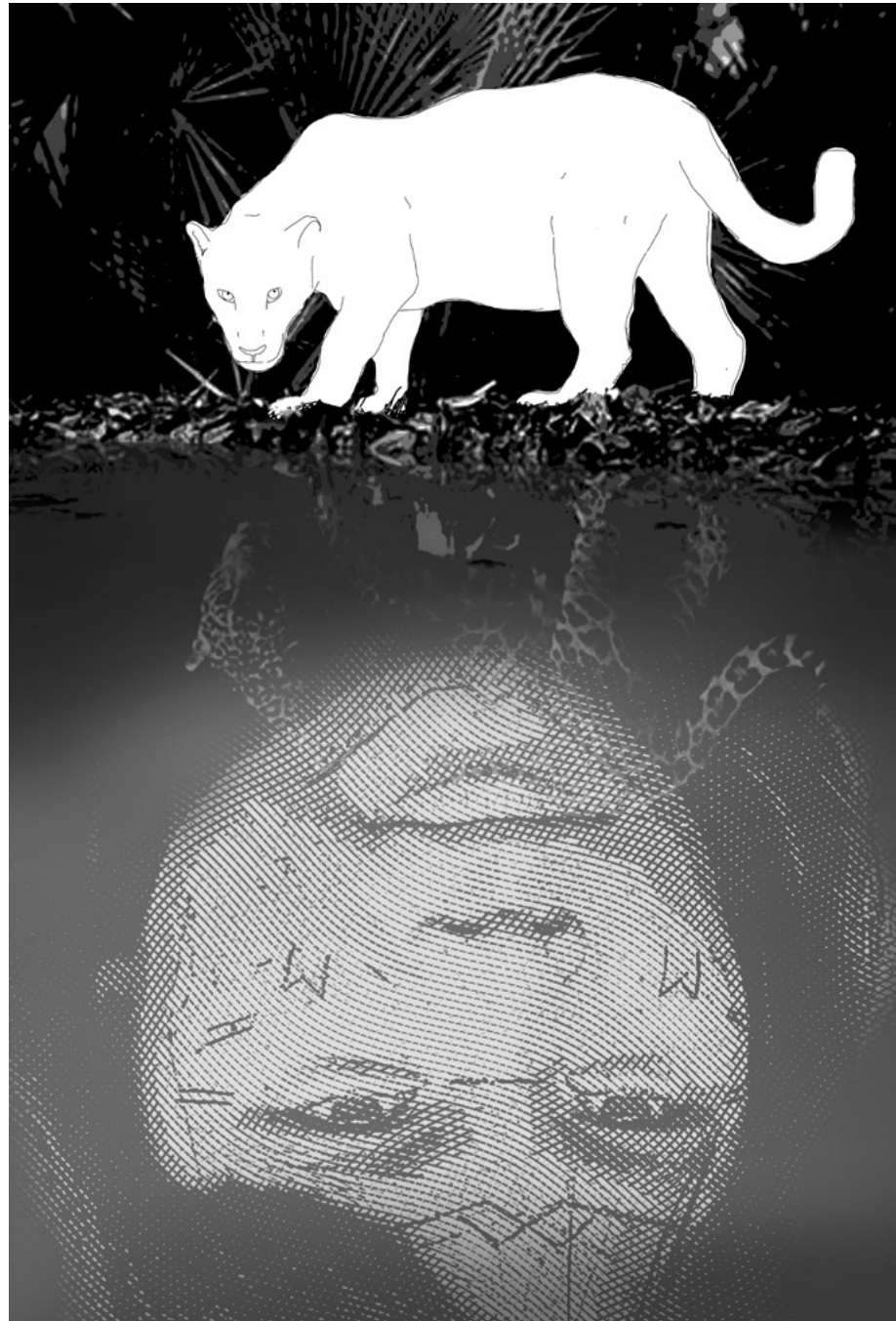


el cuidado ha sido devaluado frente a valores considerados masculinos, como la competencia o la conquista. Sostengo que se puede revalorizar estas prácticas sin que ello implique un refuerzo de los roles de género. El cuidado ha de ser universalizado, es decir, enseñado tanto a niños como a niñas y asumido por todas las personas adultas. Solo así podrá convertirse en un principio justo que organice la vida social y política. La corresponsabilidad en las tareas del cuidado constituye un requisito indispensable para la igualdad efectiva.

Asimismo, el ecofeminismo denuncia las nuevas formas de cosificación que afectan a las mujeres en el mundo globalizado. El negocio de los vientres de alquiler toma prestadas de la mecánica despiadada de la ganadería industrial su lógica y algunas de sus técnicas. La prostitución y los malos tratos se incrementan en las regiones del Sur global en que está implantada la megaminería. La crítica ecofeminista pone de manifiesto que la violencia patriarcal y la explotación de la naturaleza forman parte de un mismo sistema de colonización de la vida.

Reconocida con el Premio Goldman de Medio Ambiente, Berta Cáceres se convirtió en un símbolo internacional de la defensa ambiental y de los pueblos indígenas tras ser asesinada en 2016 por su activismo
© COPINH

El ecofeminismo de la igualdad une crítica ecológica y feminismo ilustrado



‘Cuando el jaguar despierta’
© Verónica Perales

«Una larga tradición cultural ha reducido a mujeres y naturaleza a recursos disponibles»

En cuanto al diálogo intercultural, su práctica no exige aceptar acríticamente todas las tradiciones culturales. Tal como lo concibo, el ecofeminismo de la igualdad defiende una posición que combina el respeto por la diversidad con la crítica a las prácticas que vulneran los derechos humanos de las mujeres. Se trata de un interculturalismo crítico, capaz de aprender de otras formas de vida sin renunciar a los principios de igualdad y autonomía.

En definitiva, el ecofeminismo de la igualdad propone un camino que entrelaza la justicia social, la igualdad entre mujeres y hombres, la sostenibilidad ecológica y el cuidado universalizado y extendido más allá del mundo humano. Vemos, pues, que el ecofeminismo no es un simple agregado de feminismo y ecologismo. Es un elemento de profundización de la crítica que ilumina causas, modos y efectos de la subordinación de las mujeres al hilo del mayor desafío al que se enfrenta hoy la humanidad: detener su rumbo autodestructivo y hacer posible una vida digna para las generaciones futuras y el resto de los seres vivos.

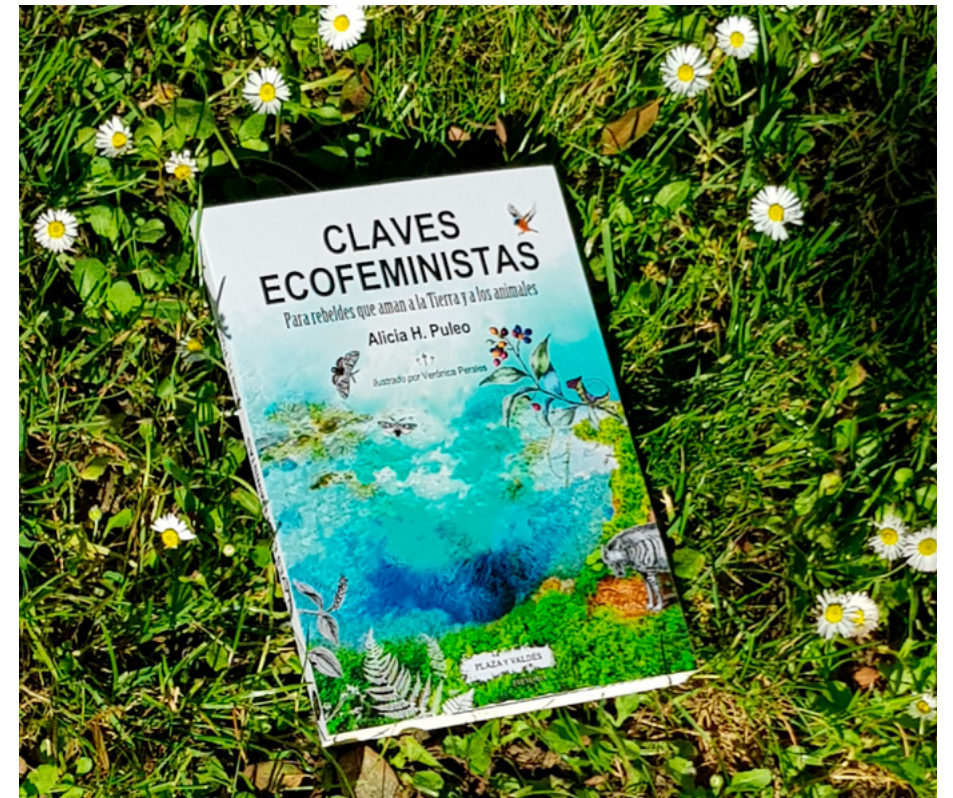
Propuestas de acción

Si el ecofeminismo aspira a ser algo más que un marco teórico, debe traducirse en propuestas concretas capaces de orientar la acción individual y colectiva. La magnitud de la crisis ecológica exige respuestas que aborden tanto las causas estructurales como las prácticas cotidianas.

En el orden de lo simbólico, es necesario promover un cambio en los valores que definen lo que entendemos por una vida buena. El modelo dominante, centrado en la acumulación de bienes y el consumo ilimitado, ha demostrado ser insostenible desde el punto de vista ecológico e insatisfactorio y alienante para las personas. Frente a él, el ecofeminismo propone priorizar valores como la justicia, la igualdad, la amistad y el cuidado de los seres vivos. Este cambio de valores no puede desligarse de la acción política. Existe una relación de retroalimentación entre ética y política dado que, en democracia, las decisiones que toman los gobiernos deben atender a las expectativas y demandas sociales. Por ello, la construcción de una ciudadanía consciente y comprometida resulta fundamental para impulsar transformaciones estructurales. El papel de la comunicación⁵, de la ficción literaria y cinematográfica⁶, y por supuesto, de la educación formal⁷ es crucial en este sentido.

La transformación del mundo de lo simbólico puede beneficiarse de un diálogo intercultural que permita aprender de las experiencias de los pueblos que han mantenido relaciones más respetuosas con la

La transición ecológica debe contar con la participación activa de las mujeres



En su libro, Alicia H. Puleo nos invita a imaginar y proyectar un mundo de igualdad y de paz con la Naturaleza

naturaleza. Como ya he señalado, este diálogo debe ser crítico, evitando tanto el relativismo indiferente ante las costumbres que atentan contra los derechos humanos de las mujeres, como el etnocentrismo incapaz de reconocer valores que no pertenecen a la tradición cultural propia. Ninguna cultura es perfecta y todas deben aprender de las demás en la búsqueda de sociedades justas y sostenibles.

El ecofeminismo pone de relieve aspectos a los que generalmente se presta muy poca atención. Uno de ellos es la relación entre medio ambiente y salud, especialmente en el caso de las mujeres. Como señala la endocrinóloga Carme Valls-Llobet, la exposición a sustancias tóxicas presentes en pesticidas, plásticos o productos industriales tiene efectos diferenciados en hombres y mujeres, debido a factores biológicos y sociales⁸. Los trastornos provocados por la contaminación afectan más a las mujeres debido a una mayor proporción de tejido graso en su organismo. Las sustancias químicas tóxicas se fijan en la grasa, lo cual, sumado a la inestabilidad hormonal explica el hecho de que el síndrome de hipersensibilidad química múltiple (SHQM), entre otras patologías, sea más frecuente en las mujeres. Diferentes estudios señalan también las causas ambientales del aumento de la endometriosis, la mastopatía fibroquística, la diabetes mellitus tipo II, la fibromialgia, el

cáncer de mama, de útero, los fibromas, las enfermedades tiroideas y autoinmunes, el Alzheimer, el Parkinson y otras patologías. Pesticidas organoclorados, herbicidas, parabenos, metales pesados y otras sustancias tóxicas del ámbito laboral y también doméstico, como cosméticos y productos de limpieza han sido relacionados con el aumento de estas enfermedades. La exposición a estas sustancias tiene efectos multigeneracionales y transgeneracionales, ya que las patologías pueden manifestarse hasta en dos y tres generaciones posteriores⁹. Necesitamos normativas que atiendan a esta realidad y que se apliquen consecuentemente.

En el ámbito institucional, una de las medidas prioritarias es la aplicación del principio de precaución. Este principio implica actuar con suma prudencia ante actividades que puedan tener efectos perjudiciales para la salud o el medio ambiente. Su implementación requiere una regulación más estricta de los productos químicos, así como una reducción significativa del uso de agrotóxicos. Favorecer la investigación en Medicina Ambiental constituye otra línea de acción fundamental, ya que comprender los efectos de la contaminación sobre la salud, en particular sobre la salud de las mujeres, permite diseñar políticas de prevención más eficaces. Al mismo tiempo, deberían desarrollarse campañas informativas que

sensibilicen a la población sobre los riesgos asociados a determinados productos de uso cotidiano.

Es necesario fomentar modelos de producción alternativos como la agroecología¹⁰, que combinan sostenibilidad ambiental con justicia social. El apoyo a cooperativas ecológicas, especialmente a aquellas impulsadas por mujeres que son quienes encuentran más dificultades para obtener créditos, puede contribuir a generar empleo, a fortalecer redes de producción y consumo responsables y, en definitiva, a promover eficazmente la economía social y solidaria y la transición ecológica¹¹. En el plano económico, el ecofeminismo cuestiona la lógica del crecimiento ilimitado y propone explorar alternativas como el decrecimiento o la economía del bien común. Estas propuestas

buscan reducir la presión sobre los recursos naturales y redistribuir la riqueza de manera más equitativa.

La transición ecológica debe garantizar la participación activa de las mujeres en los procesos de toma de decisiones, en las comunidades energéticas y, en general, en los nuevos yacimientos de empleo verde. El empoderamiento económico y político de las mujeres es una cuestión de justicia y una condición para la sostenibilidad¹². Su experiencia y conocimientos, a menudo invisibilizados, son esenciales para diseñar políticas más inclusivas y ecológicamente eficaces. Es conveniente al respecto que las instituciones públicas dedicadas a promover la igualdad para las mujeres y las que tienen por objetivo favorecer la transición ecológica mantengan contactos y establezcan

acuerdos para conceder ayudas en este sentido.

Finalmente, no podemos olvidar la importancia de la acción cotidiana. Las decisiones individuales en el consumo, la alimentación y el uso de recursos tienen un impacto acumulativo relevante. Aunque no sustituyen a las políticas estructurales, contribuyen a crear una cultura de la sostenibilidad.

¿Seremos capaces de cambiar el rumbo? El ecofeminismo nos dice que la supervivencia misma de la humanidad depende de nuestra capacidad para desarrollar una cultura de paz en el seno de la sociedad y evolucionar desde la arrogancia androantropocéntrica hacia la compasión, el cuidado y la justicia en nuestras relaciones con la naturaleza. La ética ecofeminista es una llamada para construir otro mundo posible.

El ecofeminismo denuncia nuevas formas de cosificación de las mujeres y cuestiona el crecimiento ilimitado

REFERENCIAS

1 Puleo, Alicia H. (2011), *Ecofeminismo para otro mundo posible*, Colección Feminismos, ed. Cátedra, Madrid; Tafalla, Marta (2022), *Filosofía ante la Crisis Ecológica*, Plaza y Valdés, Madrid.

2 Tapia González, Aimé (2018), *Mujeres indígenas en defensa de la Tierra*, Colección Feminismos, ed. Cátedra, Madrid.

3 Svampa, Maristella (2018), *Las fronteras del neoextractivismo en América Latina*, Calas, Universidad de Guadalajara, México.

4 Puleo, Alicia (2019), *Claves ecofeministas. Para rebeldes que aman a la Tierra y a los animales*, Plaza y Valdés, Madrid, p.37.

5 De Andrés, Susana, Chaparro, Manuel Chaparro (2022), *Comunicación radical. Despatriarcalizar, decolonizar y ecologizar la cultura mediática*, Gedisa ed., Barcelona.

6 Cf. En el terreno de la novela, especialmente recomendable: Beatriz y la loba de Concha López Llamas (Bohodón ed, 2019) y los cuentos de Espejo lobo, de la misma autora (Editorial de Ecologistas en Acción, 2018). En el ámbito del estudio: Antón, Eva (2018), *Género y Naturaleza en las narrativas contemporáneas francesa y española*, Universidad de Valladolid; Bernárdez, Asun (2023), *Ecoficciones: Cine para sentipensar la crisis climática*, Ed. Tirant lo Blanc, Valencia; Peralta, Lidia (2025), *Narrativas cinematográficas ante la transición ecosocial. Del Cine-Diagnóstico al Cine-Antídoto*, Tirant Humanidades, Valencia.

7 Cf. Puleo, Alicia (2019), *Claves ecofeministas*, op. cit., capítulo 3.

8 Valls-Llobet, Carme (2018), *Medio Ambiente y Salud. Mujeres y hombres en un mundo de nuevos riesgos*, Colección Feminismos, ed. Cátedra, Madrid.

9 bid.

10 Siliprandi, Emma, Zuluaga, Gloria (coords.) (2014), *Género, Agroecología y Soberanía Alimentaria. Perspectivas ecofeministas*, Prólogo de Alicia H. Puleo, Icaria, Barcelona.

11 Cf. Peralta, Lidia, Chaparro, Manuel, Espinar, Lara, (2019), *Las mujeres como impulsoras de transiciones ecofeministas hacia sociedades más justas y diversas*, prólogo de Alicia H. Puleo, editorial UOC, Barcelona.



Protesta de mujeres a favor de la justicia climática durante la COP30 en la ciudad de Belém en la región norte de Brasil.



El mural de Ailén Possamay, en Buenos Aires, cuestiona la invisibilización del trabajo doméstico y de cuidados que sostiene la vida

GOBERNAR PARA SOSTENER LA VIDA

El ecofeminismo en la política pública

CRISTINA HERNÁNDEZ

Presidenta del Instituto de las Mujeres

En el debate sobre la transición ecológica, el ecofeminismo desplaza el foco hacia aquello que rara vez ocupa el centro de las políticas públicas: los cuidados, la desigualdad y los límites que hacen posible la vida.

La transición ecológica es uno de los grandes retos de nuestro tiempo. Pero no es solo una cuestión tecnológica o económica. Es, sobre todo, una cuestión política. De modelo de sociedad. De qué vidas importan y de cómo las sostenemos.

Durante demasiado tiempo hemos abordado este desafío como si bastara con cambiar fuentes de energía o introducir innovaciones tecnológicas. Como si el problema fuera únicamente técnico. No lo es. El problema es más profundo. Tiene que ver con las bases sobre las que hemos construido nuestro modelo económico y social: un modelo que ha crecido de espaldas a los límites del planeta y que se ha sostenido sobre la explotación laboral y emocional de las mujeres, con trabajos invisibles y desigualmente repartidos.

Incorporar la igualdad de género en la transición ecológica no es trabajo extra si tenemos como objetivo la justicia. Es la condición de posibilidad para que esa transición sea eficaz, justa y sostenible. Porque cuando las políticas públicas ignoran cómo se organiza la vida cotidiana, cómo se sostienen los cuidados o cómo se distribuyen los impactos de las crisis, lo que hacen es reproducir desigualdades. Porque ninguna política pública puede construirse ignorando la mirada de la mitad de la ciudadanía.

En este contexto, el ecofeminismo no es una corriente teórica periférica. Es una herramienta política imprescindible. El término fue acuñado en 1974 por Françoise d'Eaubonne, pero su desarrollo posterior ha permitido construir un marco sólido para analizar las conexiones entre la explotación de la naturaleza y la subordinación de las mujeres. Autoras como Vandana Shiva, Carolyn Merchant, Yayo Herrero o Alicia Puleo han contribuido a evidenciar algo que hoy resulta difícil discutir: la lógica que permite la degradación ambiental es la misma que ha sostenido la desigualdad de las mujeres.

Los cuidados sostienen la vida cotidiana, pero continúan cayendo de forma desigual sobre las mujeres. El ecofeminismo reclama incorporarlos al centro de las políticas públicas y reconocer su valor social y económico

Naturaleza y cuidados

La economía moderna se ha construido sobre dos grandes invisibles: la naturaleza y los cuidados. La primera, concebida como un recurso inagotable disponible para su explotación. Los segundos, relegados al ámbito privado, desvalorizados y feminizados. Carolyn Merchant explicó cómo la revolución científica y el pensamiento moderno consolidaron una forma de entender la naturaleza como una máquina. Una máquina disponible para su uso, para su explotación, para su control. Ese cambio no fue solo científico. Fue político. Y legitimó una relación de dominio que se extendió también a los cuerpos de las mujeres.

Hoy seguimos operando bajo esa lógica. Un sistema que gira en torno a un sujeto que se piensa autónomo, independiente, sin límites ni dependencias. Amaia Pérez Orozco lo ha definido con precisión: el sujeto BBVAh —blanco, burgués, varón, adulto y heterosexual— que organiza nuestra economía. Pero ese sujeto no existe. Es una ficción sostenida por el trabajo invisible de los cuidados que hacen mujeres y por la sobreexplotación de los recursos naturales.

El ecofeminismo viene precisamente a desmontar esa idea. Nos recuerda algo básico: somos ecodependientes e interdependientes. Dependemos de la naturaleza para vivir —comemos, respiramos, habitamos— y dependemos de otras personas para sostener nuestras vidas. Nadie se sostiene sola. Nadie ha llegado hasta aquí sin cuidados. Y, sin embargo, estas dos dependencias han estado fuera del centro de la economía y de las políticas públicas.

Vivimos, además, en un contexto que algunas autoras ya nombran como “policrisis”. Crisis climática, crisis de recursos, crisis energética, crisis de cuidados, crisis de desigualdad. No son fenómenos aislados. Son la expresión de un mismo modelo que ha puesto el crecimiento económico por encima de la vida. El calentamiento global, el agotamiento de minerales críticos como el litio o el cobre, la presión sobre los recursos energéticos, las migraciones forzadas o el incremento de las desigualdades no pueden analizarse por separado. Comparten una raíz común: un sistema que no reconoce límites ecológicos ni sociales. Y que, además, distribuye sus impactos de forma profundamente desigual.



La desigualdad ambiental tiene un claro sesgo de género. Las mujeres están más expuestas a los efectos de la crisis climática y energética, especialmente aquellas en situaciones de mayor vulnerabilidad socioeconómica. No por una condición individual, sino por una posición estructural: mayor presencia en sectores precarizados, mayor responsabilidad en los cuidados, menor acceso a recursos y menor presencia en los espacios de decisión.

Por eso es importante también cómo nombramos. No hablamos de personas vulnerables. Hablamos de personas vulnerabilizadas. Porque la vulnerabilidad no es una característica personal. Es el resultado de decisiones políticas, económicas y sociales. Nombrarlo así no es un matiz. Es una forma de señalar responsabilidades.

El modelo económico ha avanzado a costa de lo invisible: la naturaleza y los cuidados

Sostenibilidad de la vida

Frente a este diagnóstico, el ecofeminismo plantea una propuesta clara: poner la vida en el centro. Puede parecer una frase hecha. No lo es. Tiene que ser la hoja de ruta. Significa reorganizar la economía y las instituciones en torno a la sostenibilidad de la vida. Significa reconocer el valor de los cuidados. Significa reconocer la explotación de las mujeres. Significa asumir los límites ecológicos. Significa garantizar derechos. Es, en definitiva, gobernar teniendo la vida de la mayoría como prioridad política.

Este cambio de enfoque exige revisar profundamente cómo diseñamos las políticas públicas. Durante décadas hemos medido el éxito en términos de crecimiento económico, productividad o rentabilidad. Pero estos indicadores no nos dicen nada sobre si la

vida es sostenible, sobre quién cuida, sobre si las tareas de cuidado se distribuyen de manera justa. Nuestro modelo es uno en el que no hay que elegir entre economía y derechos; y tampoco entre derechos e igualdad de las mujeres.

Poner la vida en el centro implica cambiar también qué medimos, qué valoramos y qué financiamos. Implica reconocer que hay trabajos imprescindibles —los cuidados, el sostenimiento cotidiano de la vida— que siguen siendo invisibles o infravalorados. Implica redistribuir tiempos, recursos y responsabilidades. Ningún progreso, ni ningún avance lo será si se sostiene sobre la desigualdad de las mujeres.

Las políticas climáticas han priorizado históricamente la mitigación —centrada en la tecnología, las grandes infraestructuras y el mercado— frente a la adaptación, que in-

cluye ámbitos como la gestión de los impactos, la resiliencia comunitaria, la agricultura o los cuidados. Y esta segunda dimensión, menos visible, está profundamente feminizada.

El resultado es claro: se invierte más en lo que genera retorno económico inmediato y menos en lo que sostiene la vida. El ecofeminismo plantea cambiar esa lógica. Entender la energía como un derecho y no como una mercancía. Como un bien público vinculado a condiciones materiales básicas de vida.

España ha avanzado en esta dirección con el reconocimiento del derecho a la protección frente a la pobreza energética y con instrumentos como el bono social eléctrico y térmico. Pero estas medidas, siendo imprescindibles, evidencian también la magnitud del problema y la necesidad de transformaciones más estructurales.

La crisis climática y la presión sobre recursos básicos no afectan por igual a toda la población, las desigualdades sociales y de género condicionan la exposición a sus impactos





Carolyn Merchant, una de las pensadoras fundamentales del ecofeminismo, analizó cómo la revolución científica consolidó una concepción de la naturaleza como una máquina disponible para su explotación y control. En la imagen, en su oficina de la Universidad de California, Berkeley en 2017. © David Iltis

El ecofeminismo cuestiona un progreso que ignora sus propios límites



Françoise d'Eaubonne, autora a la que se atribuye la acuñación del término «ecofeminismo» en 1974, abrió un marco para analizar las conexiones entre la explotación de la naturaleza y la subordinación de las mujeres. © Wikipedia

Un cambio de enfoque

En este contexto, es importante también cómo construimos el diagnóstico. Dejar de hablar de personas vulnerables para hablar de personas vulnerabilizadas o de derechos vulnerados no es un matiz. Es un cambio de enfoque. Desplaza la responsabilidad desde el individuo hacia las condiciones estructurales que generan esa situación. Las instituciones públicas tienen aquí un papel clave. Generar conocimiento, incorporar la perspectiva de género en los planes estratégicos, impulsar programas de empleo verde, analizar el impacto de género en las políticas ambientales y garantizar que la transición ecológica no amplíe brechas existentes. Porque una transición que deja fuera a la mitad de la población no es una transición. Es otra forma de desigualdad.

La gestión del agua ofrece ejemplos concretos de cómo avanzar en esta dirección.

La remunicipalización del agua en Terrassa muestra que otra forma de gestionar los recursos es posible. Durante décadas, la gestión del agua estuvo en manos privadas, con lógicas de opacidad, falta de control público y beneficios empresariales elevados. La crisis evidenció además situaciones de corte de suministro a familias vulnerabilizadas.

La respuesta fue política y colectiva. La ciudadanía organizada impulsó un modelo basado en el agua como derecho y como bien común. Se establecieron tarifas progresivas que garantizan un mínimo vital, se prohibieron los cortes por motivos económicos justificados y se creó un modelo de gobernanza participativa.

Pero hay algo especialmente relevante en esta experiencia. La incorporación del conocimiento situado. El ecofeminismo insiste en que el saber técnico es imprescindible, pero no suficiente. La experiencia cotidiana de quienes sostienen la vida también es conoci-

miento. Saber cómo afecta un corte de agua en un hogar, cómo se organiza el consumo, cómo se gestiona la escasez.

Integrar ambos planos no solo mejora la calidad democrática. Mejora la eficacia de las políticas. El urbanismo es, probablemente, uno de los ámbitos donde más claramente se evidencia la necesidad de este cambio. Las ciudades han sido diseñadas históricamente en torno a un modelo productivo que no responde a la realidad de la vida cotidiana.

En un contexto de creciente digitalización, este desafío adquiere una nueva dimensión. Las ciudades inteligentes, los sistemas de movilidad o los algoritmos que gestionarán el tráfico del futuro se construyen con datos que arrastran sesgos de género. Si esos datos invisibilizan los cuidados, la desigualdad se incorporará al diseño mismo de las ciudades del futuro.

Por eso, incorporar la mirada feminista a nuestra gestión no es una opción. Es la con-

Cristina Hernández, presidenta del Instituto de las Mujeres, defiende incorporar la perspectiva de género a las políticas de transición ecológica para evitar que las nuevas medidas reproduzcan desigualdades existentes



Incorporar la perspectiva de género en los planes estratégicos y evaluar el impacto de las políticas ambientales son algunas de las responsabilidades de las instituciones públicas ante la transición ecológica



Hay que dejar de hablar de personas vulnerables para hablar de personas vulnerabilizadas

La interdependencia se construye en las relaciones cotidianas: todas las personas dependemos de otras para sostener nuestras vidas. Reconocer esa dependencia implica situar los cuidados en el centro de la organización social



dición para que nuestro trabajo no ignore a la mitad de la población. Y el ecofeminismo no plantea ajustes menores. Plantea un cambio de paradigma. Cuestiona una idea de progreso basada en el crecimiento ilimitado. Señala los límites ecológicos del planeta. Y pone en el centro aquello que siempre ha estado en los márgenes: la sostenibilidad de la vida. No se trata de elegir entre sostenibilidad ambiental o igualdad de las mujeres. No hay transición ecológica sin justicia social. Y no hay justicia social sin feminismo.

Las instituciones públicas tienen la responsabilidad de liderar este cambio. No solo porque es justo. Sino porque es la única forma de que la transición ecológica funcione. Porque el reto no es solo descarbonizar la economía. Es sostener la vida. La transición ecológica será justa o no será. Y para que sea justa, tiene que ser feminista. Y tiene que poner la vida en el centro. Porque nos va la vida —la del planeta y la propia— en ello.



LA TRANSICIÓN ECOLÓGICA TAMBIÉN TIENE BRECHA DE GÉNERO

ANA PUY RODRÍGUEZ

Responsable de la Unidad de Igualdad del Ministerio
para la Transición Ecológica y el Reto Demográfico

Las mujeres representan solo el 14% de las ocupaciones de la economía verde en España, una infrarrepresentación que se acentúa entre la población extranjera (8%), en los municipios rurales (11%) y entre las personas con menor nivel de estudios (5%). La brecha es también mayor en el empresariado verde, donde las mujeres suponen apenas el 11,5%.

La pobreza energética tiene una dimensión de género: el 35,9% de los hogares encabezados por mujeres solas con menores dependientes no puede permitirse mantener una temperatura adecuada en invierno.



Las mujeres perciben con mayor intensidad los riesgos ambientales y participan más en prácticas sostenibles, aunque siguen enfrentando mayores vulnerabilidades y obstáculos para sectores clave de la economía verde y en áreas de decisión vinculadas a la transición ecológica.

Para que la transición ecológica y la igualdad efectiva entre mujeres y hombres puedan avanzar de la mano, las políticas públicas necesitan disponer de datos evolutivos elaborados con un enfoque interseccional de género que no solo pongan el foco sobre qué impactos diferenciales están teniendo en las mujeres, o en determinados grupos de mujeres, la triple crisis ambiental y las políticas impulsadas para afrontarla, sino también sobre en qué medida ellas están participando desde distintos ámbitos como agentes del cambio necesario y cuáles son sus intereses, visiones, etc., en relación a ese cambio.

Acorde con ello, el Ministerio para la Transición Ecológica y el Reto Demográfico presentó en 2025 la primera edición de Mujeres en la Transición Ecológica, una nueva publicación bienal en el marco de los Objetivos de Desarrollo Sostenible de la Agenda 2030 y de áreas del Perfil Ambiental de España, conforme asimismo a los compromisos de este Ministerio con la Coalición para la Acción “Acción Feminista para la Justicia Climática” del Foro Generación Igualdad y con la Campaña Equal by 30. Además, ha contribuido específicamente a implementar la medida 190 del Plan Estratégico para la Igualdad Efectiva de Mujeres y Hombres 2022-2025 (PEIEMH),

aprobado en Consejo de Ministros de 8 de marzo de 2022.

Para esta publicación se ha elaborado un sistema de indicadores y una base de datos que serán actualizados periódicamente, a fin de analizar y dar a conocer la situación y evolución de la (des) igualdad entre mujeres y hombres en distintos ámbitos vinculados a la transición ecológica.

Los ámbitos analizados cuantitativamente son: Cambio climático; Empleo y emprendimiento verde; Formación universitaria, profesional y para el empleo en la transición ecológica; Gobernanza de la transición ecológica; Hábitos sostenibles; Salud; Energía; Biodiversidad, bosques y gestión de espacios naturales protegidos; Agua; y Medio marino. Además, cada edición aporta un foco adicional cualitativo de profundización particular sobre algún aspecto específico de la transición ecológica, que en la primera edición ha sido Mujeres y Economía Circular, si bien algunos de los indicadores cuantitativos de los demás ámbitos analizados incluyen también algunos datos relacionados con la Economía Circular.

Los 53 indicadores analizados cuantitativamente en la edición de 2025 se han elaborado a partir de datos recopilados de 21 fuentes diferentes (nacionales y europeas),

que en su conjunto comprenden encuestas y registros administrativos. Siempre que la fuente lo ha permitido, los datos se han desagregado no solo por sexo, sino también por el cruce de esta variable con otras variables sociodemográficas, a fin de identificar si los patrones de desigualdad observados entre mujeres y hombres en España a nivel general varían en función de su edad, nacionalidad, nivel de estudios, tipo de hogar, nivel de ingresos, tipo de municipio según el grado de urbanización, o Comunidad Autónoma, además de la comparativa con otros países europeos y el promedio de la UE-27.

Estos análisis cuantitativos con enfoque interseccional de género realizados a partir de la matriz de indicadores diseñada han permitido comprobar que en España se evidencian algunas desigualdades entre mujeres y hombres, y entre distintos grupos de mujeres y de hombres, respecto a cómo experimentan, responden y participan con relación a diferentes dimensiones de la transición ecológica. A continuación, se destacan las principales conclusiones y algunos ejemplos de estos resultados. Primero sobre opinión y vulnerabilidad, y segundo sobre implicación personal como (potenciales) agentes de cambio hacia la sostenibilidad ambiental, social y económica.

El 88% de las mujeres considera el cambio climático un problema muy grave

Brechas de género en la percepción e impactos de la crisis ecológica

Respecto a la opinión y vulnerabilidad de las mujeres ante distintos problemas ambientales, el informe Mujeres en la Transición Ecológica 2025 pone de relieve las dos conclusiones siguientes a nivel de España:

1) Las mujeres, en comparación con los hombres, tienden a percibir mayor gravedad y relevancia de determinados problemas ambientales y de los impactos de estos, salvo algunas excepciones que muestran el patrón inverso o diferencias (prácticamente) inexistentes entre mujeres y hombres.

Este patrón de mayor conciencia ambiental de las mujeres se manifiesta, por ejemplo, en que, según los datos más recientes del informe:

- El 88% de las mujeres frente al 84% de los hombres consideran el cambio climático un problema muy grave. Esta brecha de género se acentúa especialmente en el grupo de edad joven (donde manifiestan esta opinión el 97% de ellas frente al 86% de ellos), y por tipo de municipio en las ciudades grandes (donde dicen opinar así el 90% de ellas frente al 83% de ellos).
- El 63% de las mujeres frente al 51% de los hombres considera que las

enfermedades cardiovasculares provocadas por la contaminación atmosférica son un problema muy grave. Esta brecha también se agudiza entre las mujeres y hombres jóvenes (manifiestan esta opinión el 66% de ellas frente al 43% de ellos), y entre las mujeres y hombres que residen en ciudades grandes (donde dicen opinar así el 61,5% de ellas frente al 48% de ellos).

- El 57% de las mujeres frente al 51% de los hombres considera que la biodiversidad está muy amenazada por la conversión de áreas naturales a otros usos del suelo, como, por ejemplo, la expansión de áreas urbanas.



Las mujeres declaran en mayor medida que los hombres adoptar hábitos de consumo orientados a reducir residuos: el 53% afirma que intenta reducir siempre que puede el consumo de artículos desechables, frente al 44% de los hombres.



Las políticas públicas pueden acelerar al mismo tiempo los avances en igualdad y sostenibilidad

La presencia de mujeres en la formación universitaria vinculada al medio marino contrasta con su escasa representación profesional. En Ciencias del Mar, ellas representan el 58% del alumnado universitario, pero solo el 4% de las ocupaciones relacionadas con los trabajos del mar © Fototeca CENEAM/OAPN



La presencia de mujeres en los espacios de decisión de la transición ecológica a nivel estatal ha avanzado, aunque persisten brechas en otros niveles de gobernanza. Las mujeres representan el 56% de los altos cargos del Ministerio para la Transición Ecológica y el Reto Demográfico © MITECO

2) Determinados grupos de mujeres son especialmente vulnerables a sufrir algunos problemas ambientales o sus impactos, por ejemplo, a sufrir contaminación y otros problemas ambientales en la zona de la vivienda, de diferentes formas de pobreza energética, o de muertes atribuibles a un exceso o defecto de las temperaturas.

Este patrón de situaciones de mayor vulnerabilidad ambiental que sufren algunos grupos de mujeres, en comparación con los de sus homólogos hombres, se manifiesta, por ejemplo, en que, según las cifras más recientes analizadas en este estudio.

- Las mujeres jóvenes referentes de hogares, en mayor medida que sus homólogos hombres, afirman que su vivienda sufre contaminación y otros problemas ambientales en la zona: dos de cada 10 hogares en el caso de ellas (17,3%) frente a uno de cada 10 en los de ellos (10,6%); mientras que en el total de los hogares la proporción análoga es del 11,7% si la persona de referencia es mujer y del 10% si es hombre. Esta brecha también se acentúa en los hogares de mujeres adultas que viven solas con menores dependientes, en comparación con los de sus homólogos hombres (el 14,5% los de ellas frente al 9% los de ellos).
- Son los hogares compuestos por una mujer adulta sola con menores dependientes los que más indican que no pueden permitirse mantener la vivienda a una temperatura adecuada en los

meses de invierno: el 35,9% de estos frente al 24,4% en los análogos de hombres, y el 23,5% de todos los hogares cuya persona de referencia es una mujer (el 19,1% cuando es un hombre).

- No obstante, respecto al verano, es entre los hogares cuya persona de referencia es una mujer joven donde se observa la mayor proporción de quienes indican no tener una temperatura lo suficientemente fresca en la vivienda en verano: el 49% de estos, es decir, uno de cada dos, frente a dos de cada cinco en el caso de sus homólogos hombres (el 39% de estos) y frente a uno de cada tres en el total de hogares (el 35% si la persona de referencia es una mujer y el 33% si es un hombre).
- Las mujeres representan el 59% del total de defunciones registradas por calor excesivo cuando el lugar de la muerte por altas temperaturas se especifica como vivienda o institución residencial, un



porcentaje que está dentro de la franja del equilibrio de género. Sin embargo, cuando el lugar de la muerte especificado por esta causa es distinto a la vivienda o a una institución residencial, el patrón se revierte y el porcentaje de mujeres disminuye considerablemente a solo el 9,5% del total de estos fallecimientos. En su conjunto, son más las muertes registradas por calor natural excesivo que por frío natural excesivo, pero mientras las primeras suelen distribuirse de forma equilibrada entre mujeres y hombres, las segundas suelen mostrar una notable sobrerrepresentación de hombres.

- Cuando más allá de las muertes registradas por causa de un exceso o defecto de las temperaturas, se estudian las muertes atribuibles (indirectamente) a estas causas, se estima que las mujeres representan el 56% de las muertes atribuibles al exceso o defecto de temperatura. No obstante, desagregando este dato por grupos de edad, las mujeres solo están más representadas que los hombres entre las personas mayores de 84 años (donde se estima que ellas representan el 59% de todas las muertes de este grupo de edad atribuibles a esta causa), ya que el número de muertes atribuibles a temperaturas extremas aumenta con la edad y es mucho mayor en el grupo de mayores de 84 que en el resto de los grupos de edad, especialmente en el caso de las mujeres.



Las energías renovables se encuentran entre los ámbitos de la economía verde más próximos al equilibrio de género: las mujeres representan el 36% de las personas ocupadas en este sector



El relevo de Teresa Ribera a Sara Aagesen al frente del Ministerio simboliza la creciente presencia de mujeres en los espacios de decisión sobre la transición ecológica. En 2024 las mujeres representaban el 55,6% de los altos cargos del MITECO, frente al 35,7% del conjunto del personal © MITECO

Implicación personal en la transición sostenible

El análisis de los indicadores sobre hábitos sostenibles y sobre la participación en la gobernanza de la transición ecológica, en el empleo y el emprendimiento en ámbitos de la economía verde y en la formación en áreas especialmente relacionadas con la transición ecológica, ha puesto de manifiesto las cuatro conclusiones siguientes a nivel de España:

- 1) Las mujeres indican más que los hombres practicar determinados hábitos de movilidad y consumo sostenibles, especialmente determinados perfiles de mujeres. Por ejemplo, según los datos más recientes analizados en el informe:
 - El 79% de las mujeres frente al 74% de los hombres indican haber tomado medidas para luchar contra el cambio climático en los últimos 6 meses. Estas cifras aumentan progresivamente cuanto más joven es el grupo de edad, pero en todos los grupos de edad la proporción es mayor en las mujeres (el 85% de las jóvenes y el 82% de los jóvenes, frente

El Ministerio para la Transición Ecológica cuenta con una mayoría de mujeres entre sus altos cargos

- al 64% de las mayores y el 59% de los mayores). Por tipo de municipio, es en los urbanos donde una mayor proporción de mujeres y de hombres afirman haber tomado medidas para mitigar el cambio climático (el 86% de ellas y el 85,5% de ellos), pero es en los rurales donde especialmente más las mujeres que los hombres (el 78% de ellas frente al 71% de ellos).
- Una mayor proporción de mujeres que de hombres utiliza el transporte público y camina como medio de transporte principal para ir al lugar de trabajo o estudio (el 21% y 20% de ellas, respectivamente, frente al 13% de ellos en ambos casos). El uso prioritario del transporte público aumenta progresivamente con

- el tamaño del municipio, sobre todo en las mujeres (del 12% de ellas en los de ≤50.000 habitantes al 43% de ellas en los de >500.000, frente al 7% y al 27% de los hombres, respectivamente).
 - El 53% de las mujeres frente al 44% de los hombres afirma que intenta reducir siempre que se puede su consumo de artículos desechables, tales como, por ejemplo, bolsas de plástico del supermercado o empaquetado excesivo
 - El 23% de las mujeres frente al 19% de los hombres afirma comprar y consumir más alimentos ecológicos.
- 2) Las mujeres, algo más que los hombres están al frente de la gobernanza de la transición ecológica a nivel estatal (como altos cargos del Ministerio para la Transición

El 56% de las muertes atribuibles a temperaturas extremas corresponde a mujeres

Ecológica y el reto Demográfico), pero algo menos que ellos en la gobernanza de esta transición a nivel autonómico (según la composición de la Conferencia Sectorial de Energía y de la de Medio Ambiente), así como en el poder legislativo en estas materias a nivel estatal (como miembros de la Comisión de Transición Ecológica y Reto Demográfico del Congreso y de la Comisión de Transición Ecológica del Senado), y menos todavía en la gobernanza a nivel local como alcaldesas.

- En concreto, según las cifras más recientes analizadas en el estudio:
- Las mujeres representan el 56% de los altos cargos del Ministerio para la Transición Ecológica y el Reto Demográfico, por tanto, ellas son mayoría en estos cargos, pero dentro del equilibrio de género. Y, sin embargo, las mujeres solo representan el 36% del conjunto del personal de este Ministerio y de los Organismos Autónomos adscritos a este, teniendo en cuenta que en el caso del personal funcionario el porcentaje de mujeres asciende al 48% del total, mientras que entre el personal laboral las mujeres solo representan el 18% del total
- En la Conferencia Sectorial de Medio

Ambiente y en la Conferencia Sectorial de Energía las mujeres representan, respectivamente, el 30% y el 45% de sus miembros, si bien en este último caso el porcentaje implica equilibrio de género.

- Las mujeres solo están al frente de un 25% de las alcaldías de los municipios de España.
- 3) Las mujeres están bastante menos representadas que los hombres en el empleo y el emprendimiento en la economía verde, especialmente algunos perfiles de mujeres, en algunos de estos ámbitos y entre el empresariado verde.

Por ejemplo, los datos más recientes analizados en el informe revelan que:

- Las mujeres solo representan el 14% del total de las ocupaciones de la economía verde. Esta infrarrepresentación de las mujeres en las actividades económicas verdes se acentúa más en entre las personas con menor nivel de estudios, la población extranjera y quienes residen en municipios rurales, donde ellas representan, respectivamente, el 5%, el 8% y el 11% del total de las ocupaciones verdes en estos perfiles.
- La infrarrepresentación de mujeres

El sector forestal sostenible es uno de los ámbitos de la economía verde con mayor brecha de género: las mujeres representan apenas el 11% de las ocupaciones © Fototeca CENEAM / Fernando Carmena





La movilidad sostenible presenta una mayor participación de las mujeres. El 21% utiliza principalmente el transporte público para desplazarse al trabajo o al lugar de estudio, frente al 13% de los hombres.

en las ocupaciones verdes se acentúa especialmente en la economía verde de los trabajos del mar y en los ámbitos de la construcción y del sector forestal sostenibles, donde ellas representan, respectivamente, el 4%, el 8% y el 11% de estas ocupaciones. Ninguno de los ámbitos de la economía verde analizados muestra equilibrio de género o sobrerrepresentación de mujeres, pero los más cercanos al equilibrio de género por superar el umbral del 30% de mujeres sobre el total de personas ocupadas son: gestión de espacios naturales protegidos, energías renovables y servicios ambientales a empresas y entidades (donde ellas representan, respectivamente, el 37%, el 36% y el 33% de las ocupaciones). Los otros tres ámbitos analizados son: el transporte sostenible, la

gestión sostenible del agua, y la economía circular, gestión de residuos y descontaminación (donde las mujeres representan, respectivamente, el 22%, el 19% y el 15% del total de estas ocupaciones).

- La brecha de género aumenta en el caso del empresariado verde, donde las mujeres solo representan el 11,5% del total, mientras que ese porcentaje asciende al 15% del total de personas asalariadas en las actividades económicas verdes. Estas cifras contrastan con el equilibrio de género alcanzado en el conjunto restante de actividades económicas, donde las mujeres representan el 49% del empresariado y el 52% del personal asalariado.
- No obstante, la base de cotización media de mujeres y hombres a la Seguridad Social es muy similar en el

conjunto de actividades económicas verdes (solo un 1,5% menos ellas, mientras que en el conjunto restante de las actividades económicas la brecha análoga es de un 13% menos ellas).

4) La participación de las mujeres como alumnas de la formación reglada y de la formación para el empleo en áreas especialmente relacionadas con la transición ecológica varía en función de las áreas: están muy infrarrepresentadas en algunas, a la par que notablemente más representadas que los hombres o con representación equilibrada en otras.

Por ejemplo, las últimas cifras analizadas en el informe muestran que:

- Las alumnas representan menos del 30% del estudiantado de campos universitarios de estudios de grado-ciclo tales como: Ingeniería de la energía, Ingeniería de minas y energía e Ingeniería (donde ellas representan, respectivamente, el 26%, el 24% y el 15% del alumnado); Ingeniería forestal y montes y Geografía y ordenación del territorio (donde ellas representan, respectivamente, el 27,5% y el 27% del total); e Ingeniería naval y oceánica y Náutica y transporte marítimo (donde ellas

son, respectivamente, el 21,5% y el 23% del total).

- Las alumnas representan menos del 30% del estudiantado de FP en ciclos formativos y familias profesionales tales como: Grado Superior en Coordinación de emergencias y protección civil (donde ellas son el 13% del alumnado); Grado Superior en Energías renovables y en Eficiencia energética y energía solar térmica (donde ellas representan, respectivamente, el 8% y el 13% del alumnado); Grado Medio en Aprovechamiento y conservación del medio natural y Grado Superior en Gestión forestal y del medio natural y en Paisajismo y medio rural (donde ellas representan, respectivamente, el 11%, el 18% y el 27% del estudiantado); Grado Superior en Gestión del agua (donde ellas son el 15% del alumnado); y en la familia de estudios Marítimo-Pesquera (donde ellas representan el 9%, el 8% y el 9% del alumnado, respectivamente, en los ciclos formativos de FP Básica, Media y Superior).
- Las alumnas representan más del del 60% del estudiantado de campos universitarios de estudios de

grado-ciclo tales como Biología y Bioquímica (donde ellas representan, respectivamente, el 63% y el 70% del total).

- Hay equilibrio de género entre el estudiantado de campos universitarios del nivel de grado-ciclo tales como Ciencias Ambientales, Química y Ciencias del mar (donde las mujeres representan, respectivamente, el 50%, el 55% y el 58% del alumnado), así como en el ciclo formativo de FP de Grado Superior en Química y salud ambiental (donde ellas son el 53% del alumnado).

Nuevos pasos a partir del estudio

Las conclusiones del informe confirman que hay margen de mejora para que las políticas públicas impulsen avances sinérgicos entre la transición ecológica y la igualdad efectiva de mujeres y hombres.

Por ejemplo, porque las actitudes y hábitos más pro-ambientales de las mujeres son factores que conviene tener en cuenta para poder impulsar su participación en la economía verde y en aquellas áreas formativas especialmente relacionadas con la transición ecológica en las que están notablemente infrarrepresentadas.

Además, porque los colectivos de mujeres que se han identificado en situaciones de mayor vulnerabilidad que los de sus homólogos hombres frente a algunos problemas ambientales o a los impactos de estos, precisan que las políticas públicas refuercen su foco interseccional de género en la mitigación de tales problemas y en la adaptación a los impactos de estos.

Y, asimismo, es necesario seguir analizando la evolución de estos datos respecto a las brechas y patrones que se han identificado y a la exploración de otros posibles patrones de desigualdad. Las recomendaciones planteadas por el informe de 2025 destacan no solo la necesidad de mejorar en distintas fuentes la periodicidad, accesibilidad y armonización de algunos de los datos analizados, sino también de generar nuevos datos que permitan incorporar nuevos indicadores, variables de segmentación y fuentes de información que contribuyan a ampliar y mejorar el conocimiento sobre la experiencia, intereses y visiones de diferentes grupos de mujeres y de hombres sobre distintos aspectos de la transición ecológica

El Ministerio ya está trabajando en la elaboración de Mujeres en la Transición Ecológica 2027, que será la siguiente edición del estudio.

Los hábitos de movilidad y consumo sostenibles tienen mayor presencia entre las mujeres



TRANSICIÓN JUSTA CON PERSPECTIVA DE GÉNERO

De la teoría a la práctica

LAURA MARTÍN MURILLO

Comisionada del Ciclo del Agua y Restauración de Ecosistemas
y exdirectora del Instituto para la Transición Justa

La transición ecológica abre una oportunidad para construir una economía más sostenible e igualitaria. Incorporar la perspectiva de género a las políticas de transición justa está permitiendo avanzar hacia un modelo que cuenta con las mujeres y con los territorios.

Página anterior
Durante décadas, las mujeres estuvieron excluidas de uno de los sectores más vinculados al origen de la transición justa. En España no pudieron trabajar legalmente en el interior de las minas hasta 1993

Para entender la relación entre el término transición justa y la inclusión de enfoques de género en el mismo, es necesario remontarse a sus orígenes históricos y políticos.

La historia del término transición justa nace del movimiento sindical. La transición justa es un marco desarrollado por este movimiento para asegurar los derechos y medios de vida de los trabajadores cuando las economías están cambiando a una producción sostenible, principalmente combatiendo el cambio climático y protegiendo la biodiversidad. Este término fue ganando peso en las negociaciones internacionales relacionadas con el medio ambiente.

En 2013 en la Conferencia Internacional del Trabajo, gobiernos, empresarios y sindicatos de todo el mundo acordaron una resolución sobre desarrollo sostenible, trabajo decente y empleos verdes, que reconocía los desafíos y oportunidades del cambio y proponía políticas concretas bajo el concepto de Transición Justa¹.

Este compromiso fue refrendado en diciembre de 2015 en la COP21² que estableció que la transición justa debería ser parte de la implementación del Acuerdo de París.

En 2016 la OIT aprueba las Directrices de política para una transición justa hacia economías y sociedades ambientalmente sostenibles para todos³ en las que ya se refleja que “las políticas y los programas deben tomar en consideración la clara dimensión de género de muchos de los desafíos y de las oportunidades ambientales. Deberían, de hecho, preverse políticas concretas en materia de género para promover el logro

de resultados equitativos”.

Y aunque el enfoque de género se incorpora muy pronto al marco teórico, en la implementación de las políticas de transición justa los sectores productivos sobre los que se empieza a trabajar presentan dificultades específicas y su incorporación práctica en las políticas públicas encuentra importantes limitaciones derivadas de los sectores sobre los que inicialmente se actuó.

Así, como el acercamiento surgió de la necesidad de dar soluciones a trabajadores de industrias contaminantes en la transición a una economía descarbonizada y verde, este comienzo marcó la atención sobre la transición en espacios muy masculinizados. La industria intensiva en energía o muchas de las actividades industriales más contaminantes son espacios donde la mayoría de los empleos los ocupan hombres y están bastante concentrados en algunos territorios.

En resumen, el concepto nació para proteger a quienes quedaban atrás en los procesos de cambio económico, pero se trataba de sectores donde las mujeres ya estaban excluidas de partida.

Por ejemplo, en Europa el uso del término ha estado centrado en el cierre del carbón y la solución a dar a trabajadores mineros. Existen pocos ámbitos de mayor masculinización en una actividad. Resulta ahora casi incomprensible recordar por ejemplo que las mujeres españolas no pudieron trabajar legalmente en el interior de las minas hasta 1993, tras una sentencia del Tribunal Constitucional⁴ que anuló la prohibición de trabajo subterráneo femenino.



La transición justa llegó a la agenda internacional en 2013, cuando gobiernos, empresarios y sindicatos acordaron en la Conferencia Internacional del Trabajo una resolución sobre desarrollo sostenible, trabajo decente y empleos verdes

La transición justa nació para proteger el empleo ante el cambio hacia una economía sostenible

Hacia una transición más igualitaria

Entender ese punto de partida era importante en el desarrollo de las políticas de transición justa en España. Junto con la primera Estrategia de Transición Justa de España se incluye un Plan de Acción Urgente⁵ que se centra en los sectores más afectados en ese momento y para el cual no se habían propuesto medidas previamente: el cierre de las minas de carbón y de centrales térmicas. Se trataba de una transición laboral y económica que en algunos casos se produce dentro del mismo sector energético, aunque también hacia sectores diferentes dentro de políticas de diversificación económica de las zonas afectadas por el cierre de instalaciones contaminantes.

La transición de los trabajadores dentro del propio sector energético supone pasar de subsectores muy masculinizados a sectores significativamente masculinizados. Para darnos una idea de lo que significaba podemos utilizar el ejemplo de las personas

trabajadoras afectadas por este primer Plan de Acción de Urgente.

El organismo encargado de canalizar las medidas para este colectivo era el Instituto para la Transición Justa (ITJ), que puso en marcha bolsas de trabajo—registros de personas disponibles para ser recolocadas—para las personas afectadas por el cierre de la minería o de las centrales térmicas. Estas bolsas pretendían facilitar la mejora en la empleabilidad y la recolocación de los colectivos.

Pues bien, las mujeres directamente afectadas que solicitaban ayuda para su recolocación fueron un escaso 6,5%. Ese era el peso de las mujeres entre los colectivos con los que se trabajaba.

Por otra parte, los subsectores de acogida relacionados con la transición energética, energías renovables, movilidad eléctrica, eficiencia energética, asesoramiento energético, etc... aunque presentaban mejores cifras de participación mantenían unas brechas de género significativas.

En España, según el estudio “El empleo de las mujeres en la transición energética justa en España”⁶, la participación en los subsectores de la transición energética se situó en el 18,2% en 2022 frente a un 47% en el total de la economía.

Hay que poner en valor que la tendencia era de rápida mejora, las mujeres habían ocupado casi cuatro de cada diez de los nuevos empleos netos creados en el sector en los últimos años.

Pero la brecha seguía siendo persistente. Si tomábamos de referencia la última década, en España la participación femenina en el empleo de la transición energética había pasado del 17% en 2012 al 18,2% en 2022. Según el estudio, la brecha de participación de género es “profunda y persistente”, y “al ritmo de avance registrado en los diez últimos años, la paridad de género en el empleo de la transición energética tardaría 265 años en alcanzarse”⁷.

Estas cifras ponen de relieve una paradoja relevante: sectores considerados estratégicos para el futuro económico y ambiental continúan reproduciendo dinámicas históricas de exclusión laboral femenina.

Medidas con perspectiva de género

En este contexto y justamente para que la transición justa no fuera un simple paso entre sectores masculinizados era importante introducir de manera decidida medidas de género en las políticas a desarrollar en España al respecto.

Por ello fue importante que el primer borrador de la Estrategia de Transición Justa marcara como su segundo objetivo “garantizar un aprovechamiento igualitario de las oportunidades, por un lado, mediante medidas de igualdad de género que reduzcan las desigualdades laborales de las mujeres en la transición ecológica y, por otro, mediante medidas para colectivos con especiales dificultades”.

Este enfoque era más fácil de trabajar cuando la transición justa pasa de los trabajadores directamente afectados a los territorios en los que se sufren los impactos. Se trataba de facilitar el mantenimiento y creación de actividad y empleo a través del acompañamiento a sectores y colectivos en riesgo, la fijación de población en los territorios rurales o en zonas con instalaciones en cierre y la promoción de una diversificación y especialización coherente con el contexto socioeconómico. Este carácter territorial del enfoque estaba definido en ese plan de acción urgente y ha sido importante para el desarrollo de las políticas de género.

Sobre estos elementos se ha venido trabajando estos años con diferentes medidas desde el Instituto para la Transición Justa. Los trabajos que se han venido desarrollando para implementar la Estrategia de



Las energías renovables forman parte de los sectores llamados a acoger empleo en la transición energética, aunque la participación de las mujeres sigue siendo minoritaria

Transición Justa han incorporado elementos para ayudar a revertir este desigual punto de partida respecto al género.

En primer lugar, había que partir del análisis riguroso de la realidad. Solo una radiografía veraz de la desigualdad, a partir de datos desagregados por sexo, permite a la sociedad tomar medidas y elaborar políticas públicas eficaces que garanticen la igualdad entre mujeres y hombres. La falta de desagregación por sexo frena precisamente ese análisis. Por ello, en todas las actuaciones que desarrolla el ITJ se ha incluido desde el principio el análisis diferenciado entre hombres y mujeres.

La participación de las mujeres en el diseño de medidas y actuaciones también era fundamental. Sabiendo que los colectivos en los que la mayoría de las veces se centraba la acción eran hombres, el futuro de

reactivación debía ser una oportunidad para todas, incluyendo a las mujeres. A la hora de construir las estrategias de reactivación a partir de los convenios de transición justa, se buscó activamente contar con la opinión y sugerencias de colectivos de mujeres de las zonas en las que se trabajaba. Esto era importante, ya que de las reuniones que se hacían en territorio, más allá del creciente número de alcaldesas, otras organizaciones como empresas, sindicatos o asociaciones estaban generalmente representadas por hombres.

Para revertir las diferentes oportunidades de las mujeres, también de un modo decidido se priorizó el empleo de las mujeres dentro de las convocatorias de proyectos llamadas a crear el tejido alternativo en las zonas. En muchas de las zonas donde se trabajaba las tendencias de despoblación eran

importante y las mujeres son fundamentales para mantener territorios vivos y relevo generacional.

Las convocatorias de ayuda a proyectos empresariales generadores de empleo incluyen significativas bonificaciones si el trabajo creado era femenino tanto para proyectos más grandes, como para pequeños proyectos de inversión.

Esta priorización durante los últimos años ha resultado en la creación de más de un 38% de empleos de mujeres en los nuevos empleos apoyados que, aunque está lejos todavía de la igualdad es muy superior a la proporción de empleos femeninos afectados directamente por esas transiciones.

Aunque el avance ha sido significativo, hay que tener en cuenta que en algunos casos estas cifras pueden significar no tan buenas noticias para las rentas salariales de las

zonas, ya que en parte se apoyan financieramente proyectos empresariales de sectores y subsectores con menores rentas salariales, por lo que a pesar de que la transición resulta más igualitaria desde el punto de vista de la igualdad entre hombres y mujeres, los salarios de los proyectos que emplean más mujeres son en ocasiones inferiores a los de los empleos industriales y energéticos que se reemplazan

En cualquier caso, y aunque queda mucho camino por recorrer, las medidas específicas han ayudado a conseguir resultados concretos que cambian el peso de la participación de las mujeres en el empleo sobre el que se trabaja en la transición a una mucho mayor participación del empleo de nueva creación en unas zonas que por el carácter de los sectores que habían sido mayoritarios habían generado sociedades muy masculinizadas.

Los primeros procesos se centraron en sectores industriales muy masculinizados

La transversalización de la transición justa

Más allá de las experiencias específicas de implementación en España como hemos visto u otros países el término transición justa no ha parado de evolucionar como herramienta para incorporar la justicia social a la transición hacia la descarbonización y las economías verdes.

En 2025, en la COP de Belén, diez años después de su incorporación al Acuerdo de París, el Mecanismo de Acción sobre Transición Justa señaló que “para lograr transiciones justas son necesarios enfoques de diálogo entre muchas partes, centrados en las personas, ascendentes y que abarquen a toda la sociedad (...) con una participación amplia y auténtica de todos los interesados pertinentes, incluidos los trabajadores afectados por las transiciones, los trabajadores informales, las personas en situación de vulnerabilidad, los pueblos indígenas, las comunidades locales, los migrantes y desplazados internos, los afrodescendientes, las mujeres, los niños, los jóvenes, las personas de edad y las personas con discapacidad, para lograr trayectorias hacia una transición justa eficaces, inclusivas y participativas”.

En cada país y entre los distintos actores sociales, el término se ha ido adaptando a realidades y prioridades diferentes. En algunos casos, el énfasis se sitúa en las

comunidades indígenas y, en otros, en la reducción de las desigualdades de género como eje principal.

El diálogo social para las transiciones laborales de sectores a reducir o transformarse sigue trabajándose en muchos países, pero el foco se ha ido ampliando para dar respuesta progresiva a más demandas sociales, en un claro ejercicio de desbordamiento que es fácilmente comprensible, porque el término es demasiado atractivo como movilizador para quedar encapsulado a una única realidad o desafío.

La justicia en las transiciones ecológicas es por tanto un elemento vivo que sigue generando nuevos enfoques y debates. El hecho de que la obligada transición ecológica cuente con apoyo social y ayude a revertir desigualdades previas sigue siendo importante para el desarrollo de las políticas.

Sin embargo, hay que recordar que nada será peor para la justicia social que no emprender una transición ecológica o hacerlo demasiado tarde. Pocos desafíos agravarán las crecientes desigualdades en mayor medida que el cambio climático. Del mismo modo, pocos factores pueden resultar más lesivos para nuestras democracias que no articular a tiempo respuestas adecuadas. Y nada resulta más injusto ni más insolidario con las generaciones futuras que no esforzarnos por situar nuestras economías dentro de los límites planetarios. La transición ecológica más injusta será la que no se haga.



En la COP30 de Belén la transición justa se abordó desde una perspectiva amplia, con participación de mujeres y otros actores sociales © CSI

El liderazgo de las mujeres

Para cerrar, resulta imprescindible reconocer el liderazgo que han tenido las mujeres en las políticas de transición justa.

Al igual que ocurrió con la sensibilización ecológica, impulsada por figuras como Rachel Carson, Gro Harlem Brundtland o Wangari Maathai, o con la construcción de consensos en las cumbres del clima liderada por referentes como Christiana Figueres, Teresa Ribera o Mary Robinson, tanto el diseño del concepto de transición justa como la implementación de sus políticas han contado con mujeres en posiciones clave.

Fueron principalmente equipos de mujeres vinculadas al movimiento sindical internacional quienes trabajaron para desarrollar el concepto y lograr su incorporación en las negociaciones internacionales. Entre ellas destacó Anabella Rosemberg, que elaboró hoja de ruta, propuestas y supo generar consensos desde la Confederación

La Fábrica de Luz recupera la historia de las comarcas del Bierzo y Laciaa a través de los testimonios de antiguos trabajadores y de la memoria de un pasado marcado por la minería y la energía

Sindical Internacional junto las mujeres de la Fundación Sustainlabour, organización española creada para tender puentes entre el movimiento sindical y la agenda ambiental.

A pesar de ser una minoría entre los colectivos con los que trabajaban, fueron ellas quienes impulsaron buena parte del desarrollo político y conceptual de la transición justa. Además, estas mujeres encontraron un importante respaldo en las redes internacionales de organizaciones de mujeres y movimientos feministas.

Este hecho también se ha reproducido en España, donde equipos dirigidos por mujeres han impulsado las políticas de transición justa. No es una coincidencia: es la expresión local de un patrón global del liderazgo de las mujeres cuando se trata de construir un planeta sano que necesitamos hoy y para las generaciones venideras, de unir sensibilidades y de resolver problemas con la justicia social en el centro.

Solo el 6,5% de las personas que solicitaron recolocación eran mujeres

REFERENCIAS

¹Resolución sobre el desarrollo sostenible, el trabajo decente y los empleos verdes <https://www.ilo.org/es/resource/record-proceedings/ilc/102/resolucion-sobre-el-desarrollo-sostenible-el-trabajo-decente-y-los-empleos>

²Acuerdo de París https://unfccc.int/sites/default/files/spanish_paris_agreement.pdf

³Directrices de política para una transición justa hacia economías y sociedades ambientalmente sostenibles para todos. https://www.ilo.org/sites/default/files/wcmsp5/groups/public/%40ed_emp/%40emp_ent/documents/publication/wcms_432865.pdf

⁴Sala Primera. Sentencia 229/1992, de 14 de diciembre de 1992. Recurso de amparo 2.281/1989. Contra Sentencia de la Sala de lo Social del T.S.J. de Madrid en suplicación de la dictada por la Magistratura de Trabajo núm. 2 de Oviedo en procedimiento sobre derecho a ocupar plaza de trabajador minero. Vulneración del principio de igualdad: discriminación por razón de sexo. <https://www.boe.es/boe/dias/1993/01/19/pdfs/T00058-00063.pdf>

⁵Estrategia de Transición Justa https://www.transicionjusta.gob.es/content/dam/itj/files-1/Documents/el_instituto/Convenios_transicion_justa/common/Estatregia_Transicion_Justa_Def.PDF

⁶El empleo de las mujeres en la transición energética justa en España https://www.transicionjusta.gob.es/content/dam/itj/files-1/Documents/Publicaciones%20ES%20y%20EN/Empleo%20mujeres%20TJ%20Espana_VOL1.pdf

⁷El empleo de las mujeres en la transición energética justa en España https://www.transicionjusta.gob.es/content/dam/itj/files-1/Documents/Publicaciones%20ES%20y%20EN/Empleo%20mujeres%20TJ%20Espana_VOL1.pdf



MUJERES, INTERSECCIONALIDAD Y JUSTICIA CLIMÁTICA

VANESA CASTÁN BROTO

Catedrática de Urbanismo Climático
en la Universidad de Sheffield



Las olas de calor, la sequía o los incendios tienen un impacto desigual. La justicia climática exige entender cómo el género y otros factores sociales determinan quién está más expuesto y quién dispone de menos recursos para responder.



Página anterior
Mujeres de todo el mundo tomaron el estrado de la COP26 para denunciar que el calentamiento global no es neutral en cuanto al género. La activista samoana Brianna Fruean comparte protagonismo en la sesión plenaria con Little Amal, una marioneta gigante que representa a una niña refugiada siria © ONU/Laura Quinones

Los desastres climáticos afectan de forma desigual a las mujeres, especialmente a quienes afrontan mayores cargas de cuidados, precariedad económica o menor acceso a recursos y redes de apoyo. Mujeres en el centro de Alazhri, en Puerto Sudán, durante una jornada de distribución de ayuda de emergencia © ONU Mujeres /Ekram Hamad

Los efectos del cambio climático ya se han empezado a notar en la vida de la gente. En España, por ejemplo, la AEMET ha explicado que el verano de 2025 fue “el más cálido de la serie histórica”, con olas de calor que amenazan la vida y la salud de muchas personas.

El cambio climático también se nota en el campo, con la falta de agua por la sequía; en el cierre de las estaciones de esquí por la falta de nieve; en la desaparición de playas por la subida del nivel del mar; y en los bosques, que están más expuestos a los incendios y donde la pérdida de biodiversidad ya es evidente.

Estos impactos no los siente todo el mundo de la misma manera. Por ejemplo, factores como la edad, la discapacidad, la presencia de ciertos problemas de salud o el embarazo incrementan la vulnerabilidad ante una ola de calor. Al mismo tiempo, quienes trabajan en la calle o tienen condiciones

de vivienda deficientes pueden estar más expuestos a las altas temperaturas.

Y no todo el mundo puede dar las mismas respuestas. Por ejemplo, una persona que practica deporte al aire libre puede decidir ir a un polideportivo con aire acondicionado, pero otra que trabaja en la limpieza viaria se ve obligada a trabajar bajo el sol.

Este es solo un ejemplo de la complejidad de los factores que determinan la vulnerabilidad al cambio climático. Si bien todos somos vulnerables a sus impactos, no todos lo somos de la misma manera ni con la misma intensidad. Hay grupos de población más vulnerables porque son más susceptibles a sus efectos por diversos factores, como su salud, sus estilos de vida o su nivel de movilidad.

Por otro lado, hay grupos más vulnerables porque no todo el mundo tiene la misma capacidad de respuesta ni de recuperación. En resumen, el cambio climático es una



cuestión profundamente política, no solo por la atribución de responsabilidades por las emisiones de gases de efecto invernadero derivadas de la combustión de combustibles fósiles, sino también por nuestra propia capacidad para responder a la distribución desigual de sus impactos.

Por ello, la edición 2026 del Informe Mundial de las Naciones Unidas sobre el Desarrollo de los Recursos Hídricos se centra en el vínculo entre el agua y la igualdad de género. El informe “Agua para todas las personas: Igualdad de derechos y oportunidades” evidencia una realidad crítica y persistente: el acceso, el uso y la gestión del agua están profundamente condicionados por desigualdades estructurales que afectan de manera desproporcionada a mujeres y niñas, y plantea la necesidad de avanzar hacia políticas más inclusivas y transformadoras.

El Informe Mundial es publicado por la

UNESCO en nombre de ONU Agua. Se trata del informe de referencia sobre el agua dulce y el saneamiento, y se publica anualmente con motivo del Día Mundial del Agua, el 22 de marzo. Su elaboración es coordinada por el Programa Mundial de la UNESCO de Evaluación de los Recursos Hídricos (UNESCO WWAP), con sede en Perugia y cuenta con la financiación del Gobierno de Italia.

Diversas agencias de las Naciones Unidas y organizaciones socias de ONU Agua aportan datos, análisis y conocimientos especializados y participan activamente de la redacción de sus distintos capítulos. El informe es de acceso libre y está disponible en varios idiomas en los canales oficiales de la UNESCO y del WWAP, lo que facilita su consulta y uso por parte de responsables de políticas públicas, personal técnico, comunidad académica y ciudadanía en general.

Rigoberta Menchú (en el centro) ha dedicado su vida a denunciar la violencia, la discriminación y la explotación sufridas por los pueblos indígenas de Guatemala y a defender sus derechos © Fundación Rigoberta Menchu

La resiliencia climática también se construye con igualdad y cuidados

Género e impacto climático

Las cuestiones de género desempeñan un papel fundamental en la distribución desigual de los impactos del cambio climático. El género impacta, por ejemplo, en la salud y en el acceso a los servicios sanitarios, en la distribución económica de los recursos y en el acceso a los espacios públicos. Todos estos factores afectan directamente la capacidad de cualquier persona para responder al cambio climático y también su susceptibilidad a sus impactos. La manera en que el género se manifiesta en nuestras sociedades influye en las dos dimensiones de la vulnerabilidad al cambio climático: la sensibilidad o susceptibilidad al cambio climático (de qué manera y a qué nivel sentimos sus impactos) y la capacidad de adaptación (la habilidad de cada persona para resistir y responder a sus impactos). Ambos se caracterizan por una distribución desigual en nuestra sociedad y el género es una de las matrices de esa desigualdad.

Por ejemplo, el género influye directamente en la distribución de la carga de cuidados. En Aragón, donde yo nací, los datos de enero de 2026 sugieren que 7 de cada 10 personas que atienden a una persona

dependiente son mujeres. Son datos que coinciden con los datos nacionales sobre la ocupación de la mujer en los cuidados.

Al mismo tiempo, las mujeres tienen más probabilidades de ser económicamente dependientes. En España, muchas mujeres permanecen inactivas por la necesidad de atender las tareas del hogar. Las mujeres también constituyen la mayoría de las personas empleadas a tiempo parcial, en muchos casos porque necesitan dedicar el resto de su tiempo a los cuidados de la familia o de otras personas dependientes.

Imaginemos a Manuela, una mujer en Zaragoza, a cargo de su padre enfermo. ¿Cómo se enfrenta a una ola de calor? No solo tiene que preocuparse por su propia salud, sino también por la de la persona a su cargo. Su padre enfermo será especialmente propenso a los efectos de la ola de calor, que pueden perjudicar su salud. Si los recursos de Manuela son limitados, su padre y ella pueden no tener acceso a viviendas adecuadas, a sistemas de ventilación, a un ascensor, a espacios verdes, a tecnologías de aire acondicionado u otros recursos que le permitirían reducir el impacto de la ola de calor tanto en ella como en las personas a las que cuida. Además, los esfuerzos

extenuantes y la dedicación constante pueden reducir el tiempo que Manuela tiene para dedicarse a otras actividades y cuidar su propia salud. La ola de calor puede convertirse en una crisis en un contexto de estrés.

Estas condiciones pueden ser aún más extremas para mujeres en situación de pobreza, en comunidades migrantes o que, por cualquier motivo, estén excluidas del tejido social.

Si esa mujer no se llama Manuela, sino Fátima, y no cuida de su padre, sino que está contratada para cuidar a otra persona, y además acaba de llegar a España y tiene menos familiaridad con aspectos cotidianos como gestionar una cuenta bancaria o acceder a los servicios de salud, su capacidad de respuesta ante una ola de calor puede verse aún más limitada. Asimismo, una persona recién llegada puede contar con una red de apoyo familiar y social más reducida (el apoyo comunitario y social es fundamental para responder de manera efectiva a los impactos del cambio climático).

Lo que trato de demostrar con este ejemplo es cómo se manifiesta la interseccionalidad en las vidas de Manuela, Fátima, la mía propia y las de tantas otras mujeres.

Las olas de calor afectan de forma desigual a las mujeres, especialmente a quienes afrontan situaciones de mayor vulnerabilidad y cuentan con menos recursos para protegerse.

Interseccionalidad y discriminación

El concepto de interseccionalidad se atribuye a Kimberlé Crenshaw, una jurista estadounidense que analizó los procesos de discriminación contra las mujeres negras en los tribunales de Estados Unidos¹. Por ejemplo, estudió el caso DeGraffenreid v. General Motors². En 1976, un grupo de mujeres negras demandó a la compañía por discriminación. General Motors no contrataba a mujeres negras antes de 1964 y todas las mujeres negras contratadas después de 1970 perdieron sus empleos en un despido por antigüedad durante una recesión. El tribunal, sin embargo, no encontró discriminación en estas prácticas. Crenshaw explica en su artículo que el tribunal, en primer lugar, estableció que las mujeres negras no constituyen una clase especial que deba ser protegida contra la discriminación. En su lugar, el tribunal examinó por separado si existía discriminación de género o discriminación racial. El tribunal concluyó que no había discriminación de género porque la compañía contrataba a mujeres (aunque solo blancas). Tampoco identificó discriminación racial, y propuso a las demandantes que unieran su caso a otros de discriminación racial contra la misma compañía, sin considerar que las demandas de las mujeres negras, en particular, sobre cómo les habían afectado las políticas de antigüedad, se referían a una experiencia que solo ellas habían vivido. Crenshaw también analizó otros casos similares, todos con el mismo resultado: las mujeres negras sufrían procesos de discriminación que no coincidían con las experiencias de las mujeres blancas ni de los hombres negros. Su experiencia como mujeres negras les hacía invisibles ante las leyes y ante los actores económicos de los que dependían.

El problema identificado por Crenshaw no se reducía a tecnicidades en documentos legales: la interacción entre las causas de discriminación crea nuevas formas de exclusión y discriminación que solo pueden entenderse desde la perspectiva de quienes la sufren, en este caso, la experiencia de la mujer negra ante un legado de discriminación racial sistémica. Ya en 1851, la activista abolicionista Sojourner Truth declaraba ante una convención de mujeres “¿Acaso

Las sequías cada vez más agudas en Somalia han provocado el desplazamiento de la población, lo que ha socavado la seguridad alimentaria y ha dejado a las mujeres expuestas a la explotación sexual
© OIM/Celeste Hibbert



Los desastres provocados por el cambio climático exacerbaban las desigualdades de género ya arraigadas



Con frecuencia, las mujeres y las niñas son las últimas en comer o en ser rescatadas; se enfrentan a mayores riesgos para su salud y seguridad a medida que los sistemas de agua y saneamiento se ven comprometidos; y asumen un aumento en las labores domésticas y de cuidados a medida que los recursos desaparecen forestal © Haití 2016. ONU/MINUSTAH / Logan Abassi

no soy una mujer?" para reclamar su propia humanidad. Años más tarde, bell hooks plasmaría el espíritu de este discurso en un maravilloso ensayo en el que reflexiona sobre la idea de ser fuerte frente a la opresión, mientras explica que resistir no equivale a superar ni a trascender esas mismas formas de opresión³. La interacción de diferentes formas de discriminación crea patrones únicos que solo pueden entenderse a partir de las experiencias de opresión y marginalización de quienes las sufren.

Esto implica adoptar una perspectiva interseccional. Una perspectiva interseccional siempre implica una mirada política. Avanzar los derechos de todo el mundo no significa solo avanzar los derechos de la mayoría, sino también observar quién está excluido de esos derechos que damos por ciertos. Por ejemplo, las Naciones Unidas, fundadas en el pilar de los Derechos Humanos, han promovido el principio de "No Dejar A Nadie Atrás" (Leaving No One Behind, LNOB) como promesa central de la Agenda 2030 de Desarrollo Sostenible, no solo para erradicar la pobreza extrema en todo el mundo, sino también para erradicar la discriminación y la desigualdad en todas sus formas⁴. La interseccionalidad es un aspecto fundamental del desarrollo sostenible.

En los mismos años en que Crenshaw estudiaba estos casos en Estados Unidos, Rigoberta Menchú, con la colaboración de Elisabeth Burgos, daba voz al testimonio colectivo de las mujeres indígenas de Guatemala⁵. La población indígena era explotada en trabajos muy duros, sufría la destrucción de sus vidas y de sus territorios, era expulsada de sus tierras y era víctima de la represión del Estado, que utilizaba la violencia, incluida la violencia contra las mujeres, como herramienta de control. El testimonio de Menchú y su llamada al respeto de la tierra como base de la vida y de la identidad indígena pueden entenderse

también desde una perspectiva interseccional. Su condición de mujer e indígena influyó tanto en cómo experimentaba estas formas de opresión como en su capacidad de respuesta ante ellas, incluida la respuesta a eventos extremos, como los derivados del cambio climático.

Esta perspectiva interseccional no se limita a tecnicismos en casos legales ni a contextos específicos, sino que permite analizar diversos ámbitos de la vida, las relaciones sociales y el trabajo. En Estados Unidos, en Guatemala y en España, la interseccionalidad es una realidad que atraviesa la vida social y condiciona la forma en que se vive la discriminación y la violencia, así como las capacidades no solo para resistirlas, sino también para afrontarlas y construir futuros más justos.

La discriminación y la violencia también se reproducen a través de la explotación del paisaje y del territorio y, por lo tanto, influyen en las respuestas al cambio climático. Cuestiones como la explotación de los recursos naturales y de la tierra, la distribución de la vivienda, la respuesta humanitaria ante desastres, el acceso a servicios e infraestructuras y la construcción de barrios y comunidades resilientes son dinámicas que pueden analizarse desde una perspectiva interseccional para comprender la distribución desigual de las vulnerabilidades frente al cambio climático.

Movilizarse por un futuro en común

A veces, las cuestiones de desarrollo sostenible y la respuesta al cambio climático se abordan desde la desesperación y el miedo, y parecen referirse a una batalla perdida. A nivel global, los Objetivos de Desarrollo Sostenible 2 (Hambre Cero), 11 (Ciudades y comunidades sostenibles), 14 (Vida submarina), 15 (Vida de ecosistemas terrestres) y 16 (Paz, justicia e instituciones sólidas) están especialmente rezagados y afectan directamente la capacidad colectiva para reducir las emisiones de carbono y adaptarse a los impactos del cambio climático. Los discursos de violencia y autoritarismo parecen imponerse a la idea de un futuro colectivo global basado en los derechos humanos y la solidaridad, mientras que las guerras vinculadas a los combustibles fósiles parecen no tener fin. Pero no debemos alimentar la desesperanza. También ha habido avances. Las negociaciones internacionales, por ejemplo, han facilitado acuerdos como el Acuerdo de París de 2015 que han fortalecido la acción frente al cambio climático. Estos acuerdos internacionales pueden influir en las políticas de agricultura, industria, vivienda y desarrollo urbano, así como en la respuesta ante emergencias, facilitando transformaciones



La recuperación del río Los Ángeles como espacio público refleja una iniciativa comunitaria para proteger el entorno, recuperar el paisaje y fortalecer el vínculo de la ciudad con su río © Facebook FoLAR

con un impacto directo en los Objetivos de Desarrollo Sostenible. Sin embargo, me interesan más las iniciativas locales que permiten responder a retos globales desde el territorio y facilitan la adopción de políticas relevantes para la vida de las personas que habitan cada lugar. En algunos casos, se trata de iniciativas que cuestionan la gestión extractiva del territorio; en otros, de iniciativas que reivindican identidades locales; y, en otros, de propuestas que promueven la colaboración para la toma de decisiones de forma democrática y colectiva. Estas acciones tienen algo en común: siempre mantienen una perspectiva interseccional.



El proyecto BEEP impulsa un pastoreo más sostenible y resiliente en Pirineos, adaptado a los retos del cambio climático y a las necesidades del territorio y centrado en bioeconomía forestal © Proyecto BEEP

Pastoreo y cambio climático

Uno de mis primeros trabajos como voluntaria al inicio de mi carrera, hace más de 20 años, fue en el Instituto Pirenaico de Ecología (IPE, CSIC) en mi ciudad natal, Jaca. Ahora, lejos de Jaca, veo al IPE como depositario de una visión ecológica que nace de la comprensión de la cultura y la economía de los Pirineos. Uno de los proyectos que integran la experiencia de los investigadores del Instituto Pirenaico de Ecología es BioEconomía Forestal para Potenciar el Pastoralismo en los Pirineos (BEEP), que propone un modelo ganadero basado en los valores de la cultura local⁶ pirenaica.

A pesar de que varios miembros de mi familia se dedicaban a esta actividad, el pastoreo siempre me pareció inaccesible para una mujer. La manera en que lo había vivido en mi entorno familiar reforzaba esa percepción. Siempre vi a mujeres en mi familia que apoyaban el pastoreo, pero su labor a menudo era invisible o poco reconocida. Con el paso del tiempo, esta situación ha comenzado a cambiar: la modernización del sector también ha contribuido a transformar la imagen de esta actividad. Cada vez son más las mujeres que se incorporan como titulares de explotaciones ganaderas o se desempeñan como pastoras profesionales. El pastoreo en el Pirineo requiere un nivel

Las soluciones más transformadoras también nacen desde lo local

de compromiso que pocas personas pueden dedicar al cuidado del ganado. En sistemas extensivos, como el modelo tradicional pirenaico, el pastor debe supervisar el rebaño de forma constante, lo que puede implicar al menos ocho horas diarias dedicadas a guiarlo, controlar el acceso al agua y la alimentación, prevenir riesgos, vigilar la salud de los animales y recogerlos cada noche.

Si mantener este nivel de dedicación resulta exigente para cualquier pastor, puede ser aún más complejo para las mujeres si, además del trabajo ganadero, recae sobre ellas la responsabilidad de los cuidados del hogar, de los hijos o de personas dependientes.

El proyecto BEEP propone dos ideas que, aunque no se presentan con un enfoque de género, tienen un carácter interseccional.

El pastor de emergencia es un servicio prestado por profesionales que ofrece apoyo puntual, lo que permite que la persona titular de la explotación se ausente cuando lo necesite. Aunque esta figura se ha visibilizado a través de perfiles masculinos, como el del pastor aragonés Zacarías Fievet,

puede contribuir a diversificar la mano de obra ganadera, lo que facilita el acceso de las mujeres al pastoreo e incrementa la disponibilidad de trabajo en el sector. El pastor de emergencia puede facilitar respuestas directas al cambio climático, como apoyar las modificaciones en las rutas de trashumancia derivadas de transformaciones ecológicas, sequías o el aumento de las temperaturas.

El pastor compartido permite que varios ganaderos compartan un mismo pastor y los costes del servicio. Se trata de una respuesta a la despoblación rural, a la falta de relevo generacional y a la escasez de mano de obra, pero también a la necesidad de reorganizar el tiempo de trabajo para garantizar la dignidad del oficio y facilitar la conciliación entre la vida laboral, familiar y social, lo cual beneficia particularmente a las mujeres que se dedican al pastoreo. El pastor compartido es un modelo de organización colectiva que fortalece la resiliencia de la economía rural y redefine el papel del pastor.

Estas iniciativas representan avances hacia un modelo de justicia climática interseccional basado en lo local.

Las investigaciones indican que un aumento de 1 grado durante la semana anterior al parto se asocia con un aumento del 6 % en el riesgo durante la estación cálida (mayo-septiembre), lo que se traduce en unos cuatro mortinatos adicionales por cada 10.000 nacimientos © UNFPA Kenya además ponen en peligro el acceso a los alimentos y los medios de vida © Captura de pantalla de un video del Programa Mundial de Alimentos



Cientos de miles de mujeres en edad reproductiva se ven impedidas de acceder a la planificación familiar debido a las sequías, las inundaciones y otros extremos climáticos que además ponen en peligro el acceso a los alimentos y los medios de vida © Captura de pantalla de un video del Programa Mundial de Alimentos

Repensar el futuro

La teoría interseccional subraya la importancia de actuar sobre los factores estructurales que generan desigualdad, como la baja rentabilidad del pastoreo en relación con el tiempo invertido, la falta de reconocimiento del trabajo femenino y la necesidad de responder con flexibilidad a los cambios climáticos.

Asimismo, la interseccionalidad invita a reconocer el territorio y a las personas que lo habitan como fuentes de conocimiento y recursos capaces de generar soluciones innovadoras a partir de su propia experiencia. Tanto el pastor de emergencia como el pastor compartido constituyen respuestas concretas y efectivas a los desafíos de un entorno en transformación. Ideas como el pastor compartido no surgen de la nada, sino que se construyen sobre las experiencias, la cultura y las tradiciones de los territorios y las comunidades que los habitan.

La trayectoria hacia una justicia climática interseccional es un camino largo y compartido que requiere confianza en la gente y en sus territorios. Es una trayectoria que necesita oportunidades de desarrollo más allá de los modelos económicos extractivos que no valoran las capacidades locales para crear alternativas propias.

El poeta y ambientalista Lewis MacAdams (uno de los fundadores de Friends of the

Los Angeles River (FoLAR), la organización que, entre otras iniciativas, contribuyó a redefinir el río Los Ángeles como un espacio público de la ciudad californiana) escribió: “Si no es imposible, no me interesa”. En todo el mundo, proyectos locales, diversos, autosuficientes hacen posible lo imposible, recordándonos que siempre existe una puerta abierta hacia la justicia, la solidaridad y la esperanza.

BIBLIOGRAFÍA

¹El ensayo está disponible en: Crenshaw, K., 2013. Demarginalizing the intersection of race and sex: A black feminist critique of antidiscrimination doctrine, feminist theory and antiracist politics. In Feminist legal theories (pp. 23-51). Routledge.

²413 F Supp 142 (ED Mo 1976).

³hooks, b. (1981). Ain't I a Woman? Black Women and Feminism. South End Press.

⁴United Nations. (2015). Transforming our world: The 2030 Agenda for Sustainable Development (A/RES/70/1).

⁵Menchú, R. (con Elisabeth Burgos) (1995 [1983]). Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia. Seix Barral.

⁶Para saber más, consulte su página web: <https://www.proyectobeep.com/>

Combatir el cambio climático exige combatir la desigualdad





GUARDIANAS DEL PLANETA

Científicas españolas frente a la crisis ambiental

Desde la calidad del aire que respiramos hasta la estabilidad de los hielos antárticos, gran parte del conocimiento sobre la crisis ambiental procede del trabajo de científicas, a menudo poco visibles fuera del ámbito académico. Cuatro investigadoras españolas, expertas en ecología, cambio climático, contaminación atmosférica y paleoclima, explican cómo la ciencia ayuda a vigilar y proteger la salud del planeta.

Cuando se habla de la defensa del planeta, la imaginación suele dirigirse hacia grandes conferencias internacionales, movimientos sociales o decisiones políticas globales. Sin embargo, una parte esencial de ese esfuerzo se desarrolla en lugares menos visibles: laboratorios, estaciones de campo, observatorios climáticos, expediciones científicas o redes de monitoreo ambiental.

En esos espacios trabajan investigadoras que estudian cómo funcionan los ecosistemas, cómo se transforman bajo la presión de la actividad humana y qué puede hacerse para protegerlos. Sus investigaciones ayudan a comprender desde la contaminación del aire hasta la estabilidad de los casquetes polares, pasando por la biodiversidad o la salud de los ecosistemas acuáticos.

En cierto sentido, muchas de ellas son auténticas guardianas del planeta.

El concepto no es nuevo. En muchas sociedades de cazadores-recolectores, las mujeres desarrollaron un conocimiento detallado de plantas, ciclos estacionales y recursos naturales que resultaba esencial para la supervivencia del grupo. Ya en nuestros tiempos, una de las primeras voces que alertó con fuerza sobre los riesgos ambientales del desarrollo industrial fue la bióloga marina Rachel Carson. En 1962 publicó *La primavera silenciosa*, un libro que denunció los efectos de los pesticidas sobre los ecosistemas y que hoy se considera una

En la Antártida, entre icebergs y a bordo de una zodiac, Carlota Escutia investiga el fitoplancton para entender los cambios ambientales

CAPITOLINA DÍAZ MARTÍNEZ

**Catedrática de Sociología de la Universidad de Valencia
– Premio Nacional de Sociología y Ciencia Política 2025**

obra fundacional del movimiento ambiental moderno.

Carson fue atacada con dureza por sectores políticos e industriales que intentaron desacreditarla. Llegó a ser presentada como una mujer exagerada o histérica. Sin embargo, su trabajo terminó cambiando profundamente la forma en que la sociedad entiende la relación entre tecnología, agricultura y medio ambiente.

Su historia ilustra un patrón frecuente en la ciencia: las mujeres han contribuido de manera decisiva a ampliar el conocimiento científico, aunque durante mucho tiempo su trabajo haya recibido menor reconocimiento del que merecía.

En España y en el mundo no faltan ejemplos. La oceanógrafa María Ángeles Alvario, la genetista Jimena Fernández de la Vega o la botánica Blanca Catalán de Ocón forman parte de una genealogía de científicas cuya

contribución ha sido a menudo menos visible que la de sus colegas masculinos.

La situación ha mejorado en las últimas décadas. Según datos de la Unesco, aproximadamente un tercio del personal investigador mundial son mujeres. En España la proporción es incluso mayor —en torno al 41-42 %—, aunque disminuye a medida que se asciende en la jerarquía académica, como muestran los informes *Científicas en Cifras*, y *She Figures* de la Comisión Europea.

El fenómeno se observa con claridad en las ciencias ambientales. Las investigadoras participan activamente en el estudio de algunos de los mayores desafíos ecológicos de nuestro tiempo —cambio climático, pérdida de biodiversidad, contaminación atmosférica o degradación de los ecosistemas—, pero su trabajo sigue siendo relativamente poco conocido fuera de los círculos especializados.

Las “trimates”

El papel de las mujeres en la investigación ambiental ha sido especialmente visible en algunos campos científicos. Un ejemplo conocido es el de las llamadas “trimates”, las tres investigadoras que revolucionaron el estudio del comportamiento de los primates en la segunda mitad del siglo XX: Jane Goodall, Dian Fossey y Biruté Galdikas. Sus investigaciones de campo transformaron el conocimiento científico sobre chimpancés, gorilas y orangutanes y contribuyeron decisivamente al nacimiento de la biología de la conservación moderna. Aquellas investigaciones pioneras mostraron hasta qué punto el trabajo de las científicas podía ampliar la comprensión de los ecosistemas y abrir nuevas formas de relación entre ciencia, sociedad y protección de la naturaleza. En las últimas décadas, además, las científicas han tenido un papel cada vez más destacado en la investigación sobre cambio climático. En el Intergovernmental Panel on Climate Change, el principal organismo internacional encargado de evaluar el conocimiento científico sobre el clima, la presencia de mujeres ha crecido de manera sostenida. Mientras que, en el primer informe del panel publicado en 1990, apenas una pequeña minoría de las autorías correspondía a investigadoras, en los

informes más recientes las mujeres representan ya cerca de un tercio del conjunto de autoras y autores científicos. Este incremento refleja la expansión del número de científicas dedicadas al estudio del clima y del sistema terrestre. Este artículo se acerca a esa realidad a través de cuatro investigadoras españolas que trabajan en ámbitos distintos de la ciencia ambiental: María Antonia Rodrigo Alacreu, María Begoña García González, Mar Viana Rodríguez y Carlota Escutia Dotti. Sus trayectorias muestran distintas maneras de investigar los cambios que experimenta el planeta y de contribuir, desde la ciencia, a su preservación. El texto se basa en entrevistas con cada una de ellas sobre su trabajo actual, su trayectoria y las dificultades de la carrera científica, así como sobre la presencia de referentes femeninos durante su formación. Las cuatro investigadoras entrevistadas trabajan en disciplinas distintas —ecología de aguas continentales, ecología vegetal, contaminación atmosférica y paleoclima antártico— pero comparten un objetivo común: comprender los procesos ambientales que condicionan el futuro del planeta. Sus testimonios permiten observar tanto el impacto científico de sus investigaciones como las condiciones en las que las mujeres desarrollan su carrera científica.

En el primer informe del IPCC, las mujeres eran una minoría; hoy representan cerca de un tercio de las autorías científicas

Dian Fossey, Jane Goodall y Biruté Galdikas, las “trimates”, revolucionaron el conocimiento sobre chimpancés, gorilas y orangutanes, demostrando el papel decisivo de las mujeres en la ciencia ambiental © Dian Fossey Gorila Fund (Facebook)



María Antonia Rodrigo Alacreu investiga cómo las plantas acuáticas son aliadas clave para medir la salud de los ecosistemas y entender los efectos del cambio global



Ecosistemas acuáticos y cambio global

El estudio científico de los ecosistemas acuáticos ha contado con figuras femeninas pioneras. Una de las más influyentes fue la limnóloga estadounidense Ruth Patrick (1907-2013), cuyas investigaciones demostraron que la diversidad de organismos microscópicos presentes en ríos y lagos puede utilizarse como indicador de la calidad del agua. Sus trabajos contribuyeron a transformar la forma en que se evalúa el estado ecológico de los ecosistemas acuáticos y abrieron nuevas líneas de investigación en ecología aplicada. Entre las científicas que contribuyeron de forma decisiva al desarrollo de la ecología moderna figura la también la ecóloga y estadística canadiense Evelyn Chrystalla Pielou (1924-2016), cuyas investigaciones sobre diversidad biológica y ecología matemática marcaron a varias generaciones de investigadoras. Como recuerda María Antonia Rodrigo Alacreu en la entrevista, Pielou publicó numerosos trabajos

fundamentales y varios libros influyentes, pero durante mucho tiempo su aportación pasó relativamente desapercibida dentro de una disciplina dominada por hombres. En esa tradición científica —que combina investigación ecológica y atención a la salud de los ecosistemas acuáticos— se inscriben hoy los estudios sobre cambio global que desarrolla Alacreu, investigadora senior del Instituto Cavanilles de Biodiversidad y Biología Evolutiva de la Universidad de Valencia y catedrática de Ecología, su campo de especialización es la limnología, es decir, el estudio de las aguas continentales: lagos, humedales, ríos y embalses. Su trabajo se sitúa dentro del marco del cambio global, un concepto que engloba todos los cambios provocados por la actividad humana en los sistemas naturales: desde el cambio climático hasta la contaminación química o la pérdida de biodiversidad. Entre los fenómenos que investiga se encuentran la eutrofización de los lagos, el impacto de contaminantes como plaguicidas o

metales pesados y el papel de las plantas acuáticas en el equilibrio de los ecosistemas. Uno de sus proyectos actuales examina si determinadas plantas acuáticas pueden contribuir a reducir las emisiones de gases de efecto invernadero, como el metano o el dióxido de carbono, además de desempeñar funciones esenciales para la biodiversidad. El valor social de estas investigaciones se expresa en el concepto de “servicios ecosistémicos”: los beneficios que los ecosistemas proporcionan a la humanidad, desde la regulación del clima hasta la calidad del agua. “La sociedad tiene que conocer esos servicios ecosistémicos. Son responsables de gran parte de nuestro bienestar”, subraya la investigadora. “ Sus estudios han contribuido, por ejemplo, a orientar a los gestores de lagos y humedales sobre qué especies vegetales utilizar en los procesos de restauración ecológica.

Plantas como indicadores del cambio climático

El estudio de la respuesta de las plantas a las variaciones del clima tiene también una larga tradición científica. Una de las investigadoras que contribuyó de forma decisiva a este campo fue la paleoecóloga estadounidense Margaret Davis, cuyas investigaciones sobre polen fósil permitieron reconstruir cómo las comunidades vegetales han respondido a cambios climáticos a lo largo de miles de años. Estos trabajos demostraron que las plantas son indicadores extremadamente sensibles de las transformaciones ambientales. En esa línea de investigación se sitúan hoy estudios que analizan cómo las poblaciones vegetales reaccionan al cambio climático actual, como los que desarrolla María Begoña

García González.

La investigadora María Begoña García González, del Instituto Pirenaico de Ecología, aborda el cambio climático desde una perspectiva diferente.

Mientras que muchos estudios utilizan indicadores físicos —temperatura, humedad, sequías—, ella analiza cómo reaccionan las plantas ante esos cambios.

Su investigación se centra en poblaciones vegetales vulnerables, observando si aumentan o disminuyen y si esos cambios están relacionados con las condiciones climáticas.

Las plantas funcionan, en este sentido, como “sensores biológicos del cambio ambiental”.

García González dirige además el proyecto Adopta una planta, una iniciativa de ciencia ciudadana que moviliza a cientos

de personas en el seguimiento de especies vegetales en distintos ecosistemas en Aragón.

Personas voluntarias y agentes de protección de la naturaleza participan en la recogida de datos siguiendo protocolos científicos. Sus observaciones permiten detectar cambios en las poblaciones vegetales y evaluar el impacto de factores como la sequía o el aumento de las temperaturas, al tiempo que convierten a quienes participan en auténticos guardianes de su entorno vegetal.

“Las personas que participan en Adopta una Planta son ahora mucho más conscientes de cómo el clima puede afectar a los seres vivos”, explica la investigadora. “Toman datos siguiendo nuestros diseños experimentales y luego nosotros los analizamos”.

Las plantas cuentan la historia del clima. María Begoña García González analiza su evolución para detectar los efectos del calentamiento global.



La ciencia ambiental se construye a partir de investigaciones concretas sobre el aire, los ecosistemas, las plantas y el clima

El aire que respiramos

La tercera científica entrevistada, Mar Viana Rodríguez, trabaja en el Instituto de Diagnóstico Ambiental y Estudios del Agua del Consejo Superior de Investigaciones Científicas cuya especialidad es el estudio de la contaminación atmosférica, el análisis de los aerosoles y nanopartículas presentes en el aire.

El estudio de la composición química de la atmósfera y de las partículas que respiramos se ha convertido en una de las áreas más dinámicas de la investigación ambiental contemporánea. Investigadoras como la química atmosférica Susan Solomon contribuyeron decisivamente a comprender los procesos que afectan a la calidad del aire y al clima global, mostrando cómo ciertos compuestos atmosféricos pueden alterar tanto la salud humana como el equilibrio del sistema climático. En esa línea de investigación se sitúa hoy la científica Mar Viana Rodríguez.

La calidad del aire es uno de los grandes problemas ambientales contemporáneos. La contaminación atmosférica provoca millones de muertes prematuras cada año en todo el mundo y está asociada a enfermedades respiratorias, cardiovasculares y neurológicas.

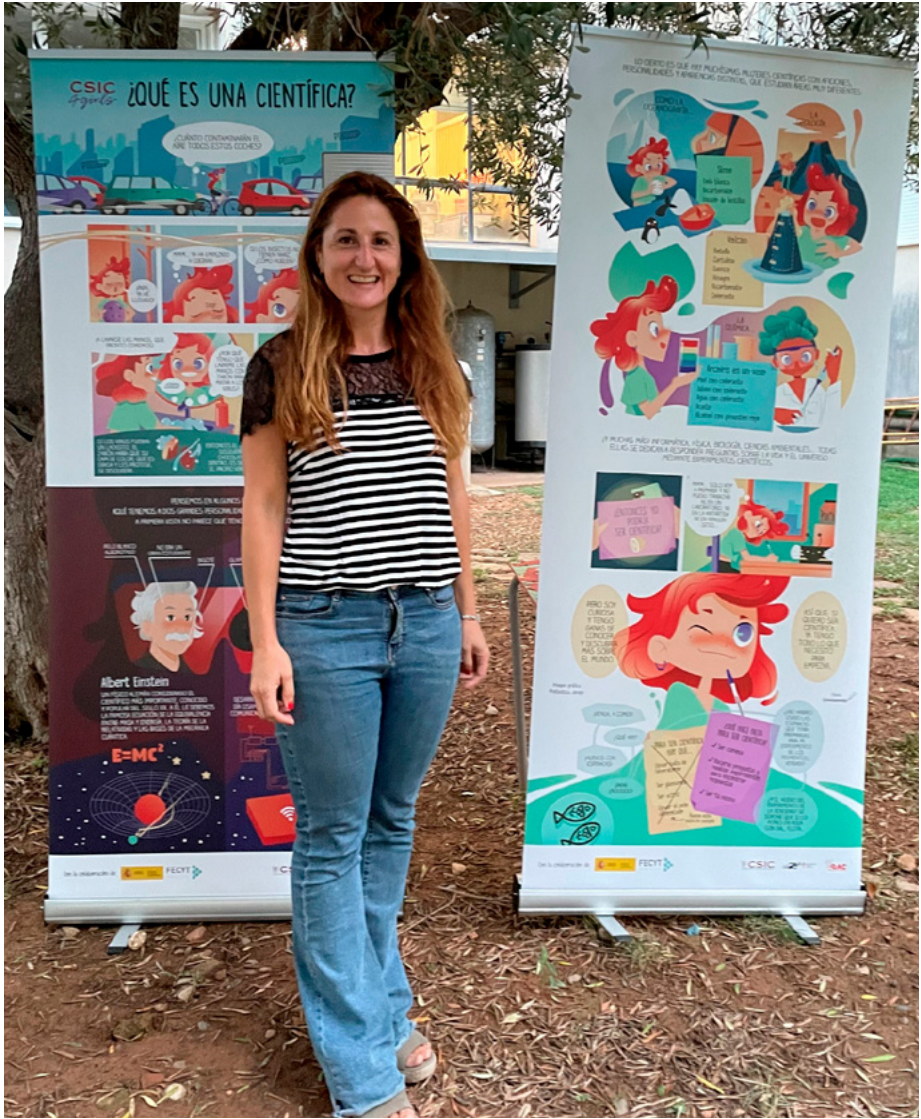
La magnitud del problema explica la creciente atención científica que recibe. Según estimaciones de la Organización Mundial de la Salud, la contaminación del aire causa alrededor de siete millones de muertes prematuras cada año en el mundo, convirtiéndose en uno de los principales riesgos ambientales para la salud humana. Buena parte de estas investigaciones se centran hoy en comprender cómo las partículas en suspensión y los aerosoles afectan al sistema respiratorio y cardiovascular. El trabajo de científicas como Mar Viana se inscribe en esta línea de investigación global, orientada no sólo a comprender los procesos físicos y químicos que determinan la calidad del aire, sino también a diseñar estrategias de prevención y protección para las poblaciones más expuestas.

Viana investiga, entre otros fenómenos, el impacto del humo de los incendios forestales sobre la salud humana.

Uno de sus trabajos ha permitido identificar que determinadas tareas realizadas por los bomberos durante las labores de extinción —especialmente las operaciones finales de remate del incendio— generan una gran exposición a partículas contaminantes.

Estos resultados permiten diseñar mejores estrategias de protección para los equipos de emergencia.

Otro de sus proyectos consiste en instalar sensores de calidad del aire en viviendas situadas en zonas afectadas por incendios forestales. Estos dispositivos permiten determinar si la contaminación del aire dentro de las casas alcanza niveles peligrosos y qué medidas de protección deben adoptarse.



Mar Viana Rodríguez investiga las partículas que respiramos para comprender cómo la contaminación atmosférica afecta a la salud y al medio ambiente.

La presencia de mujeres en la investigación ambiental crece, pero su trabajo sigue siendo poco conocido fuera de los círculos especializados

El pasado del clima para entender el futuro

La presencia de mujeres en la investigación polar es relativamente reciente si se compara con la larga historia de las expediciones científicas a la Antártida. Durante gran parte del siglo XX, muchas expediciones científicas excluían explícitamente a las mujeres. En Estados Unidos, por ejemplo, las investigadoras no pudieron participar en expediciones antárticas del programa nacional hasta 1969, cuando un equipo de cuatro científicas liderado por la geóloga Lois M. Jones fue finalmente autorizado a realizar trabajo de campo en el continente blanco. Aquella expedición marcó un punto de inflexión en la historia de la ciencia polar.

Desde entonces, la presencia de mujeres en las investigaciones antárticas ha crecido de manera sostenida, y hoy científicas como Carlota Escutia participan activamente en la reconstrucción del pasado climático del planeta. Carlota Escutia Dotti, investigadora del Instituto Andaluz de Ciencias de la Tierra, trabaja en un campo diferente pero igualmente crucial para comprender el cambio climático: el estudio del paleoclima.

Su investigación se basa en el análisis de sedimentos marinos y registros geológicos para reconstruir la historia climática de la Tierra.

Gran parte de su trabajo se desarrolla en la Antártida, donde estudia la evolución del casquete de hielo oriental, una de las mayores masas de hielo del planeta.

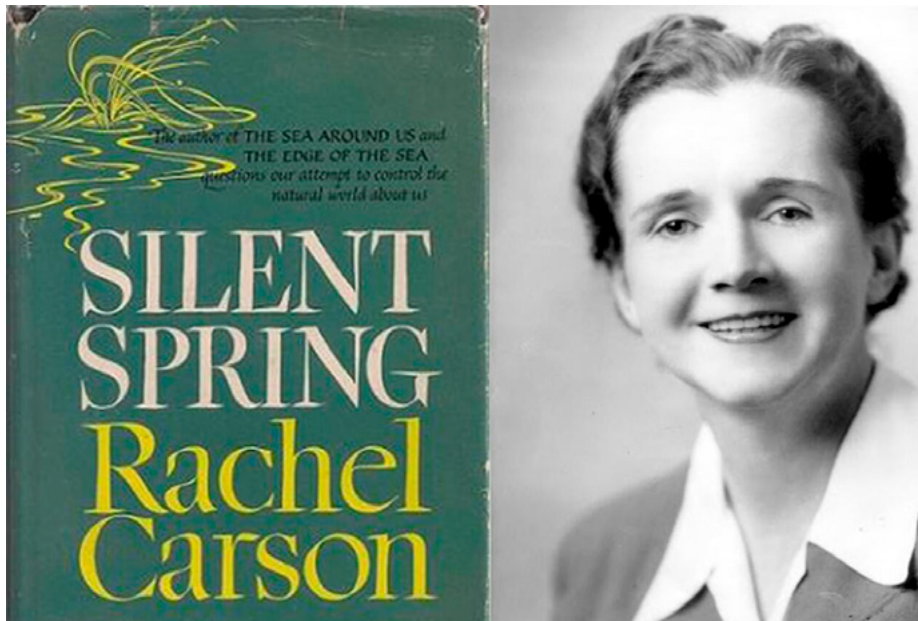
Durante mucho tiempo se pensó que esa región era extremadamente estable y que apenas se vería afectada por el calentamiento global.

Sin embargo, los registros geológicos muestran que en el pasado ese casquete de hielo experimentó importantes retrocesos, contribuyendo a aumentos significativos del nivel del mar.

Estos hallazgos ayudan a comprender mejor los riesgos asociados al cambio climático.

Si toda la masa de hielo de la Antártida oriental se derritiera —algo que no ocurrirá en un futuro cercano— el nivel del mar podría aumentar más de cincuenta metros.

Aunque ese escenario extremo no sea probable, la investigación muestra que los sistemas polares son más sensibles al cambio climático de lo que se pensaba.



Bióloga marina y pionera del ecologismo, Rachel Carson demostró que la ciencia también puede cambiar la forma en que una sociedad protege su entorno. Con *La primavera silenciosa* (1962) alertó sobre los efectos de los pesticidas y sentó las bases del movimiento ecologista moderno © Servicio de Pesca y Vida Silvestre de EE. UU.

Las mujeres tienen un 50 % menos de probabilidades de alcanzar los niveles más altos de la carrera científica

Ciencia ambiental e impacto social

Las investigaciones de estas cuatro científicas tienen una dimensión que trasciende el ámbito académico.

Sus trabajos contribuyen a mejorar la gestión de los ecosistemas, proteger la salud pública o anticipar los riesgos asociados al cambio climático.

En muchos casos, además, incorporan formas innovadoras de relación entre ciencia y sociedad.

La ciencia ciudadana, como en el proyecto de seguimiento de plantas, permite implicar directamente a la población en el conocimiento del medio natural.

La monitorización de la calidad del aire en viviendas expuestas a incendios forestales traduce resultados científicos en herramientas concretas para la protección de la salud.

Y los estudios sobre el pasado climático ayudan a comprender mejor los posibles escenarios futuros del planeta.

Obstáculos en la carrera científica

A pesar de sus logros, las cuatro investigadoras coinciden en señalar que la carrera científica sigue presentando dificultades específicas para las mujeres. Los informes sobre ciencia y género coinciden en este diagnóstico. En España, por ejemplo, aunque las mujeres representan cerca de la mitad del personal investigador en etapas iniciales, su presencia se reduce notablemente en las posiciones de liderazgo científico, un fenómeno conocido como “techo de cristal”. En *She Figures 2021* aparece el indicador llamado Glass Ceiling Index (GCI) que mide la probabilidad de que una mujer alcance el nivel más alto de la carrera científica. En Europa el índice es aproximadamente 1,5. Eso significa que las mujeres tienen un 50 % menos de probabilidades de llegar a las posiciones más altas.

Curiosamente, esas dificultades no suelen manifestarse en los primeros años de formación. En la mayoría de las disciplinas científicas mencionadas, las estudiantes son tan numerosas o más que los estudiantes y obtienen resultados académicos excelentes.

Las diferencias aparecen con mayor claridad en las etapas posteriores de la carrera investigadora, especialmente en el momento de consolidar una posición profesional estable.

Varias de las científicas entrevistadas recuerdan que durante años las instituciones académicas carecían de infraestructuras básicas de conciliación, como guarderías o salas de lactancia. Y, hoy en día, la mayoría carecen de políticas que no solo apoyen a quienes asumen tareas de cuidado —todavía mayoritariamente mujeres— sino que incentiven una mayor

corresponsabilidad masculina.

Para muchas investigadoras, la conciliación ha significado reducir al mínimo la vida social, el tiempo libre o las vacaciones para poder mantener el ritmo de producción científica.

A estas dificultades se suma una división (casi invisible) del trabajo académico. Las mujeres suelen asumir con mayor frecuencia tareas organizativas, de gestión o de atención institucional —a menudo no remuneradas y sin reconocimiento curricular— que requieren mucho tiempo pero que reciben menor reconocimiento profesional. Es lo que en inglés llaman “academic housekeeping” y que podríamos traducirlo como “labores domésticas en la academia”. Mientras que a los hombres suelen ofrecerles con mayor frecuencia y asumen, labores académico-institucionales que suponen prestigio y dinero.

La maternidad y las responsabilidades familiares siguen siendo factores que afectan de manera desigual a las trayectorias profesionales



Rachel Carson y Bob Hines realizando investigaciones de biología marina en Florida © Servicio de Pesca y Vida Silvestre de EE. UU.

Guardianas del planeta

Las historias de estas cuatro investigadoras muestran que la ciencia ambiental no se limita a grandes declaraciones sobre el futuro del planeta. Se construye a partir de investigaciones concretas: medir la calidad del aire, analizar la evolución de los ecosistemas, estudiar los registros geológicos del clima o comprender la dinámica de las poblaciones vegetales.

Detrás de esos trabajos hay equipos científicos complejos y, cada vez más, una presencia creciente de mujeres investigadoras.

Sus contribuciones no siempre ocupan titulares, pero son esenciales para comprender los cambios que experimenta la Tierra.

Si hoy sabemos más que nunca sobre el impacto de la actividad humana en el planeta, es también gracias al trabajo de muchas científicas que, desde disciplinas distintas, ayudan a vigilar y entender la salud de los ecosistemas.

En conjunto, estas investigaciones muestran hasta qué punto el conocimiento científico sobre el cambio ambiental es hoy el resultado del trabajo de comunidades científicas amplias y diversas, en las que las mujeres desempeñan un papel cada vez más visible.

CUANDO EL CLIMA AGRAVA LA DESIGUALDAD DE GÉNERO

CRISTINA MONGE

Politóloga, investigadora en transición ecológica
y calidad democrática



Las mujeres son especialmente vulnerables a los efectos de la crisis climática, que agrava desigualdades en ámbitos como la pobreza energética, la violencia de género y el empleo.



Las familias monomarentales se encuentran entre los colectivos más afectados por la pobreza energética

Página anterior
Sequías, inundaciones y otros fenómenos extremos golpean especialmente a mujeres y niñas © Greenpeace México

El cambio climático afecta más a las mujeres, que son más vulnerables por la desigualdad previa

Es conocido que, cuando se estudian las consecuencias que la crisis ambiental tiene sobre las personas, se comprueba cómo, una vez más, ser mujer es un agravante. Quizá se vea de forma más clara si se mira a buena parte de los países en vías de desarrollo: la falta de habilidades y posibilidades para reaccionar ante fenómenos extremos como inundaciones; la especial carestía de alimentos que sufren cuando la comida escasea a consecuencia, por ejemplo, de la sequía; o las dificultades para realizar tareas cotidianas como conseguir agua o leña que hacen que las niñas dediquen menos tiempo a ir a la escuela, son algunos de los ejemplos, ampliamente documentados, de cómo la crisis climática golpea más a niñas y mujeres (UN-FCCC 2022; GGCA 2016).

Mención aparte merece la cuestión de la violencia de género. Un informe de la Iniciativa Spotlight de la ONU afirma que el cambio climático está intensificando las tensiones sociales y económicas que alimentan el aumento de la violencia contra las mujeres y las niñas cifrando en un 28% el incremento de los feminicidios durante las olas de calor. El estudio va más allá, y relaciona cada aumento de 1°C de la temperatura global con el incremento del 4,7% de la violencia de pareja. Así, en un escenario de calentamiento de 2°C, -afirma-, es probable que 40 millones de mujeres y niñas más sufran violencia de pareja cada año de aquí a 2090. (Spotlight Initiative, COLLIDING CRISES: How the climate crisis fuels gender-based violence, 2025). Si no se toman medidas urgentes, el cambio climático podría estar relacionado con uno de cada diez casos de violencia de género en parejas a finales de siglo. Estos efectos son más graves en las comunidades frágiles, donde las mujeres ya se enfrentan a desigualdades arraigadas y son más vulnerables a las agresiones.

Pobreza energética y familias monomarentales

Pero la brecha de género asociada a la crisis ambiental no es cuestión sólo de países en desarrollo. También en el mundo rico las mujeres sufren en mayor medida los efectos de la crisis ambiental; en especial, las mujeres pobres. Un ejemplo claro: en España, cuando se estudia el fenómeno de la pobreza energética, se puede comprobar que entre los principales afectados está el grupo de familias monomarentales; es decir, mujeres solas con niños y niñas a su cargo. El género actúa a este respecto como un agravante más que, unido a la pobreza, multiplica los riesgos en situaciones de estrés como las que genera el cambio climático.

Las propias mujeres perciben también de forma distinta la gravedad del cambio climático. Según los últimos datos de la encuesta sobre cambio climático del Banco Europeo de Inversiones en el conjunto de la UE, un 78% de mujeres consideran que el cambio climático está impactando en su día a día frente a un 75% de hombres. Estas cifras aumentan en el caso de España hasta el 83% en el caso de las mujeres y el 79% en el caso de los hombres.

Se confirma de nuevo que la crisis ambiental exacerba problemas y en especial, desigualdades, que existían previamente. La de género no es una excepción, sino que es uno más de los agravantes sobre los que el cambio climático intensifica su acción y exacerba problemas que ya existían.

La transición justa contra la desigualdad

Si la situación reflejada nos dibuja un panorama de incremento de la desigualdad, también es cierto que la transición supone



El aumento de las temperaturas también intensifica la violencia de género

La crisis climática agrava la violencia de género: cada 1°C más aumenta un 4,7% la violencia de pareja

una oportunidad para darle la vuelta. Es decir, que puede hacerse de la transición una herramienta no sólo para cambiar modelos energéticos o de gestión, sino para luchar contra estas desigualdades. Dicho de otra manera, la transición ambiental, para ser justa, ha de incluir la perspectiva de género e incorporar a las mujeres a los nuevos modelos. De hecho, en el Informe de Progreso sobre la Implementación de la Agenda 2030 en España (Gobierno de España, 2019), la igualdad de oportunidades entre mujeres y hombres se considera una “política palanca” para posibilitar los compromisos adquiridos en los 17 ODS y hacer realidad las metas propuestas, dado que puede ayudar a acelerar la implementación de la Agenda 2030 e impulsar un desarrollo sostenible coherente.

El primer paso para esto es incorporar la perspectiva de género en todas las políticas ambientales, incluyendo todas las dimensiones de las políticas climáticas. En este contexto, es imprescindible que las políticas de adaptación y mitigación al cambio climático reconozcan la importancia de diagnosticar las diferencias entre hombres y mujeres tanto en las necesidades como en el impacto de las acciones

que se desarrollen; de ahí que sea necesario medir de forma sistemática la repercusión diferencial en hombres y mujeres de los problemas ambientales y de las vías para hacerles frente. Sólo con conocimiento preciso y adecuado se podrán conocer las distintas afecciones que las políticas ambientales tienen sobre hombres y mujeres y se podrán diseñar políticas públicas basadas en el conocimiento y la evidencia.

Algunas medidas que pueden ayudar en este sentido son la inclusión de personas expertas en género en las negociaciones, la incorporación de la perspectiva de género en la elaboración de documentos de planificación sobre transición energética, mitigación y adaptación; así como la colaboración con organizaciones sociales que trabajen activamente en este sentido. La interseccionalidad que requieren políticas como las ambientales obliga a incorporar a expertos y áreas de conocimiento diversas para conocer mejor los retos y evaluar los progresos. Esto podría implicar, en algunos casos, desarrollar programas de formación para que las personas y organizaciones expertas en sostenibilidad, por un lado, y en género, por otro, puedan trabajar conjuntamente.



Impulsar el acceso de las mujeres a empleos verdes es clave para avanzar hacia una transición ecológica más justa

Empleo, clave para reducir las brechas

Sin embargo, esto no está ocurriendo. Todavía. Pese a que algunas actuaciones estratégicas empiezan a incorporar estas políticas, queda mucho recorrido. En la buena dirección apunta, por ejemplo, el Convenio de Transición Justa en Andorra (Teruel) relativo al proceso de transición tras el cierre de la central térmica de Andorra y las minas de carbón, en el que se incorpora la perspectiva de género como elemento transversal, con especial énfasis en la empleabilidad de las mujeres, con apartados concretos para fomentar que las mujeres puedan incorporarse a los nuevos empleos de la transición energética, ayudando a cerrar así la brecha de participación. Es imprescindible, no obstante, ir más lejos, con más celeridad y mayor ambición.

En el informe El empleo de las mujeres en la transición energética justa, (Ministerio para la transición ecológica y Fundación Naturgy, 2023), se aporta suficiente evidencia como para afirmar que sigue existiendo una importante brecha entre hombres y mujeres en el ámbito de la transición energética, fundamentalmente la llamada “brecha de participación”: las mujeres sólo representan el 18,1% del empleo en estas actividades relacionadas con la transición energética, una cifra que apenas ha cambiado en la última década. Así, se afirma que “Al ritmo de avance registrado en los diez últimos años, la paridad de género en el empleo de la transición energética tardaría 265 años en alcanzarse.” Sobre todo, si no se aborda la brecha previa, la de partici-



La pobreza energética afecta en especial a los hogares con menos recursos y agrava situaciones de vulnerabilidad © Facebook Plataforma contra la pobreza energética

pación en la formación superior específica que da acceso a los puestos de carácter más técnicos, de alta y media cualificación, en el sector.

Por si esto fuera poco, esta no es la única brecha, ya que a ella hay que unir las relativas a la fuerte segregación ocupacional, la sobrecualificación, la parcialidad en el empleo y la brecha salarial, que afecta sobre todo a los puestos de mayor cualificación. Urge actuar en múltiples direcciones.

En primer lugar, en lo referente a la formación reglada y la formación para el empleo, fundamental esta última para atender las nuevas necesidades surgidas del desarrollo de un nuevo modelo energético. En este sentido, es importante implementar programas de formación sobre las oportunidades de empleo de la transición energética y acompañarlos de la creación y visibilización de referentes femeninos. Ambos elementos juntos pueden ser de enorme ayuda para fomentar la formación de mujeres en este sector. Si entre los destinatarios de estas iniciativas se incorpora a las familias se estará multiplicando el impacto, dada la influencia que tienen en estas decisiones, especialmente cuando se trata de niñas o mujeres jóvenes. Una vez que una mujer ha decidido optar por esta formación, tanto en la educación reglada como en la formación para el empleo, en algunos sectores será necesario desarrollar programas de acompañamiento, especialmente ahí donde las mujeres estén más infrarrepresentadas o en sectores fuertemente masculinizados.

Al ritmo actual, alcanzar la igualdad de género en el empleo energético podría tardar 265 años

Visibilizar para la igualdad

La visibilidad de las mujeres en el sector, no obstante, no debería quedarse relegada al ámbito educativo. En la información, la comunicación, la divulgación o en cualesquiera soportes publicitarios es necesario mostrar mujeres ejerciendo de ingenieras, electricistas, asesoras energéticas o cualquier otro tipo de empleo relacionado con la transición energética. Sólo mostrándolas se puede poner en valor su trabajo y lanzar un mensaje claro de igualdad al conjunto de la sociedad.

Por otro lado, hay un importante recorrido de mejora dentro de las empresas para garantizar la igualdad de género y la transición justa que incorpore la perspectiva de género. Se debe empezar por identificar las brechas existentes en cada organización,

evaluar su impacto tanto sobre las empleadas como sobre el conjunto de la empresa y elaborar planes de igualdad específicos para cada caso, entendiendo que la diversidad de situaciones es notable.

Esos planes deben incorporar medidas para favorecer el acceso de las mujeres a todas las posiciones de la organización, especialmente a las

que presentan mayores problemas, como los puestos de toma de decisiones y los más puramente técnicos. Para ello, será necesario implementar procesos de recualificación cuando así se requiera, eliminar las

falsas percepciones sobre la necesidad de fuerza física para el trabajo manual ya que cada vez está más automatizado, y promover campañas de tolerancia cero ante comentarios y actitudes machistas.

Hay otro tipo de políticas que, si bien qui-





zá vengan motivadas por la incorporación de mujeres, deben impactar también en los hombres, como las relativas a la conciliación de la vida personal y laboral. Ellos y ellas necesitan conciliar ambos espacios, lo público y lo privado, en aras de la igualdad.

Finalmente, resulta imprescindible que las grandes empresas actúen de tractor con el conjunto del sector, especialmente con PYMEs y micropymes, con mayores dificultades a la hora de implementar procesos de cambio. Acompañamientos, formación, ayuda financiera o intercambio de buenas prácticas fomentadas por quienes lideran un sector pueden ayudar a transformar al conjunto de la cadena de valor.

Para completar estas medidas, y dado que la reducción de las brechas en el ám-

bito energético no se producirá de forma inmediata, es imprescindible disponer de datos, información y conocimiento que ayuden a hacer seguimiento del proceso evaluando en qué áreas se está mejorando de forma más rápida y en qué otras, por el contrario, necesitan de otras medidas o de un especial énfasis para hacerlas efectivas. Para ello, es importante apoyar el desarrollo de investigaciones específicas que permitan conocer la evolución de las brechas de género en el sector, sus causas y efectos sobre las mujeres y las empresas. Evaluar las políticas aplicadas es la única manera de saber lo que funciona y lo que no para incorporar las modificaciones necesarias.

En definitiva, tenemos abundante evidencia empírica de que la crisis ambiental

afecta de forma especial a las mujeres. De la misma manera, también sabemos que una transición ecológica justa ayuda a paliar las desigualdades entre hombres y mujeres si incorpora la perspectiva de género. De lo contrario, difícilmente podríamos considerar que esa transición pueda considerarse justa.

** La Gran Oportunidad. Cómo acelerar la transición ecológica y fortalecer la democracia (Tirant Lo blanch, 2025) y Contra el descontento. Por una alianza para construir futuros deseables (Premio Paidós 2026) son los últimos libros escritos por Cristina Monge sobre la transición ecológica.

La transición energética puede reducir desigualdades con formación, recualificación, referentes femeninos, conciliación y planes de igualdad

Portada del informe de la FAO, “El clima injusto”. Los que menos han contribuido al cambio climático soportan la mayor carga, sufren sus efectos más graves y carecen de acceso a los recursos, servicios y oportunidades necesarios para adaptarse y sobrevivir. El impacto del cambio climático tiene rostro humano: las mujeres rurales, los jóvenes y las personas que viven en la pobreza © FAO



IGUALDAD DE GÉNERO, PIEZA CLAVE PARA AFRONTAR LA CRISIS DEL AGUA

LAURA V. IMBURGIA

Programa Mundial de la UNESCO de Evaluación
de los Recursos Hídricos (UNESCO WWAP).
Especialista de programa - Responsable de las
actividades de agua y género y coordinadora
de las actividades de capacitación

Página anterior.
Una niña palestina lleva botellas vacías para rellenarlas en un punto de agua junto al hospital Nasser de la ciudad de Khan Yunis, al sur de la Franja de Gaza, en octubre de 2023. Cuanto más se prolongaba la invasión de Gaza, acceder al agua potable se volvía aún más complicado © ONU Mujeres/Samar Abu Elouf

Hay riesgos muy altos de escasez de agua y de inestabilidad en el sistema alimentario, incluso con un aumento de temperatura de 1,5°C por encima de los niveles preindustriales © PNUD Somalia



La desigualdad de género también atraviesa la gestión del agua. Las mujeres y las niñas soportan una mayor carga, pero siguen teniendo menos presencia en los espacios donde se toman las decisiones sobre los recursos hídricos.

El mundo atraviesa una crisis hídrica de enorme magnitud: 2.100 millones de personas aún no acceden a agua potable segura y 3.400 millones carecen de saneamiento adecuado. Se trata de un desafío global con profundas implicaciones sociales, económicas y ambientales. Esta crisis no afecta a todas las personas por igual. A pesar de los avances logrados en las últimas décadas, las mujeres y las niñas siguen siendo las más afectadas. En muchas regiones, son ellas quienes asumen la responsabilidad de garantizar el agua para sus hogares, una tarea que implica no sólo esfuerzo físico, sino también costos en tiempo, salud y oportunidades. Estas desigualdades se intensifican en situaciones de pobreza, en muchas zonas rurales o aisladas y entre personas que enfrentan otras formas de vulnerabilidad como la discriminación o la exclusión social y económica. En este contexto, la relación entre agua y género se convierte en un aspecto clave para comprender y abordar la crisis hídrica de manera efectiva. Por ello, la edición 2026 del Informe Mundial de las Naciones Unidas sobre el Desarrollo de los Recursos Hídricos se centra en el vínculo entre el agua y la igualdad de género. El informe “Agua para todas las personas: Igualdad de derechos y

oportunidades” evidencia una realidad crítica y persistente: el acceso, el uso y la gestión del agua están profundamente condicionados por desigualdades estructurales que afectan de manera desproporcionada a mujeres y niñas, y plantea la necesidad de avanzar hacia políticas más inclusivas y transformadoras. El Informe Mundial es publicado por la UNESCO en nombre de ONU Agua. Se trata del informe de referencia sobre el agua dulce y el saneamiento, y se publica anualmente con motivo del Día Mundial del Agua, el 22 de marzo. Su elaboración es coordinada por el Programa Mundial de la UNESCO de Evaluación de los Recursos Hídricos (UNESCO WWAP), con sede en Perugia y cuenta con la financiación del Gobierno de Italia. Diversas agencias de las Naciones Unidas y organizaciones socias de ONU Agua aportan datos, análisis y conocimientos especializados y participan activamente de la redacción de sus distintos capítulos. El informe es de acceso libre y está disponible en varios idiomas en los canales oficiales de la UNESCO y del WWAP, lo que facilita su consulta y uso por parte de responsables de políticas públicas, personal técnico, comunidad académica y ciudadanía en general.

Las políticas hídricas deben tener en cuenta las distintas realidades de las mujeres

Seguridad hídrica y desigualdades

En las últimas décadas, se han realizado importantes esfuerzos para garantizar los derechos humanos al agua y al saneamiento. Sin embargo, las crisis hídricas siguen intensificándose en muchas regiones del mundo, ampliando las brechas socioeconómicas que existen y profundizando las desigualdades de género.

Al mismo tiempo, la presión sobre los recursos de agua dulce continúa aumentando. El crecimiento del consumo global se combina con una reducción de la disponibilidad de agua, como consecuencia del calentamiento climático, la industrialización, la urbanización y la expansión de

la agricultura intensiva. Aunque datos de Naciones Unidas del año 2025 indican que el balance hídrico global de la última década se ha mantenido relativamente estable como resultado de una mayor eficiencia de uso del agua -en particular en los sectores industriales y del riego-, estos avances se concentran en países de ingresos medios y altos.

En contraste, muchos países de ingresos bajos siguen enfrentando un aumento del consumo de agua destinado a la subsistencia, en un contexto de mayor vulnerabilidad. Esta situación convierte a la inseguridad hídrica en un factor clave que refuerza las desigualdades sociales, económicas y territoriales.

Brechas de género en la gestión del agua

El Informe Mundial del año 2026 reúne evidencia reciente que muestra que las brechas de género persisten en los sectores vinculados al agua y en la mayoría de las regiones del mundo, pese a la creciente atención global y compromisos internacionales para incorporar el enfoque de igualdad de género en las políticas y la planificación hídrica.

Brechas en la representación. Las mujeres desempeñan un papel central en la gestión del agua en todo el mundo, especialmente en contextos rurales y de bajos ingresos. Sin



Muchas mujeres y niñas de las zonas rurales montañosas de Nepal se abastecen de agua en pozos públicos, lo que a menudo requiere largas caminatas diarias. Después, acarrear las pesadas garrafas de plástico sobre la cabeza o a hombros hasta sus comunidades © ONU Mujeres/Gagan Thapa

La propiedad de la tierra también condiciona el acceso al agua



En el campamento para personas refugiadas Balukhali, en Cox's Bazar, muchas mujeres y niñas rohinyás utilizan letrinas improvisadas como esta, reducen su ingesta de agua y comida y restringen sus movimientos durante la menstruación para evitar tener que asearse y defecar al aire

embargo, esta participación no se refleja de manera equitativa en los espacios de decisión y liderazgo del sector hídrico.

A nivel global, se estima que las mujeres y las niñas son responsables de asegurar el agua en aproximadamente el 70% de los hogares que carecen de este recurso. Ese tiempo que dedican al agua, no lo pueden dedicar a la educación, al empleo o a la participación pública.

Muchas mujeres también trabajan en la agricultura a pequeña escala y familiar, un sector que depende del acceso al agua para la producción de alimentos y la seguridad alimentaria. Aunque es difícil obtener estadísticas mundiales consistentes sobre el empleo en la agricultura, datos de referencia de la FAO indican que, en 2019 el 36% de las mujeres con empleo formal trabajaban en la agricultura. Cabe señalar que esta cifra no refleja la gran proporción de trabajo informal en este ámbito.

En contraste, las mujeres ocupan en promedio, menos del 20% de los empleos en los servicios de agua potable y saneamiento según indican datos del Banco Mundial. Además, los puestos de liderazgo y los

espacios de toma de decisiones continúan estando mayoritariamente ocupados por hombres.

En este sentido, Europa no es una excepción. En el capítulo del informe dedicado a las perspectivas regionales se señala que, en Europa, donde el acceso al agua potable y al saneamiento es prácticamente universal, las disparidades de género se manifiestan en la menor influencia de las mujeres en la toma de decisiones, incluso cuando cuentan con representación formal. También se observan brechas de acceso a posiciones de liderazgo y en la participación en disciplinas como las ingenierías y la hidrología, que en muchos países siguen estando dominadas por hombres.

En el caso de España, datos de 2023 analizados por la Unidad de Igualdad del Ministerio de Transición Ecológica y Reto Demográfico (MITECO) muestran que el 22,1% de las personas que trabajan en la gestión sostenible del agua son mujeres. En este sector, las mujeres ocupan el 62,7% de los roles técnicos, profesional científico e intelectuales y el 60,7% de los cargos administrativos-contables. Su presencia es

menor en los puestos de personal técnico y profesional de apoyo, donde representan sólo el 19%. En las posiciones de dirección y gerencia de la gestión hídrica, la proporción de mujeres se reduce al 11%.

Estas brechas muestran una distribución desigual de responsabilidades, oportunidades y poder dentro del sector hídrico, que limita la capacidad de avanzar hacia una gestión más inclusiva y equitativa.

Brechas en los derechos de propiedad.

Además de la representación desigual en el empleo y en la toma de decisiones, persisten desigualdades en el acceso a los derechos de propiedad, especialmente en relación con la tierra y la vivienda.

En muchos contextos, el acceso al agua está vinculado a los derechos de propiedad y control sobre la tierra. Esto significa que quienes no poseen tierra o derechos formales sobre ella tienen también un acceso más limitado a los recursos hídricos necesarios para la producción, el consumo y la vida cotidiana.

Las mujeres suelen enfrentarse a mayores barreras para acceder a la propiedad de la

tierra y a otros recursos productivos. Estas limitaciones están relacionadas con leyes discriminatorias, normas socioculturales, estructuras de poder y desventajas económicas. En promedio mundial del 2018, menos del 15% de los propietarios de tierras agrícolas eran mujeres.

Como resultado, las mujeres se encuentran en desventaja no sólo en el acceso al agua, sino también en poder decidir sobre su uso y participar en las estructuras de gobernanza hídrica, donde generalmente se requieren derechos formales.

Brechas en la información, enfoques sectoriales y conceptos incompletos. Una de las principales barreras para abordar las desigualdades en el sector hídrico es la falta de información suficiente y desagregada. En muchos casos, los datos sobre acceso, uso y gestión del agua no están disponibles por sexo u otras variables sociales relevantes, lo que dificulta visibilizar las desigualdades existentes.

A esta limitación se suma la forma en que se produce el conocimiento. Con frecuencia, los estudios hidrológicos y ambientales se desarrollan de manera separada de los estudios de género. Esta fragmentación dificulta comprender de forma integral cómo interactúan los factores técnicos, sociales, económicos y políticos en la gestión del agua.

Sin información adecuada y con enfoques sectoriales, las políticas públicas se diseñan de manera incompleta, a menudo basadas en supuestos o prejuicios, o directamente sin evidencia suficiente en materia de igualdad de género. Las políticas y proyectos sustentados en diagnósticos deficientes tienden a fracasar y, en algunos casos, a profundizar los problemas de quienes ya resultan desfavorecidos.

También es importante considerar cómo se entiende el concepto de género. Aunque tradicionalmente se ha utilizado para describir las desigualdades entre mujeres y hombres, en realidad abarca aspectos mucho más amplios y complejos. La forma en que las personas experimentan los problemas hídricos y climáticos están influenciadas por múltiples factores interrelacionados como la edad, la identidad de género, la clase social, la etnia, el estatus migratorio, y el contexto sociocultural. Un ejemplo claro es que, debido a los roles tradicionales de género, muchas mujeres tienden a verse más afectadas por eventos extremos climáticos y desastres. El género es un factor clave que influye en la vulnerabilidad, la exposición al riesgo y su gestión, pero también sus efectos dependen de otros factores socioeconómicos que pueden agravar o atenuar esta situación.

Sin embargo, las políticas y análisis suelen simplificar estas realidades representando a las mujeres como víctimas de la escasez de recursos o bien como “guardianas del



medio ambiente”. Estas visiones estereotipadas pueden dar lugar a políticas ineficaces o incluso contraproducentes al no tener en cuenta la diversidad de situaciones y capacidades.

Políticas y gestión hídrica transformadoras

La edición 2026 del informe propone un conjunto de medidas concretas para reducir las brechas de género en la gestión de los recursos hídricos y avanzar hacia sistemas más inclusivos, eficaces y sostenibles destacando cinco dimensiones interrelacionadas:

En primer lugar, el acceso a la propiedad de la tierra y su control es un factor determinante. Garantizar estos derechos repercute directamente en la disponibilidad de agua y de otros recursos para usos productivos, especialmente en la agricultura. En 2023, datos de la FAO mostraron que la brecha de productividad entre las explotaciones agrícolas de igual tamaño gestionadas por mujeres y por hombres se estimaba en un 24%, debido en gran medida, al acceso desigual al agua, la tecnología, el crédito y los servicios de extensión agraria. Ejemplos del Informe Mundial 2026 indican que, en Ghana y en Zambia, las mujeres propietarias de tierras registraron mayores tasas de

Las mujeres asumen la mayor parte de la gestión del agua en los hogares sin accesos

En el municipio de Manaure, en La Guajira (Colombia), una mujer se lava las manos en una instalación conocida como “tipy taps”
© UNICEF/Guillermo Ossa



Desde la invasión de Ucrania en 2022, muchas familias de las zonas en conflicto han tenido problemas para acceder al agua, al combustible y a otros suministros básicos. Mujeres y menores recogen agua de una fuente pública durante un duro día de invierno.
© ONU Mujeres/Olha Ivashchenko



adopción de sistemas de riego más eficientes. El derecho a la tierra de regadío conlleva también la posibilidad de participar y tomar decisiones en los organismos de gobernanza, como juntas de regantes, comisiones de cuenca o cooperativas agrícolas.

De igual modo, garantizar el derecho a la vivienda segura es esencial para el acceso a servicios básicos de agua potable, saneamiento e higiene. La seguridad en la tenencia permite a los hogares conectarse a redes formales y beneficiarse de inversiones públicas en infraestructura y servicios.

En segundo lugar, es fundamental aumentar la participación de las mujeres en el empleo y en la toma de decisiones dentro de la gestión hídrica. Promover la igualdad en estos espacios puede impulsar una transformación institucional hacia una gobernanza más inclusiva. De acuerdo con datos incluidos en el informe mundial, la implementación de políticas de paridad o equilibrio de género a nivel nacional (como las cuotas de género) ha contribuido a aumentar la

proporción de mujeres al frente de ministerios de medio ambiente (como indicador del sector hídrico), pasando del 12% en 2015 al 15% en 2020 y al 28% en 2024.

En este sentido, resulta clave dotar a las instituciones hídricas de herramientas, conocimientos y recursos adecuados para integrar la perspectiva de género en la planificación y gestión del agua, así como promover liderazgos femeninos en todos los niveles de decisión. También es importante reconocer las contribuciones que muchas mujeres de diversos orígenes culturales, socioeconómicos y profesionales han realizado durante años a la gestión hídrica.

Un tercer ámbito prioritario es la educación y la formación. Es necesario garantizar que mujeres y niñas accedan y permanezcan en estudios relacionados con ciencia, tecnología, ingeniería y matemáticas en condiciones de igualdad. Igual de importante es asegurar que, una vez incorporadas al mercado laboral, lo hagan en entornos libres de estereotipos o discriminación.

Persisten todavía barreras culturales que dificultan, por ejemplo, la aceptación de mujeres en posiciones de liderazgo. Por ello, si se pretende romper el vínculo entre agua, ciencia y desigualdades de género, resulta clave implementar medidas que aseguren la igualdad real de oportunidades en los procesos de reclutamiento, promoción y asignación de fondos para la educación y la investigación.

En cuarto lugar, disponer de datos confiables y desagregados es esencial para diseñar políticas que funcionen. La información sobre acceso, uso y gestión del agua que incorpora variables de género y otras dimensiones sociales, permite identificar desigualdades, medir avances y orientar mejor las intervenciones. En este ámbito, UNESCO WWAP ha desarrollado herramientas y metodologías que permiten mejorar la calidad de los datos y los sistemas de monitoreo. Por ejemplo, estudios realizados con el apoyo de MITECO, a través de la Agencia Española de Cooperación Internacional

para el Desarrollo (AECID), han permitido identificar desequilibrios de género y brechas de liderazgo en agencias de gestión hídrica en Sudamérica y Centroamérica. La publicación Agua, género y clima: mejores datos para mejores estrategias de adaptación recoge diversas experiencias que han contribuido a orientar políticas y prácticas y han generado espacios de formación para el personal técnico de países de la región.

Finalmente, es imprescindible asegurar una financiación adecuada, transparente y equitativa. Incrementar la inversión en agua y saneamiento, con criterios de inclusión, permite mejorar el acceso a servicios básicos y fortalecer la resiliencia frente a las crisis climáticas. Igualmente importante, es reconocer y valorar económicamente el trabajo no remunerado relacionado con el agua, incorporándolo en la planificación y en la toma de decisiones económicas.

En conjunto, estas medidas pueden promover políticas mejor fundamentadas y más eficaces para asegurar un uso eficiente, específico y responsable de los recursos destinados a la gestión hídrica.

El llamado del Informe Mundial 2026 Agua para todas las personas: igualdad de derechos y oportunidades no deja lugar a dudas. La magnitud de las crisis ambientales, climáticas y de desigualdades socioeconómicas exige acciones inmediatas e inclusivas. Es imperativo que este llamamiento se traduzca, ahora más que nunca, en decisiones y acciones políticas concretas que aborden las desigualdades de género en el ámbito del agua como un factor clave para la reducción de la pobreza y la garantía de los derechos humanos fundamentales.

BIBLIOGRAFÍA

<https://data.unicef.org/resources/jmp-report-2025/>
El informe se puede acceder en <https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000397159>
Informe Mundial de las Naciones Unidas sobre la Evaluación de los Recursos Hídricos 2025 – Montañas y glaciares: torres de agua: https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000393090_spa
https://cdn.who.int/media/docs/default-source/wash-documents/jmp-2023-layout_v3launch_5july_low-reswhowebbsite.pdf?sfvrsn=c52136f5_3&download=true
<https://www.miteco.gob.es/content/dam/miteco/es/ministerio/planes-estrategias/igualdad-de-genero/mujeres-en-la-transici%C3%B3n-ecol%C3%B3gica/Informe-Mujeres-TE-2025.pdf>
<https://openknowledge.fao.org/server/api/core/bitstreams/4966d50c-233b-43a9-8fa7-8d43263dd082/content>
Imburgia, L., 2019. Irrigation and equality: An integrative gender-analytical approach to water governance with examples from

Las mujeres siguen infrarrepresentadas en el sector del agua: representan solo el 18% de la plantilla y el 23% de los puestos de ingeniería y gestión en las empresas analizadas por el Banco Mundial

Ethiopia and Argentina. Water Alternatives, 12(2), pp.571-587. <https://www.water-alternatives.org/index.php/alldoc/articles/vol12/v12issue3/543-a12-2-26/file>
Djoudi, H., Locatelli, B., Vaast, C., Asher, K., Brockhaus, M. and Sijapati Basnett, B., 2017. Beyond dichotomies: gender and intersecting inequalities in climate change; Westholm, L. and Arora-Jonsson, S. (2018). What room for politics and change in global climate governance? Addressing gender in co-benefits and safeguards. Environmental Politics, 27, 917-938.
<https://iucn.org/news/gender/202103/new-data-reveals-slow-progress-achieving-gender-equality-environmental-decision-making>
UN Women, 2024. Women Political Leaders 2024. New York, UN Women.
<https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000388934>
Programa de UNESCO WWAP de agua y género: <https://www.unesco.org/en/wwap/gender?hub=68313>
La publicación se puede acceder en <https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000392394>

El acceso al agua condiciona el tiempo y las oportunidades de las mujeres

SIN FEMINISMO NO HAY TRANSICIÓN AGROECOLÓGICA

MARTA G. RIVERA

Profesora de Investigación INGENIO (CSIC-UPV)
Agroecology and Food Systems Chair
Coordinating Lead Author IPCC AR7- Agriculture &
Food Systems



La agricultura industrial ha dejado una profunda huella ambiental y social y ha relegado el papel de las mujeres. Frente a este modelo, la agroecología propone recuperar otras formas de cultivar y cuidar la tierra desde una perspectiva feminista.

Página anterior.
Las semillas simbolizan la recuperación de saberes y prácticas campesinas que las mujeres están reivindicando en la transición agroecológica

La humanidad se encuentra en un cruce de caminos, teniendo que confrontar múltiples crisis relacionadas entre sí, como la pérdida de biodiversidad, el cambio climático, la desigualdad y la pobreza, todos ellos generados por nuestra propia organización y actividad socio-económica. En ellas, la agricultura juega un papel central, contribuyendo de forma sustancial a cinco de los nueve límites planetarios identificados por Rockstrom y col (2009): uso del agua, uso del suelo, biodiversidad, cambio climático, flujo de N y P¹. Las principales consecuencias ecológicas las observamos en la degradación de los ecosistemas a través de la pérdida de suelo fértil y la compactación y erosión asociadas (que incrementa la dependencia de fertilizantes de

síntesis), la contaminación del suelo, del aire (por amoníaco), del agua (NO₃), esta última con impactos tan visibles como los asociados a la eutrofización (caso del Mar Menor). La pérdida de biodiversidad y de agrobiodiversidad (necesarias para la adaptación al cambio climático y para favorecer la producción de alimentos, por ejemplo, con la pérdida de polinizadores) y el incremento en las emisiones de gases de efecto invernadero (1/3 del global de las emisiones). Las variedades híbridas, más productivas en kg/ha de un producto, son dependientes del paquete tecnológico y necesitan más agua para poder producir, lo que incrementa la dependencia del regadío. Un regadío que en España depende sobre todo de las aguas subterráneas, que corren el riesgo de uso

por encima de la velocidad de recarga y potencial riesgo de salinización.

Estos impactos reducen la capacidad de adaptación al cambio climático y otros servicios ecosistémicos que, con un buen manejo, los agroecosistemas ofrecerían; uno de ellos la reducción del riesgo de incendios a los que España se enfrenta año tras año. Estos impactos generan un consenso científico sobre la necesidad de transformar el sistema alimentario. En lo que no hay tanto consenso es en la dirección de esos cambios. Desde un enfoque positivista se plantean soluciones tecnológicas para reducir los impactos ambientales, en lo que se conoce como cambios incrementales, que no cambian el modelo, el esfuerzo se centra en mejorarlo fundamentalmente a través de nuevas tecnologías. Desde un enfoque post-estructuralista se plantean modificaciones sociales, económicas y culturales que, en último término, conducen a un cambio de valores, en lo que se conoce como cambios transformacionales. Resulta curioso que nos pueda parecer menos utópico el primer enfoque, con propuestas de producción de carne en rascacielos o en un laboratorio, dependiendo de un conocimiento externo generado en laboratorios, no en el campo, que la segunda, que básicamente propone recuperar lo que es el origen y función fundamental de la agricultura: alimentar a la población de los territorios cercanos, con aquello que todos los agricultores y agricultoras saben hacer: cultivar y criar animales. Por ello podemos escuchar a menudo, sobre todo en el ámbito de la política, que el sistema es muy complicado de transformar.

Sin embargo, el sistema alimentario ya se ha transformado. Hace solo 60 años que viene sufriendo estos cambios de valores que lo han convertido en un sistema insostenible y, por tanto, se puede transformar de nuevo. Estas transformaciones responden a un cambio discursivo en el que la alimentación pasa de ser considerada un derecho a una mercancía, lo que implica que la agricultura pasa de ser proveedora de alimentos para la población cercana a proveedora de materias primas para mercados globales. Existen 3 discursos principales en torno a la alimentación: mercancía, derecho humano y bien común². En la práctica, el cambio discursivo se traduce en la consolidación de un paquete institucional y normativas que favorecen a cierto tipo de actores orientado hacia la industrialización, intensificación e internacionalización de la agricultura.

Una agricultora de una cooperativa de hortalizas gestionada por mujeres cultiva coles en Sierra Leona © FAO/Sebastian Liste





La agroecología recupera prácticas y conocimientos vinculados al territorio y pone en valor el trabajo de quienes cuidan y producen alimentos © CSIC

El nacimiento de una agricultura insostenible

La transformación del sistema agroalimentario en España hacia un sistema industrializado fue impulsada fundamentalmente por una serie de políticas de desarrollo (iniciadas durante la época de apertura franquista), y agrarias (tras la entrada en la UE), que tenían como objetivo fomentar el desarrollo social y el crecimiento económico, entendidos como desagrarización e industrialización de la sociedad. Hacía falta mano de obra en las ciudades para alimentar la incipiente y creciente industria, y alimentos baratos para las personas que iban a habitar las ciudades. La política agrícola comunitaria (PAC) ha jugado un papel fundamental en dicha transformación, siendo un objetivo de la misma la de producir mucho y muy barato, aprovechando las economías de escala y las tecnologías para poder ofrecer un consumo de masas a una creciente población urbana.

Así, el sistema alimentario industrializado tiene como principal objetivo producir mercancías que han de ser vendidas en aquellos mercados que ofrezcan mejor precio. En el momento que el alimento se transforma en mercancía, la función de la agricultura ya no es alimentar a la población del territorio sino producir materias primas para “el mercado”, el sector primario queda subordinado al sector industrial. Por ello, aunque la industrialización ha permitido incrementar la cantidad de alimentos por encima del crecimiento de la población mundial, no ha conseguido terminar con el hambre, no es su objetivo. La industrialización conlleva una transformación del modelo de producción en cascada, en el que una cosa lleva a la

otra por pura necesidad y lógica: Producir para estos mercados y ser competitivos exige transformar las explotaciones agrarias, de forma que puedan especializarse, producir mucho de un solo producto (monocultivo) y fomentar economías de escala. Esto requiere adoptar un paquete tecnológico productivo como el paquete de la revolución verde (semillas híbridas, fertilizantes de síntesis, pesticidas) o integración vertical en el caso de la ganadería, y fomentar la mecanización de las explotaciones, que, por otro lado, hace más fácil el trabajo a los agricultores y los hacen menos dependientes de la mano de obra familiar o de la contratación de trabajadores/as. Dado que los monocultivos son una simplificación extrema del ecosistema, son también un blanco perfecto para las plagas (o enfermedades en el caso ganadero). Esta mayor exposición y sensibilidad a las plagas, obliga a utilizar pesticidas (antibióticos en la ganadería). La simplificación en el manejo y la separación de agricultura y ganadería hacen absolutamente necesaria la utilización de fertilizantes de síntesis para mantener de forma artificial la fertilidad de los suelos.

La agricultura contribuye a cinco de los nueve límites planetarios

Todos los insumos de los que depende la producción agraria industrializada dependen de energía fósil.

Esta transformación, que en la práctica supone adoptar en la agricultura los principios de la economía de mercado integrándola de lleno en la lógica capitalista, ha tenido unos perdedores claros: la pequeña producción familiar y las mujeres campesinas. De hecho, bajo este enfoque, la pequeña producción es ineficiente y es por ello que las políticas deben favorecer su crecimiento para poder ser competitivas y aprovechar las economías de escala en un contexto de mercado globalizado.

El coste social de la industrialización

Además de los impactos ecológicos mencionados, la industrialización ha tenido serios impactos a nivel social, fundamentalmente la reducción en la mano de obra agraria que se refleja en el cierre de cientos de miles de explotaciones, una tendencia que nos deja en una situación de extrema vulnerabilidad y dependencia. En España, la caída más pronunciada ocurre en el censo 1999-2009, con el cierre de más de 300000 explotaciones, un 23% de las que existían entonces, unas 3 cada hora, la mayoría de menos de 5 hectáreas (Ha), mientras que el número de explotaciones de más de 100 Ha no ha parado de crecer. Como ya he señalado, esto ha sido posible gracias a un paquete institucional y normativo que lo ha favorecido, fundamentalmente, la PAC, que en sucesivos periodos en el pilar 1 ha realizado los pagos de las subvenciones por superficie, favoreciendo la concentración de la tierra y consolidando la tendencia de que los que más superficie tienen, más subvenciones



La conservación de la biodiversidad y de las razas y variedades locales forma parte de una agricultura arraigada al territorio y a sus comunidades.

La agroecología busca producir alimentos respetando los ecosistemas y el territorio

cobraran, generando un círculo absolutamente perverso en el que “quien menos necesita, más recibe”.

A esto hay que añadir que los agricultores tienen un elevado índice de enfermedades mentales asociadas a la sensación de fracaso y frustración³ por el elevado endeudamiento intrínseco a la compra de maquinaria y tecnología para la modernización (de nuevo propiciado por un discurso centrado fundamentalmente en la competitividad de las explotaciones, para lo que es absolutamente necesaria la modernización, y ahora digitalización de las mismas), y el bajo precio recibido por sus productos. A finales de 2015, el endeudamiento del sector era de 16.200 M €, equivalente al 74% de la Renta Agraria de 2014 (COAG, 2015). También se recogen intoxicaciones por pesticidas y un número mayor de suicidios que en otros sectores. Relevante es la pérdida de conocimiento local y tradicional. Hemos perdido dos generaciones de agricultores y agricultoras que tenían conocimientos en el manejo de los agroecosistemas asociado a las

condiciones agro-geo-climáticas del territorio, en equilibrio con el mismo, perdiendo por tanto autonomía y dependiendo del conocimiento que proveen las empresas tecnológicas y de insumos para la producción.

Todo ello refleja cómo la pequeña producción, caracterizada como ineficiente, se ha convertido en una víctima del modelo industrializado, en el que cada vez más la tierra se concentra en pocas manos y los titulares de explotación pasan de personas físicas, distintiva de las explotaciones familiares, a jurídicas, característica de grandes empresas y corporaciones. La implantación de la lógica de mercado en la agricultura ha favorecido además la concentración de la distribución alimentaria que viene asociada a una disminución de la renta de los agricultores/as; desaparición de pequeños comercios, precarización de los puestos de trabajo, concentración económica, desconexión entre producción y consumo, homogeneización de los hábitos alimentarios, o incremento en la pérdida y el desperdicio alimentarios.

Desvalorización de lo autóctono

Para implantar el modelo de producción industrial, centrado en la selección de unas pocas variedades con valor comercial para los mercados globales, uno de los elementos clave fué también desvalorizar aquellas semillas y razas locales⁴, arraigadas a los territorios y definitorias de nuestra cultura, pero poco productivas desde un enfoque industrial, y aquellas actividades no meramente productivas sin valor económico monetario, no enfocadas al monocultivo o al incremento de la productividad medida en kilogramos de un producto por hectárea: dado que no responden a ese cambio discursivo, no son útiles para el sistema. Este modelo discriminado por el modelo industrial, y por tanto por las políticas agrarias y los mercados globales capitalistas, son los que forman parte de la identidad campesina, que durante décadas ha sido identificada, de forma deliberada, como atrasada y en muchas ocasiones, objeto de burla. En el contexto español, además, asociado a una

Las mujeres campesinas están impulsando alternativas desde la acción colectiva

La agroecología reivindica otra forma de entender la agricultura: más vinculada al territorio, a la biodiversidad y a la alimentación como bien común



época de postguerra y hambrunas, lo que conlleva además al rechazo de un símbolo identificado con un pasado no deseado.

Aparte de golpear directamente a la producción campesina, en el marco de la agricultura familiar muchas de estas actividades estaban vinculadas a los cuidados en la propia finca, y eran tradicionalmente realizadas por las mujeres: cuidado de las semillas, de la biodiversidad, de los animales, transformación de la producción en finca (quesos, mermeladas, conservas). Es decir, el modelo industrial, en esta falsa separación entre productivo y reproductivo, ha dejado de lado gran parte de las actividades que las mujeres realizaban. De esta manera, la consolidación del modelo industrial, de monocultivo y orientado al mercado capitalista, no solo expulsa a la pequeña producción, sino que además desvaloriza todos los trabajos y conocimientos de las mujeres, que se han de seguir realizando pues son la base de la vida, pero no son considerados como trabajo, y consolida en la agricultura el falso estereotipo masculino de la actividad agraria⁵.

En este contexto, muchas mujeres están desarrollando alternativas desde la ganadería y la agricultura, haciendo frente de forma colectiva a las barreras a las que se encuentran en la agricultura, por el mero hecho de ser mujeres, como el acceso a la tierra y a los recursos productivos, como la falta de reconocimiento de su trabajo, siendo clasificado en muchos casos como ayuda en finca y, derivado de ello, la falta de cotización a la Seguridad Social, la falta de representación y participación en organizaciones agrarias, donde sus necesidades e intereses son invisibles, la falta de oferta formativa específica que responda a una visión y forma de hacer en finca muy diferente a la de la producción intensiva e industrial⁶. Y luchar contra los estereotipos,

tan arraigados a nivel social, que siguen mostrando en nuestros subconscientes a la agricultura como una actividad masculina⁷.

Poner en valor esos conocimientos, y reconocer el trabajo de las mujeres en la agricultura no solo es una cuestión de justicia (epistémica, distributiva, de reconocimiento y de procedimiento) sino también de necesidad real para recuperar unos modelos productivos que sabemos nos pueden ayudar a hacer frente a los retos a los que nos enfrentamos como humanidad. De hecho, conforme los impactos del sistema industrial se han ido revelando, crece también la resistencia al mismo, y se busca resignificar y dar valor a aquellos otros modelos de base campesina desde la perspectiva de derechos humanos y resiliencia ecológica, y que muchos productores y productoras han seguido manteniendo. Y aquí las mujeres juegan un papel central, pues como ya he señalado, gran parte de las actividades que las mujeres realizaban, y que forman parte de la actividad agraria, son necesarias, para lo que ahora conocemos como transición agroecológica.

Agroecología y feminismo

La agroecología (AE) es una propuesta de transformación de los sistemas alimentarios basada en el manejo y diseño ecológico de los mismos. Nace de la observación de la agricultura campesina que lleva produciendo alimentos desde hace 10000 años en equilibrio con los ecosistemas en constante coevolución con el ser humano generando relaciones de inter y eco-dependencia fundamentales para nuestra supervivencia y la provisión de alimentos saludables. Se define como el diseño y la gestión ecológicas de las explotaciones agrícolas y los sistemas alimentarios, a través de formas de acción colectiva que tiene en cuenta los aspectos económicos, sociales, medioambientales y ecológicos, basándose en los conocimientos tradicionales de las y los campesinos para promover el desarrollo endógeno, abierta a innovaciones que contribuyan a la sostenibilidad, y caracterizada por un enfoque transdisciplinar, participativo y orientado a la acción⁸. Recientemente se han acordado unos principios de la agroecología (FAO, HLPE, Nieleny)⁹ que recogen sus pilares fundamentales. En términos generales, la agroecología tiene 3 dimensiones: técnico-ecológica, fundamentalmente prácticas para mimetizar el comportamiento de la naturaleza en el diseño y manejo de la finca, reduciendo al máximo el uso de inputs externos; socio-económica, donde se busca la viabilidad del sistema, desde una perspectiva amplia, revertiendo la subordinación de la agricultura a otros actores de la cadena de valor, por ejemplo mediante circuitos cortos de venta o infraestructura pública (obradores compartidos, mataderos



Visibilizar el trabajo de las mujeres también transforma nuestra manera de entender la actividad agraria. En la imagen, Isabel Álvarez, ganadera de leche © CSIC

móviles o municipales); socio-política y cultural, que pone en valor el conocimiento local de las y los productores, reclama su valor en la sociedad, el acceso a los recursos productivos, y apuesta por el derecho humano a la alimentación.

A nivel de finca, las prácticas agroecológicas, basadas en variedades de cultivos locales, razas autóctonas y los conocimientos tradicionales locales, incluyen la rotación de cultivos, las asociaciones de cultivos, los cultivos intercalados, la diversificación de leguminosas, el acolchado, los abonos orgánicos (compost, estiércol, residuos de cultivos), la integración entre ganadería y agricultura, la ganadería extensiva o la silvopastura, o las prácticas de ahorro y recogida de agua, entre otras, lo que fomenta tanto la diversidad ecológica como la cultural. Estas prácticas se han relacionado con una mayor seguridad alimentaria y nutricional gracias a las prácticas de gestión sostenible del suelo e incremento de la agrobiodiversidad, que también favorece un incremento de la diversidad nutricional¹⁰.

La agroecología tiene un enfoque de de derecho humano y se reconoce como una propuesta a la globalización alimentaria en el contexto de la soberanía alimentaria. Pese a que la agroecología, por sus principios y características (foco en derechos humanos, pone en el centro la vida, reconoce nuestra inter y eco-dependencias), encaja con muchos de los principios feministas, por sí misma no promueve la igualdad de género. Son

El modelo industrial ha concentrado la tierra y reducido la renta agraria

las mujeres campesinas, en el contexto de los movimientos sociales por la soberanía alimentaria, las que reclaman la agroecología como el modelo de producción que recoge su forma de entender y hacer en la agricultura, la que reconoce sus conocimientos, la que pone en valor su trabajo y cuestiona a su vez la división sexual del trabajo en la agricultura, son por tanto ellas las que están haciendo avanzar la agroecología feminista desde la acción colectiva y espacios comunitarios. Es a través de este proceso de construcción de sujetos políticos y de redes entre las mujeres como la agroecología puede desplegar todas sus posibilidades para promover la justicia de género junto con la seguridad alimentaria, la conservación de la biodiversidad y la adaptación al cambio climático y su mitigación. Es a través de enfoques participativos, la valorización de los conocimientos tradicionales locales,

pero, sobre todo, porque en muchos lugares la agroecología se promueve y se pone en práctica mediante iniciativas lideradas por las mujeres. Así pues, son las agricultoras, desde la base, a través de la acción liderada colectiva, las que promueven la agroecología feminista y es así, como la agroecología despliega todo su potencial transformador de los sistemas alimentarios, dibujando así nuevos horizontes.

En España encontramos iniciativas que están visibilizando y trabajando por poner en valor el trabajo de las mujeres y promoviendo alternativas desde la agroecología y la acción colectiva para la soberanía alimentaria. Encontramos asociaciones como Ramaderas.cat o Ganaderas en red, que defienden y ponen en práctica una ganadería extensiva que cuida de los territorios, de las personas y de los animales. Desde las organizaciones agrarias, encontramos referentes históricos como el Sindicato Labrego Galego, referente de la lucha campesina y feminista en el estado español, o nuevas organizaciones como la Xuntanza Campesina de Asturias. Las Jornaleras de Huelva en lucha, visibilizando la violencia y precariedad de las mujeres jornaleras trabajadoras del fruto rojo. En definitiva, mujeres que se juntan para construir nuevas realidades en el campo, resignificar el trabajo, revalorizar el trabajo de nuestras abuelas, poner la vida en el centro y garantizar el derecho humano a la alimentación que, no nos olvidemos, es una obligación del Estado.

El relevo generacional y la transmisión de los saberes del campo son claves para imaginar otros futuros alimentarios.

REFERENCIAS

¹<https://www.jstor.org/stable/26798991>; <https://www.nature.com/articles/s41893-019-0465-1>;

²<https://www.sapea.info/wp-content/uploads/sustainable-food-system-report.pdf>

³https://www.europarl.europa.eu/doceo/document/E-9-2023-002099_EN.html;

⁴Recuerdo a mi madre contando que cuando era pequeña, el cerdo ibérico era de pobres y “las personas pudientes” tomaban cerdo blanco, eso sí, secado en La Alpujarra.

⁵Un ejemplo de cómo la PAC a través del pilar 1 discrimina a las mujeres es el pago de las subvenciones por superficie. Las mujeres fincas son jefas de explotación de fincas que en término medio, son más pequeñas que las de los hombres, y por ello, reciben menos subvenciones de la PAC que los hombres. Si las mujeres son aproximadamente jefas de explotación en torno al 30% en la UE, reciben el 25% de las ayudas

⁶Para más información, visitar la web del proyecto europeo SWIFT <https://swiftproject.eu/>

⁷En las familias encontramos que en muchos casos se anima al hijo varón a la hora de pensar en el relevo, y son ellos los que terminan realizando estudios agrícolas para la continuidad familiar de la explotación. Al igual que las mujeres raramente son animadas a estudiar ingenierías, rara vez son animadas a embarcarse en formaciones agrarias. A nivel del reconocimiento, el trabajo de las mujeres sigue siendo oficialmente considerado como “ayuda” en muchos países europeos, tal y como reflejan muchos de los documentos de subvenciones. El estereotipo masculino está tan arraigado a día de hoy, que incluso a pesar de existir una ley de cotitularidad desde el año 2011 en España, el grado de adopción de la misma es bajísimo, entre otras cosas por su voluntariedad, lo que, sumado a la falta de rentabilidad económica, hace que muy pocas mujeres hayan optado a ser cotitulares de las explotaciones en las que trabajan.

⁸Gliessman, Stephen R. 2007.

Agroecology: The ecology of sustainable food systems, 2nd ed. Boca Raton: CRC Press; Sevilla-Guzman, Eduardo, Woodgate G. 2013. Agroecology: Foundations in Agrarian Social Thought and Sociological Theory. Agroecology and Food Systems 37 (1):32-44; Méndez, V.Ernesto, Bacon, C.M., Cohen, R. 2013. Agroecology as a transdisciplinary, participatory, and action-oriented approach. Agroecology and Sustainable Food Systems 37 (1):3-18; Rivera-Ferre, Marta G. 2021. Sustainable food systems and gender equality in the context of climate change and biodiversity conservation. Expert report in preparation of the CSW66 (2022) “Achieving gender equality and the empowerment of all women and girls in the context of climate change, environmental and disaster risk reduction policies and programmes”. UN Women Expert Group Meeting. 15pp

⁹<https://www.fao.org/3/i9037en/i9037en.pdf>; <https://www.fao.org/3/ca5602en/ca5602en.pdf>; Nyéléni : Declaración del Foro Internacional sobre Agroecología - Via Campesina

¹⁰Bezner Kerr Rachel, Kangmennaang J., Dakishoni L. y col. 2019. Participatory agroecological research on climate change adaptation improves smallholder farmer household food security and dietary diversity in Malawi. Agric., Ecos. and Environment

¹¹Sevilla Guzmán, Eduardp y Soler Montiel, Marta. (2010). Agroecología y soberanía alimentaria: alternativas a la globalización agroalimentaria. En Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico (Ed.), Patrimonio cultural en la nueva ruralidad andaluza (pp. 191-217). Sevilla: Junta de Andalucía. Consejería de Cultura

¹²Rivera-Ferre, Marta G., Soler Montiel, M. 2019. Sin Feminismo no hay Agroecología. Revista Soberanía Alimentaria, Biodiversidad y culturas, 35.

¹³Siliprandi, Emma. 2010. Mujeres y agroecología. Nuevos sujetos políticos en la agricultura familiar. Investigaciones Feministas 1: 125-137.

MUJERES RURALES

Claves feministas para un desarrollo territorial sostenible

FÁTIMA CRUZ

Grupo de Investigación y Análisis Psicosocial
Cátedra de Estudios de Género; iuFOR - Instituto de Investigación en Gestión Forestal Sostenible
Universidad de Valladolid



Página anterior: Las nuevas ruralidades toman forma en mujeres jóvenes que construyen sus proyectos de vida en el territorio, combinando conectividad, trabajo y arraigo

El medio rural es diverso, y también lo son las mujeres que lo habitan. Más allá de la agricultura, ellas sostienen comunidades, economías y cuidados. Repensar el desarrollo territorial desde una mirada ecofeminista es clave para avanzar hacia territorios más sostenibles y justos.



El trabajo de las mujeres rurales contribuye a sostener la economía, la vida comunitaria y la gestión del territorio, aunque buena parte de estas aportaciones continúe siendo poco visible

Cuando hace más de treinta años me vine a vivir a la Montaña Palentina y empecé a trabajar e investigar con mujeres rurales desde una perspectiva de género, la pregunta que me inquietaba era: ¿Por qué en España marchan más mujeres que hombres del medio rural? La respuesta me la dieron las propias mujeres de estos territorios: “Las mujeres marcharon de los pueblos para escapar, sí, sí, sí, claro que marcharon. ¡Esto no lo aguanto! Siempre ha podido vivir mejor la de la ciudad”. Otra decía: “Pues yo creo que marcharon más mujeres porque estaban hartas y rompieron filas. Dijeron: a ver por dónde sale el sol, pero ¡yo me largo de aquí!” (Cruz, 2006).

Aunque todavía estamos muy lejos de la igualdad real entre mujeres y hombres, en treinta años la realidad de las mujeres en España ha cambiado mucho. Pero las mujeres rurales no afrontan solo las desigualdades de género, que también, y esas también están presentes en las ciudades. En el medio rural hay otra forma de discriminación que es la brecha rural-urbana (Camarero y

Oliva, 2019). Las ciudades son centros de poder y los núcleos rurales se sitúan en los márgenes, alejados del poder, sobre todo, del poder de decidir sobre el destino de su propio territorio.

Cuestionar la urbanormatividad

Más del 80 % del territorio español lo ocupan municipios rurales en los que vive poco más del 20% de la población. Pero la baja densidad de población no justifica la discriminación y las desigualdades. Cada pueblo, con sus vecinos y vecinas, importa en el camino hacia la sostenibilidad. La gestión del territorio y la preservación de la naturaleza es una necesidad de toda la sociedad, urbana y rural. Cuando se piensa el medio rural desde las ciudades, se le imagina escenario, despensa o, más en los últimos años, como “gran granja solar”. Las personas que lo habitamos —y muy en particular las mujeres— quedamos al margen de un relato forjado desde fuera.

Para entender desde dónde se significa

o se representa el medio rural es clave el concepto de urbanormatividad (Fulkerson y Thomas, 2014). Un concepto que toma prestada su fuerza analítica del feminismo. Del mismo modo que la heteronormatividad nombra cómo lo heterosexual se erige en patrón de toda sexualidad legitimada, la urbanormatividad nombra cómo lo urbano se convierte en medida de toda vida deseable. Las políticas —también las de igualdad y las medioambientales— se diseñan desde las grandes ciudades y desde ahí se piensa el medio rural en función de las necesidades urbanas.

El feminismo mostró cómo con el binomio cultura/naturaleza el patriarcado ha asociado los hombres con la cultura y las mujeres con la naturaleza, destacando la capacidad femenina de gestar y dar vida, pero también la ancestral necesidad masculina de dominar a la naturaleza y a las mujeres. Tal como afirma Alicia Puleo (2019), “el feminismo supo mostrar que uno de los mecanismos de legitimación del patriarcado ha sido la naturalización de “la Mujer”. En el

mismo sentido, la urbanormatividad asocia la ciudad a la cultura y a la riqueza, mientras la asociación de lo rural con la naturaleza legitima las prácticas de explotación y su inferiorización. Este es el “resultado de una ideología cultural “urbanormativa” que justifica la invasión/explotación rural como signos de progreso, modernización o el propio destino” (Fulkerson y Thomas, 2014).

En este artículo invito a invertir esa mirada. No mirar el rural desde la ciudad, sino pensar el territorio desde quienes lo habitan, y muy especialmente desde las mujeres que lo sostienen. Para hablar de sostenibilidad y desarrollo rural hay que hablar de las mujeres rurales — de las agricultoras y ganaderas, de las cuidadoras de mayores y de la infancia, de las nuevas residentes o jóvenes retornadas, de las migrantes que sostienen la hostelería y los cuidados y también de muchas otras profesionales, incluyendo las que teletrabajan, algunas desde una casa de piedra en la montaña. Sin ellas, sin nosotras, no hay sostenibilidad social ni ecológica posible.



El trabajo de las mujeres rurales contribuye a sostener la economía, la vida comunitaria y la gestión del territorio, aunque buena parte de estas aportaciones continúe siendo poco visible

Un medio rural diverso y complejo

Sobre el medio rural hay un profundo desconocimiento y muchos prejuicios. Hay que desmontar la persistente idea de un medio rural homogéneo, que identifica rural con agrario. Bajo esa etiqueta caben realidades muy distintas: pueblos muy pequeños profundamente envejecidos en el interior, pero también con jóvenes que empiezan a construir horizontes de esperanza, zonas periurbanas dinamizadas por la necesidad de vivienda más asequible, territorios turísticos con economías estacionales, comarcas agroindustriales con explotaciones intensivas, montañas que combinan ganadería extensiva y nuevas iniciativas agroecológicas, entre muchas otras. Cada uno de esos escenarios produce dinámicas y desigualdades demográficas, económicas y de género muy diferentes (Camarero et al., 2009; Camarero y Oliva, 2019; Cruz, 2006).

A esa heterogeneidad estructural se suma la transformación de la propia idea de comunidad rural. Los pueblos son paisajes cada vez más complejos, atravesados por movi

lidades cada vez más, por las conectividades digitales. Lo que llamamos “rural”, en la realidad son ruralidades complejas y plurales, que exigen herramientas analíticas que cuestionen la urbanormatividad y visibilicen la diversidad y la riqueza del medio rural.

Algunos datos sirven para anclar la afirmación (Cruz et al., 2023). En España solo el 6,0 % de las mujeres rurales trabaja hoy en la agricultura. En municipios de menos de 1000 habitantes, la ocupación femenina es mayor en la hostelería y restauración que en el sector agrario. Esto no resta valor a las agricultoras y ganaderas, cuya aportación a la soberanía alimentaria y a la gestión del territorio es central; lo que hace es ampliar el cuadro y mostrar la diversidad real de trayectorias económicas femeninas. Por otro lado, cabe resaltar la alta cualificación de las mujeres rurales. Más del 25% de las mujeres residentes en municipios con menos de 1.000 habitantes tiene estudios universitarios —diez puntos por encima de los hombres del mismo entorno. Pero, además, la cifra de mujeres universitarias sube al 39% cuando hablamos de mujeres entre 25 y 44 años, mientras entre los hombres de la misma edad la cifra es de poco más

del 18%. Así mismo, también hay que destacar el cosmopolitismo creciente del medio rural, con diversidad de culturas y procedencias que configuran el melting pot (Oliva, 2010), donde las mujeres jóvenes - con edades de entre 20 y 34 años, constituyen un grupo clave. Los valores pueden variar desde el 44% de nacidas en el extranjero en municipios más grandes hasta niveles próximos al 20% en municipios con menos de 1.000 habitantes. Estas cifras retratan ruralidades multifuncionales, internamente desiguales y profundamente desagrarizadas, que poco tiene que ver con la imagen costumbrista de unas mujeres mayores con sus azadillas y pañuelos.

La consecuencia metodológica es importante: cualquier política pública territorial que parta de un imaginario único del rural —y de “la mujer rural” en singular— está condenada a la inoperancia, cuando no a ahondar en las desigualdades. Hace falta adentrarse finamente en las distintas ruralidades, explorar sus brechas internas y sus interacciones con lo urbano. El desarrollo rural y la transición ecológica que se quiere justa no puede traducirse en políticas sor

El medio rural no puede seguir pensándose desde una mirada urbana

Mujeres rurales, diversidad y resistencia

Aunque no exista una identidad unívoca como “mujer rural”, porque lo rural y lo urbano están cada vez más interconectados y las mismas mujeres participan, a la vez o en distintos momentos de la vida, en lo urbano y en diferentes ruralidades, en los muchos grupos de discusión que hemos realizado en los últimos años nos preguntamos. “¿Quiénes son las mujeres rurales?”. “¿Es lo que a mí me gustaría descubrir?”, responde una participante (Cruz et al., 2023). La pregunta no es retórica. La identidad “mujer rural” sigue cargada de un imaginario que asocia lo rural con lo agrario y lo agrario con lo masculino, dejando a las mujeres en un lugar difuso —ayudantes, ayuda familiar, hijas de o esposas de, personajes secundarios — que no se corresponde con sus vidas.

«Las mujeres antes, más que ahora, siempre han colaborado, siempre han ido al

campo a trabajar, además de atender las labores de la casa y de los cuidados, iban, pero se consideraba una ayuda muchas veces, aunque igual se hacía las mismas horas que los hombres...»

Romper con ese imaginario exige reconocer la pluralidad real. Hay mujeres nacidas y que se quedaron en el pueblo que sostienen comercios, gestorías, peluquerías, residencias o explotaciones familiares. Hay mujeres retornadas que, tras una etapa formativa en la ciudad, regresan con capital cultural y profesional propio. Hay nuevas residentes atraídas por proyectos de vida muy diversos, algunos vinculados al turismo, o a la agroecología, o propiciados por la flexibilidad del teletrabajo o a un cuidado distinto de la infancia. Hay migrantes internacionales que sostienen, en la sombra de lo que una participante en nuestras investigaciones denomina “una realidad paralela”, el cuidado de mayores, la hostelería y, en algunos territorios, la agricultura intensiva.

Y, sin embargo, las participantes en nuestros grupos de discusión se reivindican con la misma frase, sencilla y política: «Las mujeres rurales somos las que vivimos en los pueblos» (Cruz et al., 2023). Esa definición —vivir en el territorio— frente a la definición productivista —trabajar en la agricultura— supone un giro epistemológico relevante: coloca el habitar, y no la actividad económica, como criterio, lo cual permite incluir trayectorias que el relato simplificador y prejuicioso ha venido invisibilizando.

La pluralidad, además, se cruza con desigualdades que no operan en aislado. La interseccionalidad es aquí una herramienta indispensable para comprender la realidad de las mujeres rurales: edad, racialización, clase social, diversidad funcional o sobrecarga de cuidados configuran privilegios y discriminaciones que se entrelazan. Las mujeres migrantes rurales acumulan vulnerabilidades en lo laboral, lo residencial y lo simbólico, y precisan políticas específicas (Camarero y Sampedro, 2019). Reconocer esta pluralidad no es un gesto descriptivo, sino político: implica preguntarse quién habla por quién, quién diseña las políticas y desde dónde. La epistemología feminista nos enseña a construir conocimiento situado (Haraway, 1988), y que escuchar a las mujeres rurales —en plural, atendiendo a sus diferencias— es la condición de posibilidad de un desarrollo territorial sostenible.

La conectividad digital amplía las oportunidades de formación, empleo y arraigo de las nuevas generaciones y resulta esencial para construir proyectos de vida en los pueblos



Los cuidados son la infraestructura invisible que mantiene vivos los pueblos

Cuidados como infraestructura del territorio

Hay un trabajo que sostiene las comunidades y que no aparece en las contabilidades, ni suele estar en los planes de desarrollo rural. Es el trabajo de cuidar: a las personas pequeñas y mayores, a la tierra y los animales, al vínculo cotidiano que hace que un pueblo siga siendo habitable. Ese trabajo es mayoritariamente femenino, mayoritariamente no remunerado y, casi siempre, invisible. Sin él, los servicios públicos —escasos en muchos territorios— colapsarían.

Lo que Cristina Carrasco (2009) llama “sostenibilidad de la vida” y que Amaia Pérez Orozco (2014) sitúa en el centro del análisis económico, se materializa en el medio rural con una intensidad particular: la lejanía de los servicios, el envejecimiento de la población y la precariedad de los transportes hacen que la red informal de cuidados —tejida por hijas, vecinas, cuñadas, amigas, mujeres migrantes contratadas por horas— sea, literalmente, la infraestructura básica del territorio. Pero propongo un paso más allá y desarrollando la perspectiva ecofeminista, pensar a las mujeres rurales no solo como cuidadoras de personas, sino como cuidadoras del territorio. No solo las que cultivan la tierra, sino todas las que habitan los pueblos, también las que ocupan el monte, las que mantienen huertos familiares, las que dan vida al pueblo en los espacios públicos, las que reconocen las plantas medicinales y recuperan los oficios casi perdidos. Cuidar de las personas y cuidar del territorio son, vistos así, dos caras de un mismo trabajo de sostén de la vida. La distinción que el modelo industrial-urbano impuso entre lo doméstico, lo productivo y lo medioambiental se diluye en la práctica cotidiana de quienes habitan las ruralidades.

Esta lectura conecta con la tradición ecofeminista crítica de Alicia Puleo (2011), que advierte contra el riesgo de naturalizar a las mujeres y de hacer su vínculo con la tierra como parte de una esencia femenina. No se trata de que las mujeres seamos «naturalmente» más cuidadoras del medio: lo somos por la posición social que ocupamos, por la división sexual del trabajo y por una responsabilización histórica que pocas veces hemos elegido, pero que nos ha potenciado una conciencia ética de cuidado de la vida. Yayo Herrero (2013) plantea que la sostenibilidad ecológica solo es pensable si reconocemos que la vida humana es

ecodependiente e interdependiente, y que ese reconocimiento exige una redistribución profunda del trabajo de cuidados.

La consecuencia política es directa: una transición ecológica más justa y un desarrollo territorial sostenible tiene que contar con los territorios rurales y poner a los cuidados en el centro. Y eso, en el medio rural, significa servicios públicos descentralizados, mejorar el acceso a la vivienda, transportes que permitan no depender de la automovilidad, conectividad digital efectiva, educación y atención sanitaria de proximidad. El abandono del territorio se plasma, si no, en despoblación, incendios forestales, pérdida de biodiversidad y cierre de servicios.



El Pirineo muestra cómo la ganadería extensiva sigue formando parte de un territorio vivo, donde producción, conservación del paisaje y arraigo rural están estrechamente vinculados.

No hay una mujer rural: hay muchas mujeres y muchas ruralidades

Mujeres en lo público

La aportación de las mujeres rurales no se agota en lo económico ni en lo doméstico. La esfera pública, entendida en sentido amplio, las tiene también como protagonistas, aunque con barreras persistentes a la representación formal.

En lo asociativo, los datos son consistentes: la mayoría de las personas que sostienen el tejido asociativo en los pueblos —asociaciones culturales, AMPAs, asociaciones de mujeres, grupos de desarrollo rural, asociaciones empresariales— son mujeres. Las asociaciones de mujeres son espacios de empoderamiento y de vinculación y arraigo al territorio, donde se aprende sororidad, se dinamiza la vida social y se enriquece la vida cotidiana, según hemos recogido de las propias mujeres rurales:

«He sentido cómo nos hemos ido uniendo unas con otras y, al final, [...] A mí me ha venido muy bien por empoderarme, por crear lazos, y los lazos te dan fuerza.»

En lo institucional, en cambio, la presencia femenina sigue siendo desigual. Las mujeres acceden cada vez más a puestos de representación pública, pero a menudo en áreas relacionadas con los cuidados, la salud y la educación. También siguen encontrando techos en puestos de responsabilidad y, especialmente, en organizaciones agrarias y empresariales sectoriales. La consecuencia es que las demandas específicas de las mujeres rurales llegan disminuidas a las arenas donde realmente se decide.

Un tercer espacio público merece atención especial: el de los movimientos de defensa del territorio. Las mujeres están al frente de muchas plataformas sociales para frenar las macrogranjas, los grandes parques eólicos sin diálogo local, las explotaciones mineras o el avance descontrolado de plantas fotovoltaicas sobre suelo agrario fértil. Lo que durante décadas reivindicamos como energías limpias, a menudo, se nos vuelven en contra de las que vivimos en el medio rural, cuando se instalan sin contar con el territorio, sustituyendo tierras agrarias activas, transformando el paisaje y al servicio de demandas urbanas que el territorio no genera. Mujeres que articulan ecologismo y feminismo en clave concreta y situada. Esta línea, que conecta con la tradición ecofeminista internacional (Puleo, 2011; Herrero, 2013; Shiva, 1995), produce conocimiento político valioso para la transición ecológica, reivindicando justicia territorial.



En el medio rural, tener cómo desplazarse también es tener autonomía: la dependencia del coche o de terceros puede limitar el acceso de las mujeres al empleo, los servicios y la vida pública. Molino de viento en el fondo. Parada de bus en Llanos de la Concepción, Fuerteventura

Seis claves para un territorio sostenible

De todo lo anterior emergen seis claves para orientar políticas públicas con perspectiva feminista en desarrollo territorial.

La primera es cambiar la mirada urban normativa para pensar el medio rural. Lo urbano y la ciudad son modelos de concentración de población y de recursos insostenibles, que homogenizan lo que es diferente. El conocimiento situado y el enfoque desde los territorios es clave para dar respuestas a las problemáticas específicas de cada contexto y promover la diversidad y la equidad.

La segunda es reconocer la diversidad. No hay una mujer rural ni un medio rural; hay muchas mujeres y muchas ruralidades. Las políticas que parten de un sujeto único se sustentan en abstracciones que benefician a quienes ya están más cerca del centro y disfrutan de sus privilegios, mientras dejan fuera a migrantes, mayores, jóvenes, personas racializadas, y a territorios remotos. Cualquier política territorial debería

incluir un análisis previo de pluralidad y desigualdad interna.

La tercera es poner los cuidados en el centro. Servicios públicos descentralizados, vivienda y transportes accesibles, educación rural, atención sanitaria de proximidad, conectividad digital efectiva, servicios y apoyos a la conciliación, recursos contra la violencia de género adaptados a las ruralidades diversas y alejadas de los centros urbanos. Sin esa base material, todo discurso sobre corresponsabilidad y empoderamiento no pasa de declaración de intenciones. Es la forma más eficiente —y también la más sostenible ambientalmente— de generar arraigo.

La cuarta es garantizar autonomía en la movilidad. La dependencia del coche privado y de la ayuda de terceros para desplazarse encierra a muchas mujeres rurales en redes domésticas estrechas, dificulta su inserción laboral y aumenta su vulnerabilidad ante la violencia. Transporte público con perspectiva de género y territorial: una asignatura pendiente.

La quinta es promover participación

Frente al estereotipo, reivindican su diversidad, autonomía y capacidad de decisión

La transición energética puede profundizar la brecha rural-urbana cuando los grandes proyectos renovables se implantan sin participación local y sustituyen usos agrarios del territorio.

Sin las mujeres rurales no hay sostenibilidad social ni ecológica posible

social y política efectivas. Promover y garantizar la participación de mujeres en los espacios de toma de decisiones. No basta con cuotas: hace falta cambiar las condiciones materiales —horarios, conciliación, transporte— que hacen costoso para una mujer rural sostener un cargo de representación. Por otro lado, reconocer la legitimidad política de las formas de liderazgo asociativo y en movimientos que ya despliegan.

La sexta y final es integrar la mirada ecofeminista en el diseño de la transición ecológica. Las mujeres rurales no son un colectivo más al que consultar al final del proceso: son agentes de un saber situado sobre cómo cuidar a la vez personas y territorio. Despliegues de renovables, planes de paisaje, gestión forestal, política agraria común... todos estos ámbitos ganarían en justicia y eficacia si incorporasen su voz desde el principio.

Frente a la urbanormatividad que diseña

el rural como granja energética o despensa de las ciudades, frente al estereotipo que reduce a las mujeres rurales a un papel subordinado o las invisibiliza, hay un horizonte distinto: el de unos territorios vivos, plurales y cuidados, sostenidos por quienes los habitan.

Al finalizar, ninguna conclusión me parece mejor que las palabras de María Sánchez, en su libro *Tierra de Mujeres*:

“Ser mujeres todoterreno, poder con todo, estar siempre atentas y pendientes de todo y con todos. No podemos convertir ese sacrificio y esta desigualdad en una virtud. Nuestras mujeres rurales son mujeres como cualquiera y necesitan lo mismo que el resto: acabar con la constante discriminación e invisibilización...”

¿Cómo hacer visible el trabajo de las mujeres del medio rural? ¿Cómo romper esa postal plana e inerte donde nos enmarcan para contemplarnos?”



CERRAR CICLOS, ABRIR CAMINOS

Economía circular con perspectiva feminista

ALODIA PÉREZ MUÑOZ

Coordinadora de la Concejalía de Transición Ecológica y Medio Ambiente
en el Ayuntamiento de Getafe

Cerrar el ciclo de los materiales no es suficiente. Una economía sostenible debe preguntarse también quién cuida, quién dispone de tiempo y quién asume los costes de la transición.

En las últimas décadas, el concepto de economía circular ha ganado relevancia como respuesta a los límites ecológicos del planeta, que el modelo económico dominante estaba claramente comprometiendo. Frente a un sistema lineal basado en la extracción intensiva de recursos, la producción masiva y la eliminación prematura, la economía circular propone cerrar ciclos materiales, reducir residuos y maximizar la eficiencia en el uso de los recursos. De manera coloquial, pasar del usar y tirar en todos los eslabones de la cadena, a la reutilización y ahorro en el despilfarro material. Pero ojo, este enfoque, centrado principalmente en lo ambiental y lo técnico, corre el riesgo de reproducir desigualdades si no incorpora una mirada social crítica, que incluya toda la diversidad social afectada.

En este contexto, la perspectiva feminista se presenta como una herramienta necesaria para enriquecer y ampliar la transición hacia modelos más sostenibles. La economía feminista, con su mirada puesta en los cuidados, la interdependencia y la sostenibilidad de la vida, cuestiona los supuestos tradicionales sobre qué se considera “economía” y quiénes son reconocidos como sujetos económicos. Integrar ambas perspectivas no solo es deseable, sino necesario para construir un modelo verdaderamente transformador.

La economía circular se ha enfocado principalmente en torno a los ciclos de materiales: reducir, reutilizar, reparar, reciclar.

Una economía circular verdaderamente transformadora debe cuidar el planeta sin cargar sobre las mujeres el peso de la transición

Cualquier infografía que represente el concepto está claramente centrada en las R,s. Estas estrategias buscan minimizar la generación de residuos y disminuir la extracción masiva sobre los recursos naturales. Sin embargo, este enfoque tiende a centrarse en los procesos productivos formales y materiales, dejando en segundo plano otras dimensiones fundamentales de la economía.

La perspectiva feminista invita a ampliar el concepto de circularidad para incluir no solo los ciclos de los materiales, sino también los ciclos de la vida. Esto implica reconocer que toda actividad económica depende de una base de trabajo de cuidados —crianza, atención a personas dependientes, mantenimiento del hogar— que históricamente ha sido invisibilizada y asignada mayoritariamente a las mujeres.

Y no solo eso. La perspectiva puramente material tiende a modificar las necesidades reales, sustituyendo la necesidad de un servicio por la necesidad de adquirir el producto que te proporciona ese servicio. De esta manera se incrementa el consumo de productos, sobredimensionando la capacidad de dar esos servicios que son los que realmente se necesitan. El tradicional ejemplo de la taladradora, que se adquiere muy frecuentemente para darle un uso de 15 minutos al año, es muy gráfico.

Una economía verdaderamente circular debería, por tanto, preguntarse no solo cómo se gestionan los recursos materiales, sino también cómo se distribuyen los tiempos, las responsabilidades y los cuidados. Sin este enfoque, existe el riesgo de construir sistemas ambientalmente eficientes, pero socialmente injustos.

Uno de los aportes centrales de la economía feminista es la crítica a la invisibilidad del trabajo de cuidados. Este trabajo, esencial para la reproducción social, no suele ser remunerado ni contabilizado en los indicadores económicos tradicionales como el PIB. Sin embargo, sin él, el sistema productivo no podría sostenerse.

En el contexto de la economía circular, esta invisibilidad adquiere nuevas formas. Muchas prácticas asociadas a la circularidad, como reparar objetos, reutilizar materiales o gestionar residuos domésticos, se realizan en el ámbito del hogar y recaen, en gran porcentaje, sobre las mujeres. Estas actividades son fundamentales para reducir el impacto ambiental, pero su carga puede incrementarse sin reconocimiento ni compensación.

Por ejemplo, el auge del consumo responsable puede implicar más tiempo dedicado a buscar productos sostenibles, cocinar desde cero o evitar el uso de productos desechables. Estas prácticas, aunque valiosas, pueden aumentar la carga de trabajo no remunerado si no se redistribuyen de manera equitativa.



La economía circular no puede ignorar los cuidados y el tiempo que requieren, también son recursos que deben protegerse y repartirse

Muchas prácticas circulares recaen en el ámbito doméstico y aumentan el trabajo no remunerado

El tiempo, una brecha importante

La falta de tiempo es una de las principales brechas del sistema económico actual. La incorporación de la mujer al mundo laboral se hizo sin una planificación o estrategia sobre quien se iba a encargar de los trabajos invisibles que se realizaban hasta ese momento en el ámbito doméstico. Este es un aspecto sin resolver, pero que, como primer paso, aún con mucho desarrollo por delante, está el del reparto equitativo de dichos cuidados. Va a ser difícil alcanzar los niveles de tiempo suficientes sin modificar

Sin cuidados, el sistema productivo no se sostiene; sin corresponsabilidad, tampoco habrá una transición ecológica justa

está generando nuevas oportunidades laborales en sectores como el reciclaje, la reparación, la reutilización y la economía colaborativa. Sin embargo, estos sectores no son neutrales desde el punto de vista de género, y tampoco se puede obviar su desequilibrio territorial.

En muchas partes del mundo, el reciclaje informal está altamente feminizado. Las mujeres que trabajan en este ámbito suelen hacerlo en condiciones precarias, sin acceso a protección social por parte de las administraciones, ni reconocimiento social. A pesar de su contribución clave a la gestión de residuos, su trabajo es frecuentemente estigmatizado y mal remunerado.

Asimismo, en sectores más tecnificados de la economía circular, como el ecodiseño o la innovación en materiales, las mujeres suelen estar infrarrepresentadas, especialmente en posiciones de liderazgo. Esto reproduce las brechas de género existentes en ámbitos tecnológicos y limita la diversidad de perspectivas en la toma de decisiones.

Integrar una perspectiva feminista implica abordar estas desigualdades de manera explícita. Esto incluye mejorar las condiciones laborales en los sectores feminizados, promover la formación y el acceso de las mujeres a áreas tecnológicas, y garantizar su participación en espacios de gobernanza.

Reducir residuos y reutilizar recursos no basta si la responsabilidad de hacerlo recae, una vez más, sobre las mujeres



Muchas mujeres trabajan en la gestión informal de residuos en condiciones precarias y sin suficiente reconocimiento social. Balikpapan (Indonesia)

Crecimiento insostenible

Tanto la economía circular como la feminista cuestionan el paradigma del crecimiento económico ilimitado. En un planeta con recursos finitos, la idea de crecimiento constante resulta insostenible. Sin embargo, mientras la economía circular busca desacoplar el crecimiento del uso de recursos, la economía feminista plantea una crítica más profunda: ¿qué entendemos por crecimiento y para quién?

Desde una perspectiva feminista, el valor no se limita a la producción de bienes y servicios monetizados, sino que incluye todas aquellas actividades que sostienen la vida. Esto implica redefinir los indicadores de bienestar y cuestionar la centralidad del PIB como medida de progreso.

Una economía circular feminista debería, por tanto, orientarse hacia la suficiencia y el bienestar, en lugar de la acumulación. Esto implica priorizar actividades que generen valor social y ambiental, aunque no siempre se traduzcan en crecimiento económico tradicional. El tiempo, la salud, la calidad de vida, son elementos que aportan riqueza, y que la detraen en su ausencia, y sin embargo no se incorporan en las cuentas de resultados.

La transición hacia una economía circular no ocurrirá de manera automática ni equitativa. Requiere intervenciones estratégicas por parte de las instituciones públicas para garantizar que sus beneficios se distribuyan de manera justa.

Incorporar una perspectiva feminista en las políticas de economía circular implica, entre otras cosas:

- Diseñar indicadores que midan el impacto social y de género de las iniciativas circulares.
- Promover la corresponsabilidad en los cuidados mediante servicios públicos accesibles y de calidad.
- Apoyar la formalización y mejora de las condiciones laborales en sectores como el reciclaje.
- Fomentar la participación de las mujeres en todos los niveles de la toma de decisiones.
- Integrar la educación ambiental con la educación en igualdad de género.

Estas medidas no solo contribuyen a la equidad, sino que también fortalecen la efectividad de las políticas ambientales al incorporar una visión más integral de la realidad social.



Sin embargo, estas acciones son de implantación a corto plazo, y modifican la dinámica actual, pero no la revierten. Es imprescindible abordar estrategias a medio y largo plazo que aseguren un cambio radical en las dinámicas actuales de consumo y producción.

el ecofeminismo de la igualdad defiende una posición que combina el respeto por la diversidad con la crítica a las prácticas que vulneran los derechos humanos de las mujeres. Se trata de un interculturalismo crítico, capaz de aprender de otras formas de vida sin renunciar a los principios de igualdad y autonomía.

En definitiva, el ecofeminismo de la igualdad propone un camino que entrelaza la justicia social, la igualdad entre mujeres y hombres, la sostenibilidad ecológica y el cuidado universalizado y extendido más allá del mundo humano. Vemos, pues, que el ecofeminismo no es un simple agregado de feminismo y ecologismo. Es un elemento de profundización de la crítica que ilumina causas, modos y efectos de la subordinación de las mujeres al hilo de un desafío mayor al que se enfrenta hoy la humanidad: detener su rumbo autodestructivo y hacer posible una vida digna para las generaciones futuras y el resto de los seres vivos.

La economía circular puede reproducir desigualdades si no incorpora una mirada social crítica

Cuidados y cuenta de resultados

Uno de los elementos más transformadores de la perspectiva feminista es su propuesta la incorporación de los cuidados a la “cuenta de resultados”. Frente a una lógica económica basada en la competencia, la maximización del beneficio y la individualidad, la ética del cuidado pone en el centro la interdependencia, la cooperación y la responsabilidad colectiva.

Esta ética es especialmente relevante en el contexto de la economía circular, ya que ambas comparten la idea de límites y de conexión entre sistemas. Sin embargo, mientras la economía circular se ha centrado en los límites ecológicos, la perspectiva feminista amplía esta mirada para incluir los límites humanos y sociales.

Adoptar una ética del cuidado implica repensar no solo las prácticas económicas, sino también los valores que las sustentan. Esto incluye cuestionar el consumismo, valorar la sostenibilidad a largo plazo y reconocer la importancia de las relaciones humanas en la construcción de bienestar.

A medida que la economía circular se vuelve más popular, existe el riesgo de que su discurso sea cooptado por actores que buscan mantener el statu quo. Iniciativas que se presentan como “circulares” pueden centrarse únicamente en la eficiencia sin cuestionar las dinámicas de producción y consumo que generan desigualdad.

Desde una perspectiva feminista, es fundamental mantener una mirada crítica frente a estos procesos. La sostenibilidad no puede reducirse a una estrategia de marketing ni a mejoras marginales en la eficiencia. Requiere transformaciones profundas en las estructuras económicas y sociales.

Asimismo, existe el riesgo de que la carga de la transición recaiga desproporcionadamente sobre los individuos, y en particular sobre las mujeres, a través de cambios en los hábitos de consumo sin un apoyo estructural adecuado.

Sostenibilidad ambiental y justicia social

A pesar de los desafíos, existen múltiples experiencias que muestran el potencial de

una economía circular con perspectiva feminista. Cooperativas de recicladoras que se organizan para mejorar sus condiciones laborales, iniciativas de economía social que combinan sostenibilidad ambiental con inclusión social, y proyectos comunitarios basados en el intercambio y la cooperación son algunos ejemplos.

Estas prácticas, aunque a menudo locales y de pequeña escala, ofrecen aprendizajes

valiosos sobre cómo articular la sostenibilidad ambiental con la justicia social. Además, ponen de manifiesto la importancia de los procesos colectivos y de la participación comunitaria en la construcción de alternativas.

En conclusión, la economía circular representa una oportunidad importante para avanzar hacia modelos más sostenibles, pero su potencial transformador depende de su capacidad para integrar una

perspectiva social crítica. La economía feminista ofrece herramientas clave para este proceso, al visibilizar las desigualdades, cuestionar los supuestos tradicionales y proponer nuevos valores centrados en la vida.

Articular ambas perspectivas no es una tarea sencilla, pero sí necesaria. Implica repensar no solo cómo producimos y consumimos, sino también cómo organizamos

nuestras sociedades, cómo distribuimos los recursos y cómo valoramos las distintas formas de trabajo.

Una economía circular con perspectiva feminista no se limita a cerrar ciclos materiales, sino que aspira a abrir horizontes de justicia, equidad y sostenibilidad. Poner la vida en el centro no es solo una consigna, es una condición imprescindible para construir un futuro deseable.



No se trata de crecer más, sino de vivir mejor: el tiempo, la salud y los cuidados también son riqueza

La economía circular debe cerrar los ciclos de los materiales sin abrir nuevas brechas de género Balikpapan (Indonesia)

CAMBIAR LA INERCIA DEL BOSQUE

ANA SANITJAS OLEA

Ingeniera de montes y jefa de la Oficina Técnica de
Prevención Municipal de Incendios Forestales y Desarrollo
Rural de la Diputación de Barcelona

**Están en los montes, en la
investigación, en la gestión y en la
lucha contra los incendios. Pero
las mujeres siguen teniendo una
presencia reducida en buena parte
del sector forestal, especialmente en
los espacios de poder.**



Página anterior: Tània Anglada Boix estudia un ciclo formativo de grado superior en Paisajismo y Medio Rural en la EFA Quintanes (Barcelona) y realiza prácticas en el Grupo Especial de Prevención de Incendios Forestales (GEPIF) en Vilamallà (Girona). Reconoce que les ha costado conseguir vestuarios adecuados para las mujeres © Exposición Emboscades / Michele Curel

El problema no es nuestra ausencia, sino nuestra invisibilidad

El papel de las mujeres en nuestra sociedad ha cambiado profundamente en las últimas décadas y, aunque no podemos hablar de una igualdad plena y real, somos muchas las mujeres que hoy ocupamos espacios de responsabilidad en ámbitos tradicionalmente masculinizados, como la ciencia, la empresa, la política o la gestión pública. Sin embargo, estos avances no se reflejan con la misma intensidad en todos los sectores, y el forestal es uno de los ejemplos más claros.

Durante mucho tiempo, el aprovechamiento y la gestión de los recursos forestales se ha percibido como una tarea de hombres. El imaginario colectivo sigue asociando el monte al esfuerzo físico, a la motosierra, a la toma de decisiones en espacios ocupados casi exclusivamente por hombres. Este imaginario ha contribuido a invisibilizar el papel de las mujeres, a pesar de que su contribución ha sido clave en la sostenibilidad, la innovación y la gestión de los ecosistemas forestales (Manfre & Rubin, 2012). Y es que las mujeres también hemos estado y seguimos estando en el monte: somos propietarias,

técnicas, investigadoras, ingenieras, bomberas, gestoras públicas, educadoras ambientales, ganaderas, trabajadoras forestales y emprendedoras. Hemos sostenido el territorio, lo hemos gestionado, estudiado y cuidado. El problema, muchas veces, no es nuestra ausencia, sino nuestra invisibilidad.

Hablar hoy de mujeres y sector forestal no consiste únicamente en reclamar más presencia femenina. Consiste también en revisar el relato con el que hemos explicado históricamente el bosque y su gestión. Porque cuando una realidad no se nombra, no se muestra y no se cuenta, acaba pareciendo excepcional o incluso inexistente. Y eso tiene consecuencias muy concretas: menos referentes, menos reconocimiento, menos oportunidades y más dificultades para que nuevas generaciones de mujeres se imaginen formando parte de este ámbito profesional.

Visibilizar a las mujeres forestales no es, pues, una cuestión estética ni secundaria. Es una condición necesaria para construir un sector más justo, más fuerte y mejor preparado para afrontar los retos del presente y del futuro.

La exposición EMBOSCADES. Dones i Bosc ha visibilizado el papel de las mujeres en el sector forestal catalán a través de fotografías, testimonios y relatos que ponen rostro a una realidad todavía poco visible © Generalitat de Catalunya



La importancia de los datos

¿Cuál es la presencia real de las mujeres en el sector forestal?

Responder a esta pregunta no es tan sencillo como debería. Durante años, la falta de datos desagregados por sexo ha sido una carencia estructural del propio sector. Aun así, los estudios más recientes permiten trazar una fotografía cada vez más nítida. El informe Diagnosi de Gènere del Sector Forestal (Generalitat de Catalunya, 2023) es uno de los más completos disponibles y ofrece datos que merecen leerse con atención.

En Catalunya la presencia de mujeres es especialmente baja en los trabajos de campo —operarios o maquinistas forestales—, donde apenas alcanza el 5%. Este porcentaje crece en los cuerpos de guardería forestal y extinción de incendios, donde se sitúa entre el 15 y el 20%. Y sube de forma significativa en los perfiles técnicos: el 42% en ingeniería forestal y hasta el 50% en investigación. Sin embargo, esta mayor formación y especialización no se traduce en liderazgo ya que solo el 6% de los cargos directivos del sector están ocupados por mujeres (Generalitat de Catalunya, 2023).

A esta realidad se suma un aspecto especialmente relevante en el contexto catalán: la propiedad forestal. El 76% de la superficie forestal en Catalunya es de titularidad privada y, de esta, cerca del 40% está en manos de mujeres, ya sea en régimen de propiedad o copropiedad (Generalitat de Catalunya, 2023). Sin embargo, esta presencia no se traduce en visibilidad ni en participación efectiva: las mujeres siguen estando poco presentes en la gestión de sus montes y, sobre todo, en los espacios de decisión vinculados a la propiedad forestal. Esta paradoja pone de relieve, una vez más, que el reto no es solo de acceso, sino también de reconocimiento, participación y liderazgo.

A nivel español, los avances hacia la igualdad de género en la ciencia forestal aún son limitados, con cifras que reflejan una desigualdad estructural similar a la catalana (SECF, 2018). Estas cifras no solo evidencian la desigualdad existente, sino también la urgencia de avanzar hacia un cambio estructural que permita a las mujeres ocupar un lugar equitativo en la gestión de los bosques y en la toma de decisiones que afectan a estos ecosistemas forestales.



Étel Arilla Alpín es subinspectora del Cuerpo de Bomberos de la Generalitat, responsable de la Región de Emergencias Metropolitana Norte (REMN) y forma parte del Grupo de Actuaciones Forestales (GRAF). Cuando llegó al cuerpo de bomberos, todo estaba muy masculinizado y considera que las mujeres aportan más reflexión, son menos viscerales y tienen en cuenta más aspectos a la hora de tomar decisiones © Exposición Emboscades / Michele Curel

Una realidad incómoda

La desigualdad de género en el sector forestal no es una anomalía aislada ni un accidente histórico; forma parte de una desigualdad más amplia que atraviesa el conjunto de la sociedad y que en el ámbito forestal se reproduce de forma en especial intensa, precisamente por su fuerte carga de tradición masculina.

Muchas mujeres del sector explican que deben demostrar constantemente que saben hacer su trabajo, más que sus compañeros. Otras relatan dificultades para ser reconocidas como referentes técnicos, situaciones de infravaloración, comentarios paternalistas o directamente sexistas. Y también obstáculos materiales que pueden

parecer menores, pero no lo son: uniformes no adaptados a cuerpos femeninos, falta de vestuarios para mujeres, equipos de protección diseñados para hombres, o una organización del trabajo que no contempla la diversidad ni la conciliación (Sanitjas et al., 2024). Estas experiencias no son excepcionales, los estudios sobre sectores masculinizados muestran de forma recurrente cómo los prejuicios de género siguen condicionando la percepción profesional de las mujeres, independientemente de su formación o experiencia (ILO, 2018).

Cuando hablamos de desigualdad en el ámbito forestal, hablamos, por tanto, de estructuras, de inercias y de cultura profesional, no únicamente de números o porcentajes.

La invisibilidad y la falta de referentes

Si hay una idea que se hace evidente al observar el sector con atención es esta: las mujeres están, trabajan, lideran, investigan y gestionan, pero durante demasiado tiempo han permanecido en un segundo plano, fuera del foco. Y la invisibilidad no es una cuestión menor: tiene efectos directos sobre cómo se percibe el sector y sobre quién siente que puede formar parte de él.

Si al pensar en bosques, incendios, gestión forestal o propiedad forestal solo aparecen hombres, es más difícil que una niña o una joven pueda imaginarse a sí misma en ese lugar. Si las fotografías, los artículos, las mesas redondas y los congresos siguen mostrando mayoritariamente voces masculinas, la idea de que el bosque es “cosa de hombres” se refuerza continuamente, aunque la realidad sea mucho más diversa.

Visibilizar no consiste solo en poner a una mujer en una foto. Visibilizar significa generar espacios reales para que esté presente, pueda hablar, sea escuchada y reconocida. Significa dar valor a su experiencia, incorporar su voz en los debates, mostrar la diversidad de trayectorias y romper la idea de que su presencia es anecdótica o excepcional.

También aquí la responsabilidad es compartida. Los hombres han de ceder protagonismo en el espacio público y abrir espacios más inclusivos. Y las mujeres, por su parte, han de dar el paso, salir del confort del ámbito privado y asumir con naturalidad espacios de visibilidad, poder y responsabilidad.

Barreras que persisten

Ahora bien, sería ingenuo pensar que visibilizar basta por sí solo. La visibilidad puede contribuir a cambiar el relato, pero no elimina las barreras estructurales que siguen condicionando la presencia y la trayectoria de las mujeres en el sector forestal.

El diagnóstico del sector identifica problemas recurrentes como discriminación y estereotipos de género, precariedad laboral y alta rotación, dificultades de conciliación, falta de adaptación de equipos y vestuario, presencia de violencias machistas e infrarrepresentación en los espacios de decisión. No son situaciones aisladas, sino de dinámicas que se repiten y configuran un entorno profesional poco inclusivo.

A estas dificultades se suma un modelo laboral marcado por el peso del trabajo de campo, la estacionalidad, la imprevisibilidad y los horarios prolongados. Este contexto impacta de manera desigual y condiciona especialmente la continuidad profesional de muchas mujeres.



La maternidad aparece, con frecuencia, como un punto de inflexión: no necesariamente implica el abandono del sector, pero sí penaliza la trayectoria profesional, limitando la progresión, la visibilidad y, en muchos casos, los ingresos (González, 2019; Goldin, 2021).

En el ámbito de la propiedad forestal, las desigualdades también son evidentes. Las propiedades titularizadas por mujeres suelen ser, de media, más pequeñas y, en muchos casos, la toma de decisiones se desplaza hacia figuras masculinas de la misma familia, especialmente en

contextos de copropiedad.

En el ámbito formativo, la baja proporción de mujeres en los estudios vinculados al sector refleja el peso de los estereotipos, y esta menor presencia inicial se traduce después en una representación reducida en el conjunto del ámbito profesional.

Incluso el lenguaje contribuye a reforzar estas desigualdades. El uso generalizado del masculino para referirse a profesiones y roles del sector invisibiliza la presencia de las mujeres y consolida una imagen parcial de la realidad.

Solo el 6% de los cargos directivos forestales está ocupado por mujeres

El techo de cristal

A todas estas barreras se añade una especialmente significativa: el techo de cristal. Se trata de un límite no explícito pero persistente que dificulta el acceso de las mujeres a los niveles más altos de responsabilidad, incluso cuando cuentan con la formación y la experiencia necesarias.

En el sector forestal, esta desigualdad se refleja con claridad en la distribución de los cargos. Tomando el ejemplo de Catalunya, la presencia de mujeres en posiciones de alta dirección y gerencia es muy reducida, situándose en torno al 6%. En los niveles intermedios, la representación aumenta, pero sigue siendo minoritaria, alrededor del 23% (Sanitjas, 2020). Estos datos evidencian una pérdida progresiva de presencia femenina a medida que se asciende en la estructura jerárquica.

En el ámbito de la investigación se observa la misma dinámica: las mujeres son numerosas en las etapas iniciales, pero su presencia disminuye notablemente en las posiciones sénior y de mayor reconocimiento.

La desigualdad, por tanto, no se encuentra únicamente en el acceso al sector, sino también en las oportunidades de progresión dentro del mismo. En conjunto, todas estas barreras —estructurales, organizativas y culturales— configuran un entorno en el que la desigualdad no siempre es explícita, pero sí constante y acumulativa, afectando a la participación, la permanencia y la proyección profesional de las mujeres en el sector forestal.

Marta Casas López trabaja en la empresa familiar, dedicada a realizar trabajos forestales en Catalunya y Francia: madera para aserraderos, leña para calefacción y estufas, chimeneas y biomasa. También es formadora de motosierra y maquinaria en el Centro de Formación Forestal Especializada de Castell de Montesquiu (Barcelona) © Exposición Emboscades / Michele Curel

El valor de cambiar la inercia

Ante este panorama, entra en juego algo que a veces se considera secundario pero que es profundamente importante: el relato. La forma en que contamos el bosque condiciona cómo lo entendemos y quién se siente parte de él. Si el sector forestal se sigue explicando únicamente desde la fuerza física, la productividad o una tradición masculina heredada, muchas personas quedarán excluidas de esa imagen. Si, en cambio, ampliamos el relato para incorporar la gestión, la conservación, la innovación, la investigación, la educación ambiental, la prevención, la gobernanza y el arraigo al territorio, el sector empieza a aparecer en toda su complejidad real. Y en esa complejidad, las mujeres no son una nota al margen: somos parte central. Cambiar el relato no significa falsear la realidad, sino contarla con toda su riqueza y complejidad. Significa mostrar que el bosque necesita conocimiento técnico, cooperación, visión estratégica, sensibilidad social, capacidad de negociación, innovación y compromiso con el territorio. Significa reconocer que el futuro forestal no puede construirse dejando fuera una parte esencial del talento disponible.



Blanca Doya Peroy es agente rural y está especializada en conservación del oso pardo y señala que «no teníamos uniformes adaptados a las necesidades de las mujeres»
© Exposición Emboscades / Michele Curel

Iniciativas que abren camino

Reconocer el problema es el primer paso, pero no basta. En los últimos años, dentro y fuera del sector forestal, han empezado a surgir respuestas concretas orientadas a cambiar la inercia: proyectos de visibilización, espacios de encuentro, redes profesionales y nuevas formas de organización colectiva que, juntas, están contribuyendo a transformar la cultura del sector. No son iniciativas aisladas ni anecdóticas. Responden a una misma convicción: que para cambiar la realidad hay que empezar por cambiar el relato y por construir, entre todas, los espacios que el sector todavía no ofrece de forma espontánea. Algunas de estas respuestas surgen desde ámbitos y territorios muy diversos, lo que demuestra que el fenómeno trasciende fronteras y sectores concretos. En Galicia, el Proxecto Batefego ha abordado los incendios forestales como un problema social y de género, con herramientas de educación ambiental y participación ciudadana. Su libro Árbores que non arden (2019) fue pionero en visibilizar el papel histórico y presente de las mujeres en la gestión del fuego y del territorio, y en reivindicar metodologías que reconozcan sus saberes y potencien su liderazgo. Una apuesta que demuestra que cambiar la mirada sobre quién gestiona el monte empieza, a menudo, por reconocer quién lo ha cuidado siempre.

EMBOSCADES: poner rostro a una realidad invisible

Un ejemplo de cómo la visibilización puede contribuir al cambio de mirada del sector es la exposición fotográfica y documental EMBOSCADES. Dones i Bosc, un proyecto que surgió con la voluntad de dar voz a las mujeres forestales y contribuir a generar nuevas referentes y romper estereotipos. A través de retratos, fotografías de campo, textos y piezas audiovisuales, la exposición presenta a 18 mujeres vinculadas al sector forestal catalán en ámbitos muy diversos, desde la gestión forestal y la investigación hasta la prevención de incendios, la propiedad o la ganadería. Esta combinación de lenguajes permite no solo mostrar datos o trayectorias, sino también poner en valor la diversidad de experiencias y el papel real que ya tienen las mujeres en el sector. Uno de los elementos clave del proyecto es precisamente su capacidad de generar emociones y llegar más allá de lo racional. EMBOSCADES no se limita

a explicar una desigualdad, sino que la hace visible a través de historias concretas, poniendo rostro, voz y emoción a una realidad que a menudo queda diluida en cifras. Este componente emocional resulta fundamental, porque permite conectar con públicos más amplios y generar una comprensión más profunda del problema. El impacto ha sido significativo: más de 34.000 personas visitaron la exposición y centenares participaron en actividades paralelas como jornadas, talleres o debates (Sanitjas et al., 2024). Pero más allá de las cifras, la iniciativa ha contribuido a generar conversación, a crear nuevas conexiones entre mujeres del sector y a impulsar proyectos como la creación de una asociación de propietarias forestales en Catalunya. EMBOSCADES ha demostrado, en definitiva, que cuando se combinan conocimiento, relato, arte y emoción, la visibilización se convierte en una herramienta real de transformación, capaz de cambiar percepciones, generar referentes e impulsar nuevas dinámicas dentro y fuera del sector forestal.

En el trabajo de campo, la presencia femenina apenas alcanza el 5%



Socias fundadoras de Dones de Bosc. Associació de propietàries forestals de Catalunya



Juana Barber Rosado es directora de la Reserva de la Biosfera del Montseny (la única que cuenta con un Plan de Igualdad, destinado a visibilizar a las mujeres y trabajar en equipo) y jefa del Servicio de Parques Naturales de la Diputación de Barcelona © Exposición Emboscades / Michele Curel



Tania Anglada realizando labores de mantenimiento forestal © Exposición Emboscades / Michele Curel

Mirar al futuro con otra perspectiva

El sector forestal tiene por delante desafíos enormes. La crisis climática, el aumento del riesgo de grandes incendios, la pérdida de biodiversidad, el abandono de la gestión activa del territorio y la desconexión creciente entre la ciudad y el mundo rural exigen respuestas nuevas y valientes. No parece razonable afrontar retos tan complejos con estructuras cerradas, homogéneas y ancladas en lógicas del pasado.

La igualdad de género no es solo una cuestión de justicia, aunque también lo sea. Es una cuestión de inteligencia colectiva. Un sector más diverso toma mejores decisiones, incorpora más miradas y perspectivas, detecta mejor los problemas y está en mejores condiciones para innovar. En un ámbito tan estratégico como el forestal, dejar fuera o mantener en segundo plano a una parte importante del talento disponible es un lujo que no nos podemos permitir.

Las propias protagonistas de EMBOSCADES lo expresan con claridad cuando hablan de cooperación, empatía, negociación, visión de conjunto y cuidado del entorno como valores que enriquecen la gestión forestal. No porque sean cualidades “naturales” de las mujeres, sino porque las trayectorias diversas amplían la manera de mirar y de intervenir en el territorio.



Clara Santamaria Vila es propietaria forestal desde los 11 años cuando murió su padre, hoy su hija Clara Gonfaus Santamaria quiere continuar la tarea que le està enseñando su madre © Exposición Emboscades / Michele Curel

Las mujeres están, pero siguen lejos de los espacios de decisión

Un largo camino con razones para la esperanza

Cada vez somos más las mujeres que estudiamos, investigamos, gestionamos, emprendemos, trabajamos y lideramos en el ámbito forestal. Ingenieras, científicas, bomberas, propietarias, técnicas, agentes rurales, trabajadoras de campo, educadoras y gestoras públicas que aportamos conocimiento, rigor, innovación y compromiso. Y cada una de nosotras, con su trabajo cotidiano, vamos cambiando la inercia.

Aún queda mucho camino por recorrer. Hay que seguir recogiendo datos desagregados por género, revisando estructuras, adaptando materiales y equipamientos, incorporando perspectiva de género en la formación, generando referentes, combatiendo el sexismo cotidiano y garantizando presencia de mujeres en todos los niveles del sector. Pero es evidente que el cambio ya ha empezado.

Cuando una mujer se reconoce en otra, cuando una joven ve que ese camino

existe, cuando el sector empieza a verse a sí mismo de manera más plural, el horizonte cambia. Y ese es, quizás, el mensaje más importante de todo lo que iniciativas como la de la publicación del libro Los arboles que no arden, EMBOSCADES, Dones de Bosc o las redes de mujeres forestales han puesto sobre la mesa: que hacer visible y dar el espacio y reconocimiento a las mujeres forestales no solo repara una injusticia histórica, sino que abre posibilidades nuevas para todo el sector.

El bosque del futuro no se podrá gestionar bien si sigue mirándose con una sola mitad de la sociedad. Necesita todas las manos, todas las voces y todas las inteligencias. Necesita a las mujeres, no como excepción ni como cuota simbólica, sino como parte imprescindible de su presente y de su porvenir. Porque visibilizar a las mujeres forestales y darles el espacio que se merecen es, en el fondo, una manera de gestionar mejor el bosque. Y cuando gestionamos mejor nuestros bosques, también construimos un futuro mejor.



LA NUEVA MIRADA FEMINISTA DE LAS JÓVENES

Más allá del mito de la juventud reaccionaria

LAURA LAGUNA ELENA

Co-responsable del área de Fortalecimiento de Red en Amigas de la Tierra

Frente al relato de una juventud reaccionaria o desmovilizada, muchas jóvenes están construyendo nuevas formas de participación política desde una mirada ecofeminista, interseccional y transformadora.

En los últimos años se ha construido, difundido y amplificado un relato sobre una supuesta deriva conservadora de la juventud. Titulares y análisis rápidos dibujan un escenario en el que las nuevas generaciones, especialmente los hombres jóvenes, están girando hacia posiciones reaccionarias, desinteresadas por lo colectivo y alejadas de los valores transformadores que, en teoría, caracterizaron a generaciones anteriores. “Los jóvenes de ahora son más conservadores de lo que lo fuimos nosotros”, oigo decir más a menudo de lo que cabría esperar.

Sin embargo, este diagnóstico, además de simplificador, resulta tremendamente parcial. ¿De qué juventud hablamos cuando hablamos de juventud? ¿A quiénes se les da visibilidad y a quiénes se les niega? ¿Qué prácticas políticas se entienden

como legítimas y cuáles se minusvaloran?

Frente a este relato se hace necesario visibilizar otra realidad: la realidad de una generación de personas jóvenes que está construyendo una mirada profundamente política, ética y transformadora. Una mirada que no solo se inserta en el feminismo, sino que lo desborda y lo entrelaza con otras luchas: ecologistas, antirracistas, anticapacitistas, de defensa animal, de justicia global, etc.

Este texto propone desplazar el foco. No se trata de negar la existencia de discursos reaccionarios entre algunos sectores juveniles, sino de situarlos en su justa dimensión y, sobre todo, de visibilizar una tendencia mucho más amplia y significativa: la proliferación de una sensibilidad ecofeminista que se expresa de formas diversas.

La activista climática sueca Greta Thunberg presentó su libro “Nuestra casa está ardiendo”. (Turín, Italia, mayo de 2019)
© Antonello Marangi.

Una generación atravesada por la(s) crisis

Para comprender esta nueva mirada es imprescindible atender a las condiciones en las que ha crecido esta generación. Las jóvenes de hoy no han (o "hemos", si es que puedo incluirme aun en este sector) conocido un mundo estable. Nuestra socialización política y emocional ha estado atravesada por un encadenamiento de crisis: económica, climática, ecológica, sanitaria, de vivienda, geopolítica, etc.

La precariedad y la incertidumbre no son excepciones. La vulnerabilidad, tanto la propia como la colectiva, se vive como un problema estructural. Al mismo tiempo, en el Norte global, especialmente en los entornos urbanos, muchas personas jóvenes no hemos podido vivir en comunidad. El capitalismo,

con su urbanismo individualista, nos ha privado de esa experiencia en muchos casos.

Todo esto tiene consecuencias profundas. Muchas jóvenes han desarrollado una sensibilidad especialmente afinada hacia la interdependencia. Saben, porque lo han vivido, que la vida no se sostiene en solitario. Que los cuidados no son un asunto privado, sino una cuestión política central. Que los límites ecológicos no son una abstracción, sino una frontera real.

En este contexto el ecofeminismo deja de ser una corriente teórica para convertirse en una práctica vivida. No se trata solo de conceptos, sino de experiencias cotidianas: ansiedad climática, preocupación por el futuro, cuestionamiento de los modelos de consumo, crítica a los roles de género tradicionales, búsqueda de formas de vida más sostenibles.

El ecofeminismo deja de ser una corriente teórica para convertirse en una práctica vivida

Más allá del feminismo clásico

Uno de los rasgos más característicos de esta generación es su capacidad para articular luchas diversas desde una mirada integradora, holística. Para muchas personas jóvenes (especialmente para mujeres, personas no binarias y otras disidencias de género) el feminismo no es un compartimento estanco, sino una puerta de entrada a una comprensión más amplia de la(s) injusticia(s).

Así, la mirada feminista se entrelaza con la lucha contra el racismo estructural, la defensa de los derechos de las personas LGBTQ+, la crítica al capacitismo, la reflexión sobre la relación con el propio cuerpo (alimentación, autoimagen, salud mental), la sensibilidad hacia el sufrimiento animal o la solidaridad internacional frente a conflictos y desigualdades globales.

En este sentido, las jóvenes están contribuyendo a ampliar el horizonte del feminismo, desplazándolo desde reivindicaciones clásicas, más centradas en la igualdad, hacia una crítica más profunda de las estructuras que sostienen la desigualdad y la explotación.

Esta mirada sistémica identifica conexiones donde antes se veían problemas aislados. Reconoce que las distintas formas de opresión comparten raíces comunes y que, por tanto, requieren respuestas interconectadas. Esto es, de hecho, lo que muchas de nosotras entendemos por ecofeminismo.



El feminismo interseccional conecta la lucha por la igualdad con la defensa de los derechos LGBTQ+ y otras luchas contra las desigualdades.

Ecofeminismo vivido, no solo teorizado

Otro rasgo característico de las nuevas generaciones es su capacidad para encarnar en la vida cotidiana los principios que defiende. El ecofeminismo no es únicamente un marco teórico, sino una práctica concreta que atraviesa decisiones diarias y esto se traduce en múltiples dimensiones: una atención creciente a los cuidados, tanto propios como ajenos; una revisión crítica de los modelos de producción y consumo; una preocupación por el impacto ambiental de las decisiones individuales y colectivas; un cuestionamiento a estilos de vida individualistas en una exploración de lo comunitario; una búsqueda de coherencia entre valores y prácticas.

Al mismo tiempo, esta vivencia del ecofeminismo implica una crítica al modelo socioeconómico dominante, que prioriza el crecimiento ilimitado, la extracción de recursos y la acumulación de riqueza a costa de la vida, como han señalado una y otra vez todas las ecofeministas de las que hemos aprendido (por ejemplo, en el libro "La vida en el centro: voces y relatos ecofeministas", 2019).

Frente a ello, las jóvenes plantean preguntas incómodas pero necesarias: ¿qué significa vivir bien? ¿Qué vidas merecen ser sostenidas? ¿Qué costes, humanos y ecológicos, estamos dispuestas a aceptar?

De esta forma, el ecofeminismo se convierte en una herramienta para repensar no solo las relaciones de género, sino la organización de la sociedad.

Más de 30.000 personas participaron en la manifestación de Fridays for Future contra la política climática en Múnich, Alemania, con motivo del aniversario del movimiento.





¿Juventud desmovilizada? Un diagnóstico erróneo

Una de las críticas más recurrentes hacia la juventud es su supuesta falta de compromiso político. Desde distintos espacios institucionales (ONGs, partidos, sindicatos) se repite la idea de que las jóvenes ya no militan como antes, que no se implican, que “no les importa nada”.

Sin embargo, este diagnóstico parte de una premisa cuestionable: que la única forma válida de participación política es aquella que se ajusta a modelos tradicionales de militancia. Aún tenemos muy vigente en el imaginario colectivo ese arquetipo, habitualmente de hombre, hiper-militante que descuida a su entorno para poder estar en primera línea de batalla década tras década en el mismo partido, en el mismo sindicato, en la misma organización. Algo similar al concepto del “trabajador campeón” que planteaba Amaia Pérez Orozco en el libro “Subversión feminista de la economía”

(2014), pero en su versión revolucionaria.

Pero si conectamos con la humildad y dejamos a un lado la idealización de generaciones pasadas, posiblemente nos demos cuenta de que lo que estamos presenciando no es necesariamente una desaparición del compromiso, sino una posible transformación de sus formas. Muchas jóvenes participan activamente en procesos de sensibilización a través de redes sociales, generan contenido político, difunden información, crean comunidad, comparten testimonios. Otras se implican en movilizaciones más puntuales, vinculadas a causas concretas, desde la justicia climática hasta la solidaridad internacional. Es este el caso, por ejemplo, de las protestas en solidaridad con el pueblo Palestino, lideradas a menudo por personas jóvenes.

Este tipo de activismo, más flexible y menos institucionalizado se deslegitima habitualmente por no encajar en esquemas clásicos. Sin embargo, su impacto no es menor. A menudo, estas formas de participación

alcanzan audiencias más amplias y generan cambios culturales significativos.

Además, este cambio en la manera de tomar acción política responde también a una visión crítica de las propias instituciones. La desconfianza hacia estructuras rígidas, jerárquicas o poco permeables no implica desinterés, sino una búsqueda de formas más coherentes y horizontales de organización.

Yo, que soy relativamente joven, que he militado en espacios muy variados, pero ahora trabajo en una ONG que cuenta con una larga trayectoria a sus espaldas, asisto a jornadas y debates en los que la pregunta suele ser ¿por qué la juventud no se moviliza? en lugar de ¿por qué la juventud no se quiere movilizar en nuestros espacios? Pienso que también sería pertinente preguntarse dónde está la gente joven si no es en nuestros espacios, porque tal vez está en otros que no conocemos o no imaginamos. Desde luego, queda mucho por hacer en términos de autocrítica.

La mirada feminista conecta distintas luchas contra las desigualdades y propone nuevas formas de participación política.

La juventud no está desmovilizada: está transformando las formas de participación política

La disputa digital: algoritmos y reacción

No se puede analizar la politización de la juventud sin atender al papel de las plataformas digitales. Las redes sociales se han convertido en uno de los principales espacios de socialización política, especialmente entre las generaciones más jóvenes.

Por supuesto, este entorno no es neutral. Los algoritmos premian determinados contenidos, amplifican discursos polarizantes y tienden a favorecer la difusión de mensajes simplificados o emocionalmente intensos.

En este contexto han proliferado discursos dirigidos especialmente a hombres jóvenes que combinan promesas de éxito económico rápido con visiones conservadoras de la masculinidad y, por tanto, también de la feminidad. Es lo que se conoce como la “manosfera”. Este fenómeno, a menudo vinculado a figuras mediáticas y al universo de las criptomonedas, da respuestas a males reales como la precariedad, la falta de referentes o la incertidumbre.

Es importante no sobredimensionar este fenómeno, pero tampoco ignorarlo. Se trata de una disputa por la hegemonía cultural dentro de la propia juventud. Y en esa disputa las jóvenes feministas están desempeñando un papel clave, generando contra-narrativas, cuestionando estos discursos y proponiendo alternativas.

También cabe señalar que las personas jóvenes han desarrollado diferentes tonos o estilos para hablar de cuestiones que tradicionalmente se han tratado desde paradigmas serios y rigurosos. Un ejemplo es el caso de Luigi Mangione, el joven acusado del asesinato del director ejecutivo de UnitedHealthcare en 2024. Las personas jóvenes del mundo entero se enteraron de esta noticia y hablaron mucho de ella desde ángulos distintos, a veces podría parecer incluso que, con un tono frívolo o superficial, analizando por ejemplo el estilo de ropa de Mangione o su atractivo físico. Esto es un modo de abordar la noticia tremendamente alejado del periodismo clásico y puede ser difícil de comprender para personas más mayores, pero es uno de los tonos válidos de internet, de las redes sociales y genera un alcance difícil de dimensionar. Jóvenes de todo el mundo, incluido el estado español, aprendieron sobre el injusto sistema de salud estadounidense, sobre derecho penal, se hicieron preguntas al respecto y ahondaron en la crítica al capitalismo voraz que hace que las personas más pobres tengan más problemas de salud y que las personas con más problemas de salud acaben siendo más pobres.

¿Quién es el responsable del modelo actual?

Es habitual responsabilizar a la juventud de determinados problemas sociales, pero tal vez deberíamos plantearnos otra pregunta incómoda: ¿quién ha diseñado y sostenido el modelo que nos ha llevado a la situación actual?

Las políticas extractivistas, el deterioro ambiental, el aumento de las desigualdades y la precarización de la vida no son obra de las generaciones más jóvenes. Son el resultado de decisiones políticas y económicas tomadas durante décadas (o siglos) por élites con poder, mayoritariamente masculinas, blancas y, por qué no decirlo, ricas.

Cargar sobre la juventud la responsabilidad de estos procesos no solo es injusto, sino que invisibiliza las dinámicas estructurales que los sostienen. Además, dificulta la posibilidad de construir alianzas intergeneracionales necesarias para abordar los desafíos actuales.

Ya en 2019 Greta Thunberg apuntó en esta dirección en su famoso discurso en la U.N. Climate Action Summit. El discurso al que me refiero, emotivo y directo, podría traducirse de la siguiente manera:

Mi mensaje es que los estaremos vigilando.

Esto está mal. Yo no debería estar aquí. Debería estar en la escuela, al otro lado del océano. Y, aun así, ustedes vienen a nosotros, los jóvenes, en busca de esperanza. ¿Cómo se atreven?

Me han robado mis sueños y mi infancia con sus palabras vacías. Y aun así soy una de las afortunadas. La gente sufre. La gente muere. Ecosistemas enteros colapsan. Estamos al comienzo de una extinción masiva, y de lo único que hablan es de dinero y cuentos de hadas sobre un crecimiento económico eterno. ¿Cómo se atreven?!

Reconocer esta responsabilidad no implica caer en un enfrentamiento generacional simplista, sino en un ejercicio de honestidad política. Si queremos transformar el modelo, es imprescindible identificar correctamente sus causas y sus agentes. ¿El avance de la ultraderecha es responsabilidad de los jóvenes que les votan o es responsabilidad de los hombres privilegiados que crean partidos ultraconservadores o que poseen empresas que los financian y les dan altavoz?

La lucha contra el capacitismo, una de las perspectivas que amplían la mirada feminista de las nuevas generaciones
© Editorial Imperdible.



Las jóvenes articulan luchas diversas: feministas, ecologistas, antirracistas y de justicia global

Juventud como sujeto político y agente transformador

Frente a los discursos que desprecian o subestiman a la juventud, es necesario reivindicar su capacidad ética, política y transformadora. Las jóvenes de hoy no son apáticas ni indiferentes. Al contrario, están profundamente implicadas en la construcción de un mundo más justo, aunque lo hagan desde coordenadas distintas a las de generaciones anteriores.

Su sensibilidad hacia los cuidados, su conciencia ecológica, su capacidad para conectar luchas diversas y su habilidad para generar nuevas formas de participación política son cuestiones fundamentales en un contexto de crisis múltiple.

Aunque agradezco enormemente a todas las generaciones anteriores que lucharon, reflexionaron y de las que he aprendido enormemente, no puedo dejar de reconocer que lo que sé de anticapacitismo lo he aprendido de la activista joven Itxi Guerra o que por medio de TikTok he entrado en contacto con testimonios de mujeres jóvenes que han sufrido racismo, violencia de género, precariedad laboral, acoso callejero y un sinfín de opresiones y violencias más.

Esto no significa idealizar ni homogeneizar a la juventud. Como en cualquier grupo social, existen tensiones, contradicciones y conflictos. Pero reducirla a sus expresiones más reaccionarias es inexacto y profundamente injusto. Cuando hablamos de

juventud, parece que nos referimos a una única cosa, pero en realidad es un segmento poblacional tremendamente diverso. No es lo mismo ser un joven, que una joven, que una joven. No es lo mismo ser un joven de clase obrera que un joven privilegiado. No es lo mismo ser un joven blanco que ser un joven negro. Y así hasta el infinito.

Por ejemplo, cuando nos fijamos en la intención de voto de la juventud en el estado español, los datos del CIS no muestran una juventud mayoritariamente reaccionaria, como quizás se podría pensar, sino muy polarizada y con una brecha de género muy marcada. Mientras que los hombres jóvenes presentan mayores niveles de apoyo a opciones conservadoras, las mujeres jóvenes se sitúan en posiciones más progresistas. De hecho, en su conjunto la juventud sigue inclinándose hacia valores igualitarios.

Quizás el desafío no sea tanto “activar” a la juventud, como aprender a escucharla. Hay que reconocer que está diciendo cosas importantes, aunque no siempre lo haga en los lenguajes o formatos esperados. Aceptar que los modelos del pasado no son necesariamente los más válidos para el presente.

En un momento en el que el futuro parece cada vez más incierto, las jóvenes no solo están imaginando alternativas: están empeñando a construir las. Y en ese proceso, el ecofeminismo no es una etiqueta más, sino una brújula que orienta hacia una forma distinta de estar en el mundo.

Las nuevas generaciones feministas impulsan una mirada transformadora que cuestiona el patriarcado y conecta la lucha por la igualdad con otras formas de justicia social
© Amigas de la Tierra.

ECOFEMINISMOS PARA REPENSAR LAS ORGANIZACIONES AMBIENTALES

CRISTINA ALONSO SAAVEDRA, Amigas de la Tierra
SUSANA MILLÁN HURTADO, Ecologistas en Acción
NEREA RAMÍREZ PIRIS, Greenpeace España-Portugal
MERITXELL BENNASAR, SEO BirdLife
AMAYA SÁNCHEZ Y BEATRIZ NIETO, WWF



Las organizaciones ambientales defienden que la transición ecológica debe avanzar de la mano de la equidad, los cuidados y la justicia climática. Manifestación 8M en Madrid ©Greenpeace.

Página anterior:
Activistas en un Campamento ecofeminista en Colombia
© Diana Rei Melo / Greenpeace

Las principales organizaciones ecologistas españolas reivindican los ecofeminismos como herramienta para transformar no solo las campañas ambientales, sino también sus formas de gobernanza, liderazgo y toma de decisiones, incorporando los cuidados, la diversidad y la justicia social como ejes de la transición ecológica.

El prisma ecofeminista permite entender la destrucción de la naturaleza y alumbrar propuestas con la luz que llega tras atravesar diferentes lentes. Las organizaciones ambientales llevan décadas aportando análisis y evidencias de esta destrucción, denunciando y promoviendo soluciones, ejerciendo presión política para que esas soluciones avancen y lanzando mensajes de concienciación y respeto por el planeta a la sociedad. Todo ese trabajo, imprescindible para asegurar la supervivencia de la humanidad, no siempre ha venido acompañado de una lectura crítica, entendimiento o visibilización de las raíces profundas de los problemas ambientales o de las relaciones entre estos y otras cuestiones como las desigualdades, el colonialismo o la violencia hacia las mujeres.

En los años 70, la escritora y activista Francoise d'Eaubonne usó por primera vez este término, ecofeminismo, para referirse a esta vinculación, la que tiene que ver con la destrucción del planeta y con las violencias ejercidas por el patriarcado. Las prácticas ecofeministas ya se llevaban a cabo desde hacía mucho antes, sobre todo en el sur global, pero es desde entonces cuando el movimiento ecofeminista occidental se construye

como una corriente de pensamiento y activismo que analiza desde una visión crítica el sistema social actual. Hoy, preferimos hablar de ecofeminismos, en plural, pues son muchos y diversos los activismos que se declaran ecofeministas y también diversas las corrientes de pensamiento que lo abordan. Los ecofeminismos formulan nuevas formas de reorganización social, económica y política como alternativa al sistema económico capitalista que, para mantener los intereses de los más privilegiados, somete a los seres humanos y al resto de seres vivos y promueve un estilo de vida hegemónico altamente insostenible además de desconectado de la naturaleza.

En *Cambiar las gafas para mirar el mundo*, libro escrito y editado por Ecologistas en Acción en 2011, ya se apuntaba a la necesidad de revisar de forma profunda las bases culturales que han permitido y permiten tanta destrucción y violencias y de construir de forma colectiva una nueva cultura de la sostenibilidad de la vida como vía para afrontar la crisis ecosocial. Los ecofeminismos nos proveen de esas lentes, de esas gafas. La activista ecologista y referente ecofeminista Yayo Herrero, plantea en su último ensayo, *Metamorfosis*, que

las miradas ecofeministas configuran una cosmovisión que ilumina prioridades y proporciona brújulas capaces de ligar territorio con necesidades humanas, vulnerabilidad y límites tanto humanos como ecológicos a la vez que ponen la atención o se hacen cargo del mantenimiento de las vidas concretas.

Este poner la atención a la vez en los procesos globales, técnicos y políticos y en las vidas cotidianas y concretas que tienen las personas y comunidades en los territorios, es uno de los aportes clave que el ecofeminismo aporta al ecologismo en general y a las organizaciones ambientales en particular: ¿cómo y quién sostiene las vidas y los territorios devastados por la DANA?, ¿cómo enlaza la transición energética que proponemos con el sostenimiento cotidiano de todas las vidas en condiciones de dignidad?, ¿qué tiene que ver nuestra concepción de justicia climática o de reparación de daños con la que puedan tener otros pueblos conectados de otra forma a la naturaleza y al territorio? Estas y otras similares deberían ser preguntas esenciales para hacernos cuando se planifican campañas, se elaboran estrategias de incidencia política o se diseñan mensajes para nuestras audiencias. Para responderlas están los ecofeminismos.

Orígenes: sacar a la luz lo invisible

Son muchas las propuestas ecofeministas que pueden realizarse dentro de cualquier organización o colectivo, también en las organizaciones ambientales. Un buen punto de partida puede ser el de hacer revisión y memoria para poder reconocer. Reconocer todas las tareas que sostienen la organización es una de ellas y más adelante profundizaremos en ella. Visibilizar qué caracteriza a la estructura de toma de decisiones y por tanto por quiénes se suelen tomar y bajo qué parámetros es otra de las que también veremos a continuación.

Hacer memoria y rescatar la genealogía feminista puede ser otra propuesta. Sabemos que la historia ha sido mayoritariamente contada por hombres, o desde luego bajo una mirada profundamente patriarcal de lo que ocurre. Quiénes llevamos desde hace décadas en organizaciones ambientales hemos escuchado muchas veces anécdotas e historias sobre los primeros pasos, sobre los fundadores, sobre quiénes estaban allí en el momento en el que todo empezó a coger forma. En esos relatos nunca había mujeres y nos preguntábamos cómo podía ser eso en organizaciones en las que participaban y participamos tantas mujeres. En Greenpeace España se hizo hace unos años el proceso de recuperación de esta genealogía feminista y se descubrió que, por supuesto, distintas mujeres activistas fueron cruciales para que la primera misión en barco de la organización para parar las pruebas nucleares de Amchitka fuera un éxito y el inicio de lo que la organización es hoy a pesar de que en las fotos de esa travesía en barco no aparecía ni una sola mujer. En Ecologistas en Acción, por el 20 aniversario de la organización, se hizo también un ejercicio de visibilización de todas esas mujeres que estuvieron allí desde el principio, y cómo

han aportado para sumar a la movilización ecologista maneras de hacer más humanas y diversas. Hacer memoria siempre es un buen paso para caminar hacia los futuros que queremos.

Además, más allá de rescatar nombres propios de mujeres y su gran labor dentro de las organizaciones, una genealogía ecofeminista viene también a cuestionar las figuras individuales, el relato del héroe, el fundador o el líder. En organizaciones ambientales como las nuestras, todo éxito (y fracaso) es fruto de un trabajo colectivo. Para que algo eche andar, son necesarias muchas manos, cabezas y factores diversos que muchas veces no controlamos. Los ecofeminismos vienen también a darnos esa mirada colectiva: no se trata de tener grandes nombres en nuestras organizaciones, sino un grupo de personas que, gracias a la inteligencia colectiva, al ánimo mutuamente sostenido y a cuerpos dispuestos para la acción, logran un trabajo conjunto que no sería posible si cada una de ellas trabajase en solitario.

Los ecofeminismos formulan nuevas formas de reorganización social, económica y política



Culturas organizacionales ecofeministas

Vivimos en sociedades en las que los mandatos de género siguen operando cada día. En base a ellos, seguimos viendo en las encuestas del CIS que las mujeres siguen ocupando los puestos de trabajo vinculados a los sectores de cuidados o con menor reconocimiento social y económico o que son ellas quiénes dedican más horas al cuidado de la infancia y de las personas mayores de la familia. También que en las estructuras globales y regionales donde se toman las decisiones políticas y económicas, incluidas las ambientales, que luego afectan a nuestras vidas cotidianas, hay más hombres. Estos mandatos inevitablemente se cuelan en nuestras propias estructuras organizativas, pues somos parte de la sociedad. El primer paso es reconocerlo y es un paso muy importante. Muchas organizaciones ambientales, entre ellas las firmantes de este texto, llevan años recorriendo este camino de reconocimiento de lo que ocurre en sus culturas organizativas a la par que hacen incidencia para que más mujeres y voces más diversas tengan espacio en esos lugares globales de toma de decisiones.

Por culturas organizacionales ecofeministas entendemos aquellas culturas que visibilizan algunas de las claves que plantean los ecofeminismos. Entre ellas, que somos

seres interdependientes y necesitados de cuidados de otras personas. Bajo esta clave pueden desarrollarse políticas de conciliación y de cuidados que acojan los diferentes momentos y procesos por los que pasamos las personas (duelos, enfermedades, cuestiones vinculadas a la salud mental, requerimientos de ciclos vitales como la menopausia, la menstruación o simplemente el hacerse mayor).

Reconocer todas las tareas que sostienen la organización, escucharnos, conocer nuestros ritmos, conocernos y reconocernos entre nosotras ha sido clave en el trabajo de estas organizaciones. Los cuidados son la base de la vida, y nos dimos cuenta de la necesidad de ponerlos en valor dentro de la organización, de ser conscientes de la carga que llevamos y de las dificultades para separar lo profesional de lo personal, más en organizaciones como las nuestras donde la parte vocacional está tan presente. Frente a esto, Amigas de la Tierra o Ecologistas en Acción se han dotado de protocolos de cuidados y de espacios para la escucha que escapan de las lógicas productivistas.

Otra clave sería la de dar importancia a la diversidad. Diverso es el mundo que habitamos y las redes que conforman el mundo natural y es esa diversidad la que nos dota de la complejidad necesaria para responder a los cambios. Necesitamos estructuras organizativas que acojan la diversidad de

Las miradas ecofeministas ligan el territorio con las necesidades humanas y los límites ecológicos



Los ecofeminismos sitúan las necesidades de las personas y los límites del planeta en el centro de la transición energética. Campaña Tomemos la Energía © Luciaganphoto / Amigas de la Tierra



Desde Vancouver la tripulación del Phyllis Cormack sale para protestar contra las pruebas nucleares en Amchitka en enero de 1971 y en la que no aparece ninguna mujer © Greenpeace / Robert Keziere

saberes sin jerarquizarlos en más o menos importantes, la diversidad de orígenes y de trayectorias vitales como un enriquecimiento de la mirada colectiva, y la diversidad de formas de hacer como una potencialidad para explorar nuevas vías de actuación.

También forma parte de una cultura organizacional ecofeminista la redistribución y el reconocimiento del papel de todos los trabajos para el sostenimiento de las organizaciones. Es por eso por lo que nuestras organizaciones establecen horquillas salariales para que no haya grandes diferencias entre el menor y el mayor salario, o en otras, directamente, no existen diferencias salariales. Lo mismo debe ocurrir con la distribución del poder y para ello en ocasiones nos dotamos de coordinaciones rotativas o de modelos menos centralistas a nivel global para que las oficinas del Norte Global tengan la misma voz que las del Sur Global a la hora de establecer las campañas o de dotar de presupuesto a las regiones con

menos recursos económicos.

Una cultura organizacional ecofeminista también sería aquella que aborda el conflicto de maneras constructivas, menos punitivistas y buscando vías para el reconocimiento y la reparación, como defendemos que debe abordarse la justicia climática. Establecer modelos de escucha a las personas trabajadoras y activistas, protocolos de justicia restaurativa o procesos de integridad para abordar casos de acoso laboral o sexual son herramientas de las que nos hemos ido dotando las organizaciones ambientales y que seguimos mejorando día a día.

Y por supuesto, desarrollar una cultura del intercambio y del diálogo con otras. Bajo esta premisa, intercambiamos protocolos, políticas y aprendizajes en los distintos espacios de coordinación de los que nos vamos dotando para aprovechar toda la experiencia acumulada en el cambio de nuestras culturas organizativas.

Las narrativas deben contribuir a construir una cultura de paz y de respeto por la naturaleza



Panel de mujeres sobre sistemas alimentarios sostenibles.
Índice Planeta Vivo © WWF España

De la revisión de estructuras a la realización de campañas

A la hora de llevar a cabo nuestra actividad, los ecofeminismos nos requieren ampliar la mirada más allá de lo ambiental. La Naturaleza deja de ser aquello prístino e intocable que queda más allá de lo humano cuando entendemos que somos parte de ella y que, como el resto de los seres vivos, somos ecodependientes, es decir, dependemos del resto de seres y del entorno. El objetivo no es únicamente eliminar nuestros impactos en la naturaleza o intentar no afectarla, sino ir más allá: cuestionar el papel que las sociedades occidentales han dado al ser humano como ente superior y recolocarnos dentro de la red de la vida.

Esta visión trae varios aspectos importantes. El primero es que dejamos de ver la naturaleza desde un prisma exclusivamente conservacionista y dejamos de entender el territorio como un contenedor de cosas (un río, un bosque, un pueblo) para comenzar a entenderlo como un espacio de vínculos y de relaciones entre todo lo vivo, incluido lo humano. Trabajar desde las comunidades locales, aunque parezca algo básico, no siempre

ha estado en el foco del ecologismo blanco.

En algunas áreas esto es especialmente relevante, como en el caso de la protección de la biodiversidad y el trabajo vinculado a ello en torno a la pesca y la agricultura. Cuando se profundiza con una mirada ecofeminista en estos sectores, puede verse que el maltrato a los suelos, a los ríos, a los acuíferos o a los océanos forma parte de un *modus operandi* basado en la destrucción de la vida con el único objetivo de maximizar el beneficio de las explotaciones agrarias o pesqueras. Bajo ese mandato se niegan derechos o directamente se maltrata a trabajadores y trabajadoras, especialmente a mujeres y a personas migrantes. Las organizaciones ecologistas defendemos sistemas alimentarios y políticas agrarias que funcionen bajo criterios de equidad y justicia y defendemos que, sin estas premisas, nunca podrán ser considerados sistemas o políticas sostenibles o verdes.

Desde el liderazgo de mujeres del medio rural, WWF España y SeoBirdlife trasladan la mirada ecofeminista en su estrategia de trabajo en agricultura y desarrollo rural, ya sea desde la acción política, como en proyectos en campo, la gestión de equipos o la comunicación. Por ejemplo, las organizaciones de

mujeres son una pieza clave de las alianzas en las que trabajan tanto SeoBirdlife como WWF, como ocurre con FADEMUR en el Foro Acción Rural (FAR) y Ganaderas en Red en la Coalición Por Otra PAC. Alianzas en las que demandan que las políticas atiendan a las necesidades específicas de las mujeres en el medio rural, promoviendo la igualdad de género y la justicia social en el sector de la agricultura.

Ocurre de la misma manera en el sector pesquero, creando lazos y sinergias con organizaciones de mujeres para fortalecer el trabajo en red y una visión compartida de los océanos, a la vez que se fomenta una cultura del cuidado, la justicia climática, la defensa de la biodiversidad y la vida frente al mero beneficio económico o del conocimiento y saber local tradicional de las mujeres en el mar. WWF considera en su trabajo de incidencia la necesidad de terminar con las desigualdades en el acceso y la gestión de los recursos y a la gobernanza, tanto en nuestras propias comunidades costeras como en otros países de Latinoamérica, Norte de África, océano Índico o el sur de Europa. Para ello, el trabajo de incidencia se eleva hasta la Convención sobre la Diversidad Biológica

(CDB) y la CMNUCC impulsando la participación efectiva de mujeres de pueblos indígenas y comunidades locales, integrando enfoques de derechos humanos y justicia climática.

El papel de la mujer no se limita al sector extractivo (pescadoras y mariscadoras), es también particularmente importante en la gerencia de sus organizaciones profesionales, el sector transformador, comercializador y minorista, las rederas, la investigación pesquera y marina, la inspección pesquera y seguimiento (observadoras pesqueras) o las organizaciones de la sociedad civil. Promueven el buen gobierno, la participación inclusiva, la no discriminación, la transparencia y la rendición de cuentas; en definitiva, modelos más justos, democráticos y resilientes que permitan avanzar en la transición eco-social de los sistemas pesqueros y comunidades costeras alrededor del mundo.

En otros ámbitos, como en el energético, campo central de trabajo para abordar

el cambio climático, también es necesario añadir claves ecofeministas de análisis y de acción. La última propuesta energética de Greenpeace para la península ibérica, Energía para Vivir Mejor, parte de una pregunta básica realizada en clave ecofeminista: ¿Cómo hacemos una transición energética que nos permita a todas las personas satisfacer nuestras necesidades dentro de los límites del planeta y sin dañar a otros? Bajo esta premisa, se hace necesario abordar cuestiones como la suficiencia, la redistribución o el establecimiento de prioridades (¿necesitamos producir energía, aunque sea de forma renovable para la industria militar, por ejemplo?). En este mismo sentido, en Amigas de la Tierra, fruto de estos planteamientos más ecofeministas, han desarrollado los 10 principios clave para una transición energética justa y feminista, y Ecologistas en Acción ha planteado la necesidad de una transformación industrial en clave ecofeminista en su posicionamiento “Industria para la vida”.

Necesitamos estructuras organizativas que acojan la diversidad de saberes sin jerarquizarlos



Narrativas y mensajes para la sostenibilidad de la vida

El sistema y el statu quo que destruye lo que nos mantiene vivos se mantienen en base a narrativas que están profundamente instaladas en nuestras cabezas. Las narrativas son el medio por el que se va transmitiendo la cultura y por tanto, el paradigma o marco desde el que hablamos debe ser capaz de aportar a la construcción de una narrativa diferente que permita una cultura de paz y de respeto a la naturaleza.

Las narrativas tienen una parte visible (los mensajes, las imágenes...) y una parte oculta relacionada con los valores que subyacen a los mensajes. Para terminar, invitamos a otras organizaciones, ambientales o de cualquier ámbito, a preguntarse qué cambios profundos y qué valores promovemos con lo que hacemos y cómo estos facilitan una forma de estar en el mundo que, en palabras ecofeministas, no le declare la guerra a la vida.

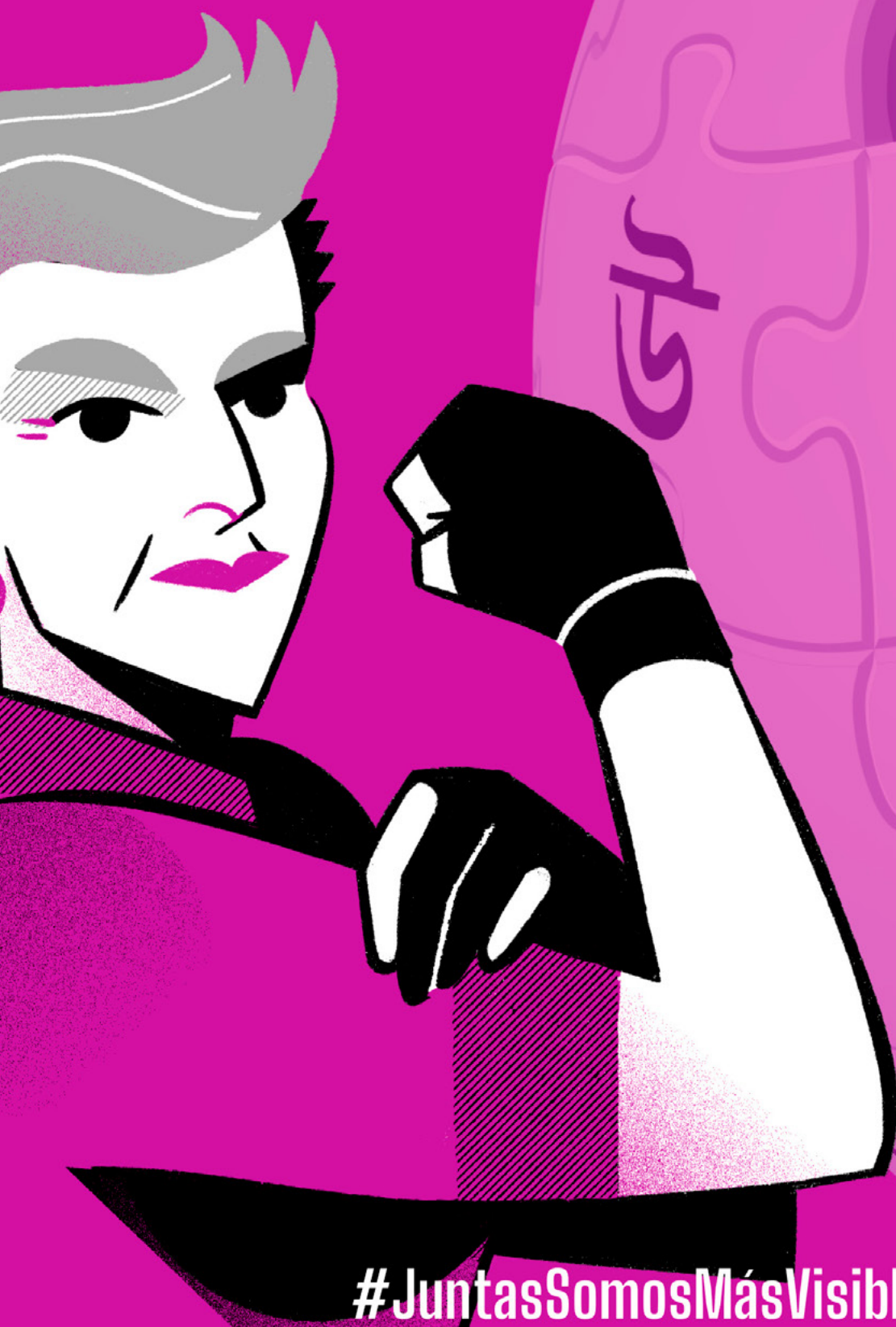
En enero de 2025, en un encuentro ecofeminista en Latinoamérica en el que participaron cerca de un centenar de mujeres, muchas de ellas procedentes de pueblos originarios e indígenas, emergieron, entre otras muchas cosas, algunas de las preguntas que podemos hacernos para alumbrar narrativas transformadoras. ¿Qué sentidos comunes promueven las historias que contamos?, ¿son los mismos que promueven las historias que nos rodean y que afianzan desigualdades y destrucción de la vida?, ¿qué tipo de personas hablan en nuestras historias y desde dónde?, ¿se construyen nuestras historias afianzando el modo de ser y estar occidental como si fuera el único existente?

En nuestro quehacer ecofeminista hemos ido descubriendo que esos sentidos comunes transformadores, esos que cambian las reglas que hoy siguen destruyendo el planeta, tienen que ver con lo comunitario, con la generación de vínculos con el territorio, con la politización de los malestares (y de los bienestar), con la belleza, con la diversidad de sujetos en los que se pone la posibilidad de transformar y con nuestra capacidad colectiva para ser capaces de imaginar futuros buenos dentro de los límites del planeta y en los que entremos todas las personas. Y es en esta dirección, que a su vez son muchas y diversas, hacia donde queremos seguir caminando juntas, desde un trabajo en nuestras organizaciones basado en estos principios ecofeministas que permita crear en el presente retazos tangibles del futuro ecofeminista que deseamos para todas.

Los ecofeminismos plantean que la crisis ecológica y las desigualdades sociales tienen raíces comunes y deben abordarse de forma conjunta © Ecologistas en Acción



WIKIESFERA
GRUPO DE USUARIAS



#JuntasSomosMásVisibles

CERRAR LA BRECHA DIGITAL

Cómo documentar a científicas
y ambientalistas en Wikipedia

PATRICIA HORRILLO GUERRA

Fundadora de Wikiesfera

La enciclopedia más consultada del mundo también tiene una brecha de género. Wikiesfera lleva diez años trabajando para cerrarla dando visibilidad a las mujeres que faltan.

Wikipedia cumple 25 años en 2026 convertida en uno de los recursos de información más consultados del planeta. Cada día, millones de personas acuden a ella para resolver dudas, ampliar conocimientos o simplemente saciar la curiosidad del momento. Es, en muchos sentidos, el primer borrador colectivo del conocimiento humano. Y, sin embargo, ese conocimiento no es neutral ni representativo de toda la humanidad.

Detrás de cada artículo hay alguien que lo escribe, lo edita, decide qué fuentes merecen citarse y qué voces tienen derecho a existir en sus páginas. Y esas personas, mayoritariamente, son hombres. Diferentes estudios estiman que las mujeres representan tan solo alrededor del 13% de las personas que editan Wikipedia de manera activa. El resultado es predecible: las biografías de mujeres apenas alcanzan el 20% del total de los artículos biográficos, y los temas vinculados a la experiencia femenina (salud reproductiva, educación, historia de las mujeres) siguen estando sistemáticamente subdesarrollados.

Pero la brecha no es solo cuantitativa. Cuando existen, los artículos sobre mujeres presentan patrones preocupantes: se destacan más sus vínculos afectivos y familiares que sus aportaciones y tienen más probabilidades de ser eliminados por supuesta

falta de relevancia. En términos simbólicos, las mujeres y sus contribuciones al mundo siguen situándose en los márgenes de la enciclopedia, pese a ser un proyecto que se presenta como universal.

Las causas de esta desigualdad no son accidentales: son estructurales. Wikipedia nació en 2001 de una comunidad online predominantemente masculina, en la intersección entre la cultura del software libre y ciertos entornos de internet hostiles a la presencia de mujeres. Esa herencia cultural no ha desaparecido. Hoy se manifiesta en normas de neutralidad y relevancia que, aplicadas sin perspectiva de género, penalizan sistemáticamente los saberes y trayectorias de las mujeres. Se manifiesta también en dinámicas de acoso que empujan a muchas editoras a abandonar o a intentar pasar desapercibidas para no tener confrontaciones.

Todo esto importa porque importa qué se sabe, quién lo sabe y desde dónde se cuenta. Una enciclopedia que excluye a la mitad de la humanidad no es solo incompleta: activamente perpetúa una visión del mundo sesgada. Y cuando esa enciclopedia es la primera fuente de consulta para estudiantes, investigadores, periodistas y ciudadanía en general, el problema deja de ser anecdótico para convertirse en una cuestión de justicia epistémica.

Wikiesfera impulsa la participación de mujeres en la construcción del conocimiento libre
© Ilustración de Carla Berrocal (@pintamonas)

Wikiesfera, diez años escribiendo historia desde el feminismo

En este contexto nació Wikiesfera. En 2015, cuando Patricia Horrillo trabajaba como investigadora en el espacio de cultura digital Medialab Prado de Madrid, empezó a explorar una pregunta que parecía sencilla pero que tenía mucho calado: ¿por qué tan pocas mujeres editan Wikipedia? Lo que descubrió en las primeras sesiones abiertas que organizó no fue solo una brecha técnica sobre cómo abordar la edición en sí (redactar, insertar referencias, crear la estructura de un artículo...) sino algo más profundo e íntimamente conocido por muchas mujeres: un sentimiento de falta de legitimidad para escribir la historia.

No se trataba de que no supieran usar la tecnología. Se trataba de que el sistema, la escuela, la familia, la cultura, les había enseñado durante toda la vida que la historia la escriben otros. Que su conocimiento no era suficientemente válido, suficientemente serio o experto, suficientemente enciclopédico.

De aquella constatación nació una pedagogía feminista que es el núcleo de todo lo que ha construido Wikiesfera desde

entonces y que consiste en aprender a editar Wikipedia como metáfora de apropiación del conocimiento, del reconocimiento como sujeto legítimo de la historia. No es casual que la primera editatona —término que feminiza “editatón” y que el grupo contribuyó a extender— se diseñara no como un taller técnico, sino como un ejercicio de empoderamiento colectivo. Al final de la jornada, todas las participantes publicaban su artículo. Todas. El aplauso del grupo al ver el trabajo publicado era, y sigue siendo, uno de los momentos más potentes de la experiencia.

Desde aquella primera editatona en 2015 hasta hoy, Wikiesfera ha recorrido un camino que combina rigor, cuidado y alegría. En 2018, la Fundación Wikimedia lo reconoció como grupo oficial de usuarias, lo que le permitió acceder a financiación, usar las marcas de Wikimedia y establecer convenios con instituciones públicas y privadas. Desde entonces, el proyecto no ha dejado de crecer: ha organizado más de 185 editatonas y campañas en las que han participado más de 2.800 personas (un 90% mujeres) y se han publicado cerca de 3.800 artículos.

Pero más allá de los números, lo que distingue a Wikiesfera es su modelo:

presencialidad como principio metodológico, horizontalidad en la toma de decisiones, acompañamiento constante a las nuevas editoras y un cuidado explícito de la dimensión afectiva y comunitaria. Las reuniones semanales en Madrid llevan una década siendo el corazón del proyecto. Un espacio donde se aprende, se debate y también se sale a tomar algo después, porque los vínculos humanos son tan importantes como los artículos publicados.

El modelo ha demostrado ser replicable. Wikiesfera cuenta hoy con nodos territoriales en Aragón, Galicia y Asturias, y ha colaborado con más de 190 organizaciones. En 2024, el periódico The Guardian publicó un reportaje sobre el grupo que tuvo repercusión en medios de Grecia, Polonia y China. Ese mismo año, Wikiesfera recibió el Lovie Award en la categoría de Special Achievement, uno de los premios europeos más prestigiosos en el ámbito de la cultura digital. En marzo de 2025, su fundadora Patricia Horrillo fue invitada a intervenir en el acto institucional del 8M en el Museo del Prado, en una mesa redonda sobre feminismo y reacción ultraconservadora, ante la presencia del presidente del Gobierno.



Las editatonas de Wikiesfera combinan formación, trabajo colaborativo y acompañamiento para incorporar nuevas voces a Wikipedia

Las mujeres son minoría entre quienes editan y aparecen en Wikipedia



Patricia Horrillo, fundadora de Wikiesfera, en primer plano durante una actividad del grupo

Mujeres en energía y medioambiente

La trayectoria de Wikiesfera ha ido abriendo puertas a colaboraciones institucionales cada vez más ambiciosas. En 2024, el Ministerio para la Transición Ecológica y el Reto Demográfico se convirtió en uno de sus socios más relevantes, al impulsar conjuntamente el proyecto titulado “Desarrollo de contenidos de medioambiente y energía con perspectiva de género en Wikipedia”.

La propuesta partía de una observación evidente para cualquiera que se tome unos minutos en explorar Wikipedia: las mujeres que han contribuido decisivamente a la ciencia medioambiental, a la lucha contra el cambio climático, a la política energética o a la conservación de la biodiversidad son prácticamente invisibles en la enciclopedia. Sus nombres no aparecen o aparecen en artículos escuetos, mal referenciados, sin la profundidad que merecen sus trayectorias. Y sin embargo, hay científicas, activistas, investigadoras, divulgadoras y gestoras públicas cuya obra

ha cambiado la manera en la que entendemos el planeta y nuestra relación con él.

El proyecto tenía un doble objetivo. Por un lado, visibilizar en Wikipedia a mujeres relevantes en los campos de la energía y el medioambiente: crear artículos nuevos, mejorar los existentes, añadir fotografías, completar fichas de datos. Por otro, y esto es igualmente importante, formar a nuevas editoras provenientes de organizaciones especializadas en estos sectores, creando un grupo de trabajo estable que pueda seguir generando contenido de manera autónoma más allá del proyecto.

Esta segunda dimensión, la formativa, es clave en el modelo de Wikiesfera. No se trata solo de producir artículos, sino de construir comunidad. De que las personas que trabajan cada día en energías renovables, en conservación de ecosistemas o en políticas climáticas tengan las herramientas y la confianza para documentar su propio campo en la mayor enciclopedia del mundo. De que el conocimiento experto que existe en las organizaciones del sector encuentre el camino hasta Wikipedia.



Wikiesfera lleva diez años visibilizando a las mujeres que faltan en Wikipedia

**Tres editatonas, seis formaciones,
85 artículos**

Desde su comienzo en septiembre de 2024 y hasta su finalización en abril de 2025, el proyecto desarrolló nueve actividades: tres editatonas presenciales y seis módulos de formación virtual. La primera editatona se celebró el 26 de octubre de 2024 en la Fundación Biodiversidad, en Madrid, con el apoyo del propio Ministerio para la gestión del espacio. La segunda tuvo lugar el 25 de enero de 2025 en la sede de Greenpeace España, también en Madrid. Y la tercera y última se celebró el 5 de abril de 2025 en La Térmica Cultural de Ponferrada, llevando el proyecto más allá de la capital.

El programa formativo virtual, desarrollado entre noviembre de 2024 y marzo de 2025, recorrió todos los aspectos del proceso editorial en Wikipedia: qué es y cómo funciona la enciclopedia, cómo redactar y publicar artículos, cuáles son las políticas y normas que rigen la edición, cómo identificar las brechas de contenido existentes y cómo mantener y

mejorar los artículos tras su publicación.

Los resultados hablan por sí solos. En las tres editatonas presenciales participaron 78 personas (98% de mujeres), con 47 usuarias únicas que se han sumado por primera vez a la comunidad editora. Las formaciones virtuales han contado con la participación de 19 editoras. En total, el proyecto ha generado 85 artículos nuevos en Wikipedia en español (54 creados desde cero y 31 traducidos de otras ediciones lingüísticas), ha mejorado más de 160 artículos existentes y ha subido 10 imágenes al repositorio libre Wikimedia Commons.

Detrás de estas cifras hay historias concretas. Hay científicas del CSIC cuya obra sobre biodiversidad ahora tiene artículo propio. Hay activistas climáticas que han pasado décadas luchando en primera línea y que por primera vez tienen presencia en la enciclopedia. Hay conceptos y organizaciones del sector energético y ambiental que antes no existían en Wikipedia en español y ahora están documentados con rigor y con fuentes contrastadas.

**El proyecto de Wikiesfera y el MITECO busca
aumentar la presencia en Wikipedia de mujeres
vinculadas a la energía y el medioambiente.**



**La mirada feminista conecta distintas luchas contra las desigualdades
y propone nuevas formas de participación política.**

Importancia más allá de Wikipedia

Podría pensarse que hablar de Wikipedia es hablar de algo secundario, un detalle menor en el contexto de los grandes retos de la transición ecológica o de la igualdad de género. Nada más lejos de la realidad. Wikipedia no es solo una enciclopedia: es infraestructura de conocimiento. Es la fuente que alimenta a los asistentes de inteligencia artificial cuando alguien pregunta sobre una científica. Es la primera referencia que aparece en los buscadores cuando estudiantes de todo el mundo buscan información sobre energía solar o sobre cambio climático. Es el punto de partida desde el que se construyen otros saberes.

Si las mujeres que han contribuido decisivamente al conocimiento medioambiental no están en Wikipedia, en la práctica no existen para una parte muy amplia de la humanidad que aprende a través de la red. Si los conceptos, las organizaciones, los hitos del activismo ambiental protagonizados por mujeres no están documentados en la enciclopedia libre, ese conocimiento queda fuera del circuito principal de la información global.

Hay también una dimensión de justicia epistémica que no puede soslayarse. Durante siglos, la historia del conocimiento científico y de la acción política ha sido contada desde una perspectiva mayoritariamente masculina, blanca y occidental. Esa perspectiva se ha presentado como objetiva y universal, borrando de la narrativa a las personas y comunidades que no encajaban en el molde. Wikipedia reproduce ese patrón, pero también (y esto es lo que hace fascinante a la propia plataforma) puede ser un espacio para revertirlo.

La enciclopedia libre tiene una característica que la distingue de la mayoría de los medios de producción de conocimiento: en principio, cualquiera puede editarla. Esa apertura tiene sus problemas, y los estudios sobre la brecha de género los han documentado con detalle, pero también encierra una posibilidad genuina de transformación. Si se crean las condiciones adecuadas, si se acompaña a las personas que tienen conocimiento, pero no confianza, si se trabaja para que los espacios de edición sean seguros y acogedores, Wikipedia puede convertirse en una herramienta real de democratización del conocimiento.

Eso es exactamente lo que lleva diez años haciendo Wikiesfera. Y lo que puso en marcha, junto al Ministerio para la Transición Ecológica y el Reto Demográfico, en el campo de la energía y el medioambiente.

Wikiesfera y el MITECO unen esfuerzos para visibilizar a mujeres de la ciencia ambiental

Una comunidad que aprende junta

Una de las cosas que más sorprende a quienes se acercan por primera vez a una editatona (un maratón de edición en Wikipedia con perspectiva de género) de Wikiesfera es comprobar que no se parece demasiado a un taller técnico convencional. Aunque se invita a una experta para que ponga un contexto feminista sobre la temática que se va a trabajar, una vez terminada la charla y colocadas delante de las pantallas, se rompe la dinámica profesor-alumno tradicional. Hay personas con conocimientos y experiencias muy distintas que se sientan juntas alrededor de una mesa para hacer algo concreto: documentar a mujeres que merecen estar en Wikipedia.

La metodología que ha desarrollado el grupo a lo largo de una década está diseñada para que todas las participantes, independientemente de su experiencia previa con la tecnología o con la escritura, puedan publicar su artículo al final de la jornada. Se trabaja en grupos pequeños, con fases temporizadas de búsqueda, redacción, inserción de referencias y publicación. Y al final, cuando el artículo aparece en la pantalla con su nombre propio en la enciclopedia, llega ese aplauso colectivo que, sesión tras sesión,

sigue siendo uno de los momentos más poderosos del proceso.

Ese momento importa porque el problema no era solo técnico. La barrera más alta no era aprender a usar los botones adecuados para citar o enlazar: era creer que una tenía el derecho y el conocimiento suficiente para escribir sobre algo. Esa barrera, la que existe tras la pregunta “¿quién soy yo para escribir la historia?”, es la que Wikiesfera lleva diez años derribando, con cada editatona.

El proyecto con el Ministerio para la Transición Ecológica y el Reto Demográfico ha añadido una dimensión nueva a esta experiencia. Las participantes que se han formado no son solo personas interesadas en Wikipedia: son profesionales, investigadoras, activistas y gestoras que trabajan cada día en el sector ambiental y energético. Tienen un conocimiento experto que la enciclopedia necesita. Y ahora tienen también las herramientas para trasladarlo a Wikipedia. Algunas de ellas pueden que ya estén formando, a su vez, a personas de sus propias organizaciones.

Así es como se construye una comunidad de conocimiento: no de arriba abajo, sino en red. No transfiriendo información, sino generando capacidad colectiva. No creando dependencia, sino autonomía.

La Fundación Biodiversidad acogió una de las editatonas del proyecto

Wikimania, es el encuentro internacional de la comunidad Wikimedia, que reunió en Katowice a editoras, editores y organizaciones de distintos países para compartir experiencias y trabajar por un conocimiento libre, abierto y más diverso



Lo que queda por hacer

A pesar de los avances, la brecha de género en Wikipedia sigue siendo enorme. Con las cifras actuales, se calcula que a este ritmo pasarían décadas hasta alcanzar una representación paritaria en la enciclopedia. El problema no se resolverá solo con editatonas ni con proyectos puntuales, por muy necesarios que sean. Requiere también cambios estructurales en las políticas y normas de Wikipedia, en los criterios de relevancia, en los mecanismos que hacen que los espacios de edición sean más o menos acogedores para diferentes personas.

Pero los proyectos como el de Wikiesfera con el Ministerio para la Transición Ecológica y el Reto Demográfico demuestran que otra forma de construir conocimiento es posible. Que cuando se combinan el saber institucional, el conocimiento experto de las organizaciones del sector y la metodología feminista y comunitaria de grupos como Wikiesfera, se produce algo

que va más allá de la suma de sus partes.

Se produce conocimiento situado: documentado desde la experiencia de quienes han vivido y trabajado en los temas que describen, con la perspectiva de quienes saben qué han aportado las mujeres a la ciencia ambiental porque llevan años trabajando a su lado. Un conocimiento que no pretende ser neutral en el sentido de fingir que no tiene perspectiva, sino que es honesto sobre desde dónde se habla y precisamente por eso es más completo y más justo.

Mientras existan artículos de Wikipedia sobre físicos nucleares y no existan sobre las mujeres que calcularon las trayectorias que hicieron posible la exploración espacial, mientras haya páginas extensas sobre economistas y apenas menciones a las teóricas del ecofeminismo que llevan décadas señalando la relación entre patriarcado y destrucción medioambiental, seguirá habiendo trabajo por hacer. Wikiesfera lleva diez años haciéndolo, y piensa seguir.

Científicas y activistas ambientales ganan espacio en la enciclopedia libre



ANÉCDOTAS DE UNA EDITORA DE WIKIPEDIA

Mujeres y hombres visibilizando a científicas y ambientalistas

SUSANA CLIMENT DEL CASTILLO

Vocal Asesora en el Gabinete del Subsecretario
Ministerio para la Transición Ecológica y el Reto Demográfico

Wikiesfera convirtió a un grupo de 20 profesionales en editoras de Wikipedia para visibilizar a mujeres del ámbito de la energía y el medioambiente.

Dice la neurocientífica Nazareth Castellanos que aprendemos con las emociones, que la emoción es un fijador de la memoria: así, cuando una emoción es intensa, el cerebro refuerza los circuitos neuronales, haciendo que lo aprendido perdure más. Esto explicaría, por ejemplo, que nos cueste más recordar una clase magistral aburrida y mucho menos una clase magistral salpicada de anécdotas divertidas sobre la materia en cuestión.

En este artículo quiero compartiros la experiencia de un grupo de 20 personas (empleadas públicas y representantes de ONGs medioambientales) durante 2024 y 2025 para convertirnos en editoras de Wikipedia, la enciclopedia más consultada del mundo, biografiando y visibilizando a mujeres relevantes vinculadas al medio ambiente y a la energía. Este proyecto lo desarrollamos de la mano de la Asociación Wikiesfera y los resultados cuantitativos del proyecto hablan por sí solos: 85 artículos publicados (54 de nueva creación y 31 traducciones) y más de 450.000 visitas contabilizadas hasta mediados de 2025 (creo que a ninguna de las 20 editoras de Wikipedia se nos ha leído tanto) y, detrás de estas grandes cifras, hay grandes anécdotas. Además de las doce horas de sesiones formativas, participamos en 3 maratones de edición o editatonas y el broche de oro de cierre del proyecto fue una mesa redonda en la que participaron 7 de las mujeres biografiadas: Mercedes Martín, Odile Rodríguez de la Fuente, Valvanera Ulargui, Marta Olazábal, Paca Baraza, Sara Correyero y Sonia Castañeda. Todo esto en la Wikipedia en español, porque, en la práctica, hay muchas Wikipedia: tantas como sus idiomas, es decir, más de 300. La más voluminosa (alberga más de 7 millones de artículos) es la Wikipedia en inglés, la Wikipedia en español tiene más de 2 millones de artículos. Aquí es donde hemos desarrollado este proyecto.

Apuntes para una alfabetización digital wikipedista

Quienes hemos criado a nativos digitales somos muy conscientes de las diferencias entre haber nacido en la era tecnológica y ser migrante digital proveniente de un mundo más analógico. Mi hijo aprendió a usar antes un iPad que cualquier otro dispositivo electrónico y la primera vez que accedió a un ordenador fue directo a tocar la pantalla (el teclado no le pareció relevante). Ahora bien, tanto nativos como migrantes digitales solemos adolecer de una competencia básica muy importante: la alfabetización digital, independientemente de nuestra edad.

Me gusta pensar que Wikipedia es esa herramienta en la que nativos y migrantes digitales nos podemos encontrar igual de a gusto y que aún lo mejor de cada mundo. Pero, el caso es que, siendo Wikipedia la enciclopedia más consultada del planeta, muy pocas personas saben cómo funciona.

Casi nadie sabe que detrás de Wikipedia está la Fundación Wikimedia, la organización sin ánimo de lucro que aloja la enciclopedia. Wikipedia está entre las 10 páginas más vistas del mundo, pero es la única de esas diez que está alojada por una entidad sin ánimo de lucro, y eso se nota. Los cinco pilares en los que se fundamenta Wikipedia son:

- Es una enciclopedia, pero una enciclopedia especial porque es colaborativa; los artículos que alberga son de la comunidad de editores, cualquiera puede contribuir en su edición y se edita de forma altruista (no se cobra por editar en Wikipedia). Puedes editar en Wikipedia desde casa, como hacía María Moliner cuando creó el Diccionario de Uso del Español.

- Ahora bien, esa “comunidad de editores” no es inmune a los sesgos de género que hay en todas las sociedades. En la versión de Wikipedia en español hay 5.000 personas editoras, de las que el 13% son mujeres. Y los

artículos sobre mujeres no llegan al 25% del total. Queda mucho por hacer (por editar).

- Busca un punto de vista neutral: los artículos pretenden recoger todas las perspectivas posibles existentes sobre un tema, de forma proporcional al peso de cada perspectiva. Es decir, no son artículos de opinión y todo debe estar documentado por fuentes secundarias que soporten la información que se da.

- Es de contenido libre: se rige por el Copyleft, un procedimiento de autorización de derechos de autor para un uso libre de los textos creados e imágenes empleadas siempre y cuando todas las obras derivadas se publiquen bajo los mismos términos de licencia. Es decir, los artículos que se crean en Wikipedia son propiedad de la comunidad Wikipedia.

- Se siguen unas normas de etiqueta basadas en el respeto, la buena fe y sin ataques personales. Este es el pilar que más sufre.

- No tiene normas fijas: Wikipedia tiene sus orígenes en el movimiento por el software libre, con orígenes menos estructurados y más simples. Pero tiene claras reglas del juego, entre las que destaco:

- La neutralidad: ya se ha indicado, pero conviene recalcarlo. Cada tema tiene un único artículo, no hay diferentes artículos para cada punto de vista; se pretenden recoger los distintos puntos de vista

relevantes en el mismo artículo, tarea complicada. Para asegurar la neutralidad, no puedes crearte tu propia biografía en Wikipedia,

- La relevancia: los artículos deben cubrir temas o personas relevantes. Y, ¿qué se considera relevante? Los sesgos de género y la socialización diferenciada no sitúan en la misma escala de valor a todas las personas, ni a todas las profesiones, ni a todos los perfiles, etc. Una de las pautas a la hora de biografiar a mujeres en Wikipedia es recoger, siempre, los premios que hayan recibido. La relevancia no se puede cuestionar en estos casos (si se ha llegado a cuestionar por un editor que consideraba que ser una “mera catedrática” no era mérito suficiente...).

- Código de conducta universal: aplica a todas las versiones de Wikipedia (a todos los idiomas) y establece el acoso y el doxxing como inaceptables. Este es el código de conducta: https://foundation.wikimedia.org/wiki/Policy:Universal_Code_of_Conduct

- La verificabilidad: todo debe estar referenciado mediante fuentes secundarias. Otra pauta para biografiar a mujeres: si no han recibido premios, pero no por ello dejan de ser relevantes, se aconseja aportar muchas referencias sobre su valía y trayectoria profesional, para

documentar bien la relevancia (y ya llegarán esos premios...).

El que sólo se usen fuentes secundarias en Wikipedia es una característica muy singular. Cuando contactamos con las 7 mujeres biografiadas para que participaran en la mesa redonda de cierre del proyecto, les pedimos a todas ellas que, si no lo habían hecho ya, leyeran sus perfiles en Wikipedia. Algunas echaban en falta datos o querían concretarlos.... ¿te puedo mandar una fotocopia del DNI para que concretes la fecha de nacimiento? La respuesta es No. No son artículos académicos, ni investigaciones originales, tampoco se trata de reproducir un currículum: son biografías de mujeres relevantes construidas a partir de fuentes secundarias, que pretenden poner en valor su trayectoria para su divulgación, en nuestro caso, en los ámbitos de la energía y el medioambiente. Es decir, aprendemos a editar para divulgar. En algunos casos, como la biografía de Mercedes Martín, fue muy difícil rastrear fuentes secundarias sobre su trayectoria profesional: una mujer meteoróloga, oceanógrafa y máster en física, con 3 reconocimientos públicos en su haber y que ha estado en la Antártida, pero cuya vida no profesional tiene más peso en esas fuentes secundarias.

Wiki significa rápido en hawaiano; Wikipedia es ágil, es un espacio de conocimiento colectivo, abierto, neutral, verificable y transparente.



Creer rodeados de tecnología no significa saber utilizarla de forma crítica y consciente. La alfabetización digital va mucho más allá de manejar dispositivos

El mayor archivo vivo y ejemplo de transparencia

A estos pilares fundamentales que definen cómo es Wikipedia, añadiría una de las características que más me llamó la atención aprendiendo a editar: la absoluta transparencia de la herramienta.

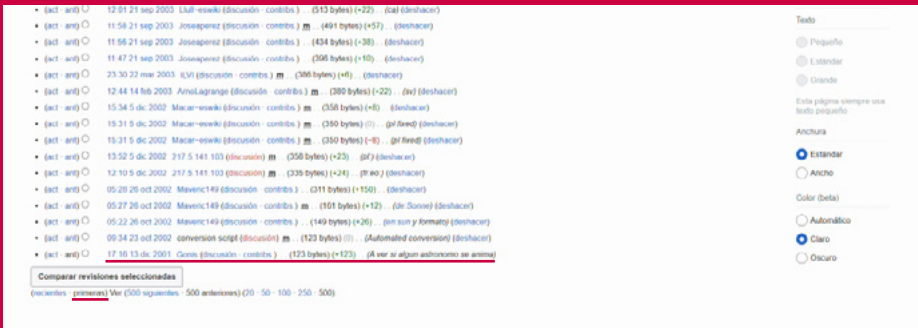
Wikipedia deja rastro de todos los pasos que se han seguido para crear un artículo: los perfiles o las cuentas que han editado el artículo, las contribuciones o modificaciones de éste y cuándo se ha producido. Y todos estos cambios, las versiones anteriores de los artículos y los perfiles que los han editado, todo, se puede consultar. En cada página de los artículos hay una pestaña “Ver historial”.

Os pongo el ejemplo de la página sobre la palabra “Sol” que vimos en la jornada de cierre del proyecto.

CONOCIMIENTO COLABORATIVO SOBRE LA PALABRA “SOL”



En la siguiente imagen se ve, tras pinchar en “Ver historial” y yendo a “primeras” versiones, cuándo se creó este artículo (el 13 de diciembre de 2001 a las 17h16) por el usuario “Gonis” que añadió el comentario “A ver si algún astrónomo se anima”.



Pinchando en la fecha de edición del artículo aparece la versión de entonces. La primera versión de este artículo es la siguiente.



Es un claro ejemplo de espacio de conocimiento colaborativo, de creación conjunta libre y gratuita y en el que nadie se apropia de los artículos, pero en el que las contribuciones quedan todas documentadas. Es, también, la memoria de internet y un archivo vivo cuya evolución puede seguirse en directo.

Solo el 13% de las personas editoras de Wikipedia en español son mujeres

El proyecto junto al MITECO permitió crear 85 artículos y superar las 450.000 visitas

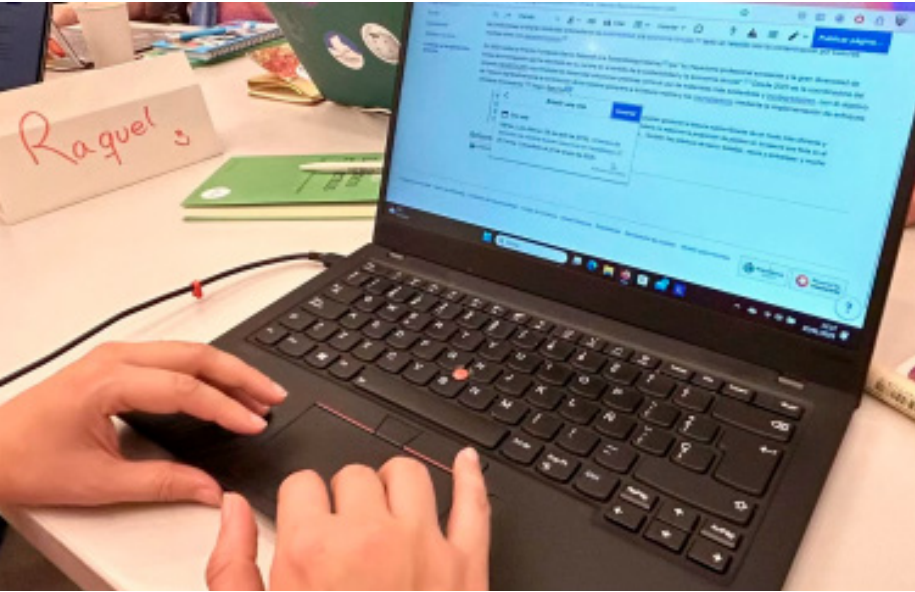
A lo único a lo que no se puede acceder siendo una usuaria o una editora “corriente” es a los artículos que se hayan borrado, pero sí al historial de borrados de Wikipedia, en el que se indica quién, cuándo y porqué se borró dicho artículo. Así, si bien cualquier persona puede ser editora de Wikipedia (y se puede editar desde cualquier dirección de IP sin haberse creado una cuenta o un perfil en Wikipedia), como en cualquier organización social hay también “especialistas” y perfiles con “superpoderes”. Sólo algunas personas tienen el superpoder de borrar y eliminar artículos. Son los perfiles que se conocen como “bibliotecarios/as” y también tienen el superpoder de bloquear a otros usuarios. De las 5.000 personas editoras de Wikipedia en español, hay 53 que tienen este perfil, de las que 6 son mujeres. Una de ellas es María Sefidari Huici, que forma parte de la Asociación Wikiesfera y que fue una de las formadoras en el proyecto.

Lo que se necesita para tener madera de editor/a

Para editar en Wikipedia solo se necesita acceso a un ordenador portátil y una buena conexión a internet: esto fue lo primero que nos explicaron desde Wikiesfera. De hecho, su propuesta era que una de las primeras actividades del grupo fuera una editatona... Así, en frío. Y así fue. Antes de empezar las sesiones formativas, empezamos, directamente, editando en Wikipedia.

Para ser editora de Wikipedia también tienes que saber buscar información (en aras de la relevancia, la verificabilidad... esas cosas) y ayuda mucho que te guste leer y que te guste escribir. Los textos bien escritos se comprenden y divulgan mejor. Además, también es importante subir fotos, no sólo escribir textos. Sólo el 20% de las biografías de mujeres en Wikipedia tienen fotos de las biografiadas: es importante completarlos con fotos porque, según nos explicaron, los artículos con fotos se leen más.

Los artículos de Wikipedia siguen unas convenciones mínimas que son supervisadas. Hay un manual de estilo y una convención sobre la estructura que deben seguir todos los artículos. Muy importante: crear enlaces desde nuestro artículo a otros artículos de Wikipedia. Y, también, tener en cuenta que cuando aparecen palabras en rojo es porque está pendiente de que alguien cree un artículo sobre ese tema. Algunos ejemplos: acción climática, pantanos de coníferas, ecología industrial, biomasa, autodepuración, etc. Wikipedia necesita perfiles de editores que sean científicos, ingenieros de caminos, ingenieros de montes, ambientalistas y técnicos que sepan divulgar estas materias y aterrizar estos conocimientos sobre todo para jóvenes y adolescentes que usan esta herramienta. Como decía el usuario que inició el artículo sobre el sol con la escueta definición “Única



Los participantes aprenden paso a paso cómo construir y documentar un artículo en Wikipedia

estrella del sistema solar alrededor de la cual orbitan sus Planetas”, y comentó “a ver si algún astrónomo se anima”, pues a ver si más personas con estos perfiles se animan.

Estos perfiles técnicos y científicos son necesarios porque para biografiar a mujeres relevantes en los ámbitos de la energía y el medioambiente hay que poder explicar bien, de forma accesible para perfiles no científicos, sus logros. Un ejemplo es el caso de la biografía de Sara Correyero que, como ingeniera aeronáutica y emprendedora y empresaria en el campo aeroespacial, ha recibido reconocimientos por sus innovaciones para “hacer del espacio un entorno sostenible”. Seguro que su biografía puede editarse y enriquecerse con mayor profundidad y detalle por alguna persona con los conocimientos técnicos aeronáuticos necesarios. De hecho, Sara Correyero nos contó la anécdota de que fue su madre la que le avisó de que se había publicado su biografía en Wikipedia, esto mismo le pasó a Sonia Castañeda. Ambas estaban deseosas de leer los textos para ver si “todo estaba bien”; si se había recogido correctamente los datos de sus biografías. Sara Correyero se enteró estando en un avión justo antes de despegar y no pudo comprobar su biografía hasta después de aterrizar.... tuvo que esperar a leerse mientras se preguntaba qué se habría publicado sobre ella. Las mujeres biografiadas con las que mantuvimos la mesa redonda mostraron, con carácter general, su sorpresa, ilusión y un poco de pudor por verse en Wikipedia. La sorpresa inicial también se vio acompañada, en algunos casos, de una desconfianza inicial que, por suerte, desapareció al leer sus biografías y al entender cómo funciona esta herramienta. Todas agradecieron el enfoque de los artículos: están ahí porque son profesionalmente relevantes y se ha puesto en valor su trayectoria y sus logros (aunque no hayan podido aportar fuentes primarias).

Wikiesfera apuesta por la alfabetización digital con perspectiva de género

Wikipedia e IA o Wikipedia vs IA

El uso de la IA es, cuanto menos, controvertido. También entre las personas wikipedistas. Como hemos comentado, la Fundación detrás de Wikipedia no tiene ánimo de lucro y editar en Wikipedia es una actividad altruista. Las motivaciones detrás de las empresas de IA (de la gran, gran mayoría), es, claramente, otra. Hay argumentos a favor y en contra del uso de la IA en su relación con Wikipedia, algo que hemos visto en este proyecto. Intento resumir con la mayor neutralidad posible.

A favor: el problema no es la IA, es el analfabetismo digital que propicia un uso y una interpretación equivocados de los resultados. La IA nos facilita una

probabilidad de contenido, no un contenido necesariamente fehaciente. Hay que saber usarla; saber hacer las preguntas o peticiones de forma adecuada.

En contra: la IA realiza un uso extractivista de información disponible en internet, especialmente de Wikipedia, aprovechándose del trabajo que hay detrás de sus wikipedistas y editores. También se inventa la información al no tener criterio y también se usa sin criterio por la falta de alfabetización digital.

Ambas posturas son coincidentes en cuanto a la necesidad de alfabetización digital. La participación en las distintas actividades de este proyecto ha supuesto una mejor capacitación en alfabetización digital, desde un enfoque de género.

La sede de Greenpeace España acogió una de las editatonas de Wikiesfera, centrada en crear y mejorar contenidos sobre mujeres, energía y medioambiente



Aprender a editar también es aprender a buscar, contrastar y divulgar

AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias y aprovechar la ocasión para reconocer la participación en este proyecto de las siguiente mujeres y hombres que, mientras mejoraban su alfabetización digital, han hecho visibles a científicas y ambientalistas: Ana Alonso, Ana Arias, Ana Puy, Aurora Recio González, Bárbara Gutierrez Teira, Carmen Fernandez, Cristina Heras Felipe, Ester Bueno González, Eva López Barrio, Inés Peña Mayor, Jeannette Ferreira Gómez, Laura Pinos Galingosa, Lola Lorente Rial, María José Lafuente Franco, Marta Donlo, Miguel González Suela, Patricia de las Morenas Fernández, Ruth Diego García y Yolanda Besteiro de la Fuente. También a nuestras formadoras y mentoras de Wikiesfera, por sus conocimientos, su paciencia y su ayuda siempre: Patricia Horrillo, María Sefidari, Isabel Zapico y Liliána Álvarez.

MASCULINIDADES EN TRANSICIÓN

Políticas públicas para un cambio sistémico

BAKEA ALONSO Y LIONEL DELGADO
Fundación Iniciativa Social

La transición ecológica abre también un debate sobre las masculinidades. Cada vez más investigaciones relacionan el patriarcado y el modelo extractivista con la crisis ecosocial y reclaman políticas públicas que impliquen a los hombres en el cambio.



La relación entre patriarcado, sistema extractivista capitalista y la crisis eco-social que atraviesa la humanidad ha sido ya ampliamente debatida. Desde los pineros trabajos de Silvia Federici (2004), quien narra cómo la domesticación de las mujeres fue necesaria para el nacimiento del sistema extractivista actual hasta las reflexiones de la politóloga Cara Dagget (2018) que alude al concepto de petromasculinidad para apuntar a la relación entre la virilidad hegemónica y la materialidad simbólica y económica de los combustibles fósiles. Señala así, que la crisis climática no es solamente un colapso ecológico, sino que se trata de un fenómeno por el cual las estructuras de poder patriarcal, racial, misógino y extractivista se retroalimentan. Todo ello, sobre la construcción de una subjetividad masculina ligada al motor de combustión, la fuerza, la velocidad y el dominio. La arqueóloga Almudena Hernando (2021) argumenta

que los hombres han desarrollado una identidad hiper-individualizada que les impide reconocer su dependencia de los demás y de la naturaleza. El patriarcado alimenta la explotación medioambiental.

La correlación entre desigualdad de género y cambio climático la ha puesto de manifiesto también Naciones Unidas (ONU, 2025) al constatar, por ejemplo, que hay un aumento del 28% de los feminicidios durante las olas de calor. También algunas investigaciones apuntan a la relación de la masculinidad con el rechazo al reciclaje o a las actitudes y prácticas de cuidado del medioambiente. En países como Estados Unidos, durante la pandemia de la COVID-19 también se registraron mayores comportamientos reactivos, con las medidas de seguridad, entre hombres.

Todo ello nos lleva a plantear que no es posible hablar de un cambio en la masculinidad y en los hombres sin que se vean

trastocados, a la vez, los distintos sistemas de dominación y de definición del mundo que se entrelazan. Algunos autores han apuntado ya cómo las posiciones negacionistas climáticas suelen articularse conjuntamente con otras posiciones ideológicas como el racismo, el nacionalismo o, directamente, con el fascismo (Forchtner, 2019). Sin embargo, a pesar de los vínculos existentes, el enfoque de las masculinidades rara vez forma parte de los análisis generales de la crisis medioambiental mundial (Delgado, 2025).

Si nos fijamos en cómo las políticas de igualdad que se han desarrollado en España desde los años 80 han definido sus objetivos, las mujeres aparecen como el sujeto que tiene los problemas y, por tanto, receptora de las medidas. Podemos decir que son recientes las políticas que de manera explícita hablan de transformar la masculinidad y/o dirigir medidas específicas a los hombres



El extractivismo y la masculinidad hegemónica comparten una lógica de dominio y explotación, donde la fuerza, el control y la conquista de la naturaleza se convierten también en símbolos de poder y virilidad

Cárguelo hasta los topes, póngalo a más de 140 y sabrá por qué lo llamamos Especial.

Con toda la familia, lleno de equipaje, en carretera o en ciudad, pídale que suba, adelante o alcance más de 140 por hora. No hay problema. Con sus 52 CV (DIN) y su peso perfectamente adecuado a la potencia del motor, el Seat 850 Especial puede superar las pruebas más difíciles. Compruébalo. Y no le importe pisarle a fondo, lleva frenos de disco.

Seat 850 Especial, todo un 850.

SEAT 850 especial

Patriarcado, extractivismo y crisis climática están conectados

(Alonso, 2024). El Plan Corresponsables, impulsado por el Ministerio de Igualdad, aparece como un buen ejemplo de política de igualdad que plantea el objetivo de promover la corresponsabilidad de los hombres con los cuidados dedicándole una partida presupuestaria específica para alcanzar dicha meta.

Además del campo de la corresponsabilidad de los cuidados, el otro ámbito en el que los poderes públicos han empezado a marcar objetivos con relación a los hombres y la masculinidad es el de la violencia de género, por razones obvias. Tanto la última Estrategia contras las Violencias Machistas (2022-2025) como la renovación y actualización de Pacto de Estado contra la Violencia de Género señalan la necesidad de involucrar a los hombres.

Sin embargo, es necesario que, y siguiendo la estrategia del mainstreaming de género, un enfoque sobre hombres y masculinidades empape toda la política pública. Con relación a las competencias propias del Ministerio de Transición Ecológica y Reto Demográfico, hay terreno que abonar.

Por un lado, sabemos, por ejemplo, que si analizamos el riesgo climático desde un enfoque de género hay muchas diferencias entre mujeres y hombres: no parten del mismo nivel de preocupación, ni se comportan de la misma forma para prevenir o combatir sus efectos. Las mujeres son más conscientes de la vulnerabilidad porque presentan mayores tasas de afectación personal (sobre todo coinciden en indicar que padecerán más problemas de salud derivados de las olas de calor o la mala calidad del aire) y se preocupan más de las posibles consecuencias sobre las personas a las que cuidan.

Por su parte, los hombres han estado

relacionados con prácticas altamente contaminantes, especialmente cuando sus identidades masculinas se ven en riesgo. En ese sentido, Lionel Delgado apunta que la ansiedad climática, el vértigo de género y los contextos de precariedad percibida generan un ecosistema donde los mecanismos de compensación reactiva de género llevan a prácticas como el rolling coal (modificación de los controles de emisiones de los coches diésel para expulsar una nube negra por el tubo de escape), así como la utilización de coches SUV (Sport Utility Vehicle, 'Vehículo Utilitario Deportivo'), innecesarios para la ciudad y que son más bien una demostración de poder y estatus por su tamaño y su alto consumo; el aumento de la potencia, el sonido (por escapes estridentes sin silenciador) o la iluminación de coches o motos; la quema de neumáticos en celebraciones; la hostilidad hacia coches eléctricos; el imaginario de armas de fuego o la caza con vehículos todoterreno; los rallies de monster trucks; o la cultura prepper (preparacionista), fuertemente masculinizada que lleva a almacenar armas y combustibles para un colapso climático, imaginándose como últimos hombres capaces de sobrevivir y reflejando un deseo de restaurar un orden patriarcal blanco en un mundo postapocalíptico (Delgado, 2025).

Ahora bien, al mismo tiempo, la comprensión de las masculinidades y los roles y responsabilidades de los hombres en la sociedad pueden resultar en que los hombres y los niños experimenten una mayor mortalidad en algunos contextos de desastre (Instituto de las Mujeres, 2021).

Al respecto es importante insistir en que género no es sinónimo de mujer, que los hombres también tienen género y que la perspectiva de género permite, como

La masculinidad hegemónica aparece asociada simbólicamente a valores como la fuerza, la velocidad, el control, la independencia, el dominio y la capacidad de imponerse. El automóvil, el motor, la potencia o el consumo de combustible pueden convertirse, así, en símbolos de virilidad © SEAT



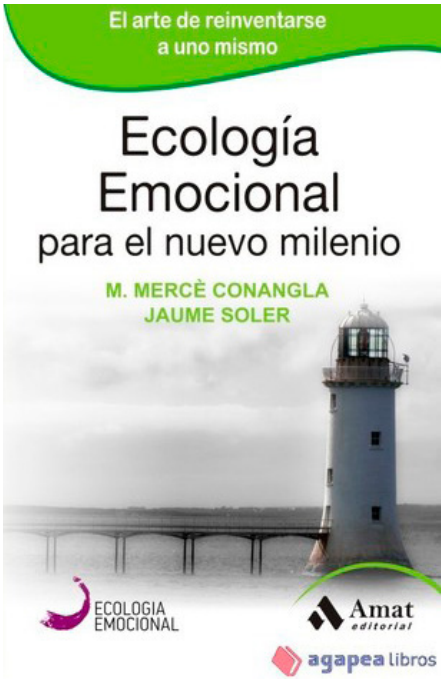
MenEngage Alliance propone abrir espacios de diálogo que permitan cuestionar las masculinidades tradicionales y promover formas más igualitarias, cuidadoras y comprometidas de ser hombre © MenEngage Alliance

definirá Marcela Lagarde hace ya 30 años, analizar las posibilidades vitales de las mujeres y de los hombres, el sentido de sus vidas, sus expectativas y oportunidades, así como las complejas relaciones que se dan entre ambos géneros. Sin embargo, cuando se echa una mirada a algunos de los Planes más recientes en materia climática, como el Plan Nacional Integrado de Energía y Clima (PNIEC 2023-2030) o Plan de Adaptación al Cambios Climático (PNACC 2021-2030) en ninguno aparece el término masculinidad ni se plantean medidas dirigidas de manera específica a los hombres. Si encontramos una pequeña mención a los hombres en el Plan de Recuperación. 130 medidas (2021-2023) a la hora de señalar su mayor presencia en el medio rural, y la necesidad de aumentar su responsabilidad en los cuidados.

Por otro lado, en el Plan de Acción de Educación Ambiental para la Sostenibilidad (PAEAS) hay poco foco puesto en frenar el negacionismo y promover la reflexión sobre los afectos ambientales más allá de informar sobre la sostenibilidad, la economía verde o la prevención de riesgos medioambientales.

Ahora bien, es bueno visibilizar también buenas prácticas que se pueden dar en espacios pedagógicos, como la integración en los currículums escolares de procesos de gestión de emociones -como el miedo climático- sin caer en negación o autoritarismo

El libro aborda la gestión de las emociones como una herramienta para afrontar los retos sociales y ambientales desde el cuidado, la responsabilidad y la transformación personal



que, por ejemplo, lleva a cabo la Fundación Ecología Emocional (Delgado, 2025).

En el plano europeo parece que empieza a verse de manera muy clara la necesidad de incorporar a hombres y niños en las estrategias para la igualdad. Así, la Estrategia para la Igualdad de Género 2026-2030 va a poner esfuerzos en promover “Boys in HEAL”, es decir, atraer a más niños y hombres a estudiar y trabajar en sectores como la salud y la educación. Se trata de una estrategia que pretende complementar la existente “Girls Go STEM” para abordar la segregación ocupacional según género.

Otro indicador que da señales de la relevancia que está tomando el asunto de hombres y masculinidad en las agendas internacionales es que en la pasada CSW70 (Comisión de la Condición Jurídica y Social de la Mujer) que se celebró en Nueva York en marzo de 2026, la reacción antifeminista ha ocupado un lugar central y en palabras del secretario general de la ONU, António Guterres, «Seguimos viviendo en un mundo dominado por los hombres, con una cultura dominada por los hombres. Y la igualdad de género es, fundamentalmente, una cuestión de poder.». Los diálogos celebrados en la CSW70 desentrañaron los vínculos entre las masculinidades patriarcales y amenazas sistémicas más amplias, como la erosión de la democracia, la reducción del espacio cívico y el auge del militarismo a nivel mundial.

Del privilegio al cuidado

Desde la alianza MenEngage, una comunidad que trabaja con hombres y niños por la igualdad de género, se aborda la justicia climática junto al resto de temas que configuran su campo de acción: backlash, los cuidados y paternidad, pacifismo, violencia de género, derechos LGTBIQ+, derechos sexuales y reproductivos y antirracismo. Con respecto a la relación entre la crisis climática y la masculinidad MenEngage señala que:

Las masculinidades patriarcales dañan a las personas y al planeta. Las normas y estereotipos dominantes que glorifican el control, la explotación, la extracción, la competencia y el poder sobre los demás impulsan la destrucción del medio ambiente y las desigualdades sociales.

Mayor huella de carbono de los hombres y los niños. Por término medio, los hombres y los niños consumen más productos con alta intensidad de carbono, viajan más en transporte privado y muestran un menor compromiso con las prácticas sostenibles

Rasgos «femeninos» menospreciados. El

cuidado, la compasión, la sensibilidad emocional y la cooperación, cualidades esenciales para la sostenibilidad, se desalientan socialmente en los hombres y se infravaloran en el liderazgo y en las políticas.

Raíces sistémicas en el colonialismo y el patriarcado. Las economías extractivas, el capitalismo industrial y la explotación de los recursos están históricamente moldeados por lógicas patriarcales y coloniales de dominación y lucro por encima del cuidado.

Toma de decisiones dominada por los hombres. Las negociaciones sobre el clima, las empresas y los gobiernos siguen estando controlados en gran medida por hombres.

Los hombres en el poder y la brecha entre la rendición de cuentas y la responsabilidad. Los más ricos y poderosos —en su mayoría líderes masculinos— son los principales responsables de las emisiones.

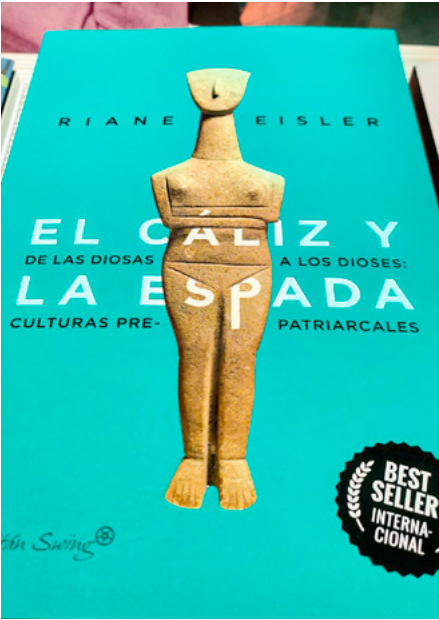
Ahora bien, los diagnósticos parecen claro, pero ¿qué hacer? MenEngage insiste en considerar y potenciar el papel de los hombres como aliados, beneficiarios y agentes de cambios a través de cambios que van desde lo individual a lo más sistémico, veamos:

Hablar de emociones ayuda a combatir los discursos antifeministas

Fuente: Elaboración propia

INDIVIDUALES	SISTÉMICOS
- Usar su privilegio para hablar con otros hombres. - Fortalecer el liderazgo de las mujeres. - Rendir cuentas. - Adoptar éticas del cuidado. - Implicarse y promover acciones comunitarias. - Hacer incidencias políticas.	- Abordar las masculinidades patriarcales en las acciones cilmáticas. - Integrar la justicia de género en las políticas climáticas mundiales. - Establecer mecanismos de rendición de cuentas. - Financiar la justicia climática. - Comprometerse con el cambio sistémico para lograr economías trans formadoras basadas en el cuidado.

Riane Eisler sostiene que la humanidad no estuvo siempre organizada en torno a la lucha y la competencia, sino que también existieron sociedades basadas en la inclusión y la participación © Capitán Swing



A todo ello hay que sumar una práctica que, quizá, puede despertar todavía cierto recelo en algunos sectores del feminismo pero que se está desplegando como una puerta de entrada al trabajo de concienciación con los hombres y una forma de contrarrestar las narrativas que victimizan a los hombres así como medio para diseñar contranarrativas a las posiciones anti-gender: crear espacios de diálogo y apoyo donde los hombres puedan abiertamente hablar de sus emociones y frustraciones (MenEngage Global Alliance, 2025).

En cuanto a las estrategias de tipo más estructural se detecta que, a pesar de la retórica global, existe una desconexión entre lo que se acuerda en foros internacionales y lo que realmente se ejecuta, así como signos de corrupción dentro de las estructuras de poder dominadas, en su mayoría, por hombres que actúa como una barrera (Burrel, 2025).



De la masculinidad industrial a la masculinidad ecológica

Una vez que hemos tratado de responder de manera somera a porqué y cómo introducir la conversación sobre la masculinidad y la implicación de los hombres en los temas de transición ecológica toca dedicar unas palabras al para qué, es decir, ¿cuál es el objetivo del cambio que se quiere promover? ¿qué hombres y masculinidades necesitamos? ¿masculinidades feministas, como dirá bell hooks? ¿igualitarias, anti patriarcales, corresponsables? ¿hombres buenos? ¿justos?

Más allá de debates terminológicos y conceptuales que sobrepasan los objetivos de este artículo, el concepto de ecomasculinidades emerge como un concepto interesante que trata de englobar muchas cosas a la vez: un cuidado más amplio, profundo y generalizado de los bienes comunes, desde lo global hasta lo local (Hultman y Pulé, 2018). Una masculinidad (y unos hombres) con responsabilidad ecológica, con los cuidados y emocional; un reenmarcamento afectivo que se mueva de la nostalgia fósil al apego colectivo (Delgado, 2025)

En ese sentido, para autoras como Cara Daggett, se trata de poder desvincular la identidad masculina de los combustibles

Los vehículos sobredimensionados reflejan cómo determinadas elecciones de movilidad están atravesadas por imaginarios culturales y formas de entender el éxito y la identidad

fósiles interviniendo en la asociación simbólica entre el petróleo y la virilidad o el poder patriarcal. Su propuesta pasa por una ética que proponga la vulnerabilidad y la interdependencia ecológica como valores deseables. Otros autores, como Joshua Nelson (2020), proponen alternativas positivas como la de una revalorización de nuevas identidades como los “padres protectores” o los “custodios de la tierra” como traducciones concretas de las ecomasculinidades que consigan redirigir los malestares masculinos hacia la protección ambiental.

Para tal aspiración no podemos olvidar varias cuestiones que, como definirá la experta en masculinidades Connell (2003), al margen de la masculinidad hegemónica, existen las masculinidades de subordinación, marginales y cómplices que nos remite, necesariamente, al concepto de interseccionalidad aplicado al caso de los hombres ya que las normas, posiciones e identidades masculinas están moldeadas por las interacciones entre clase, color, raza (Viveros, 2023).

En un mundo tan necesario de esperanza nos hacemos eco aquí de las palabras de Angela Saini, periodista científica, cuando dice que el enemigo no son los hombres, sino los sistemas que privilegian a los hombres poderosos. Insiste además en que el origen

del patriarcado es más endeble y menos extendido de lo que pensamos: los patriarcas no son todos los hombres, son hombres con mucho poder, los hombres de la élite. Por su parte, Riane Eisler, la autora del clásico El Cáliz y la Espada, basándose en evidencias arqueológicas, antropológicas e históricas, insiste en que la humanidad en su origen no estaba centrada en la lucha y en la competencia, sino en la inclusión y la participación y que no es cierto que la violencia y la dominación masculina sean parte de nuestra naturaleza humana.

Con todo, parte del camino que nos queda para la promoción de otras masculinidades alternativas pasa por intervenir en los deseos masculinos. La forma más rápida pasa por promover nuevos imaginarios ligados a modelos de masculinidades ecologistas que consigan desviar el deseo dirigido hacia los modelos consumistas y contaminantes de afirmación de la virilidad. Ecomasculinidades ligadas a las labores de cuidados, no sólo de las personas sino también de los ecosistemas, de las comunidades y, en general, del planeta, en vez de masculinidades individualistas que luchan por afirmar su poder, independencia y virilidad en contextos de emergencia climática. O quizá se trate de sustituir el androcentrismo por una suerte de ecocentrismo.

Las ecomasculinidades reivindican el cuidado y la interdependencia

La cultura del petróleo ha contribuido a construir una idea de masculinidad vinculada al motor, la velocidad y la abundancia energética



MEMORIA DE UNA VIDA EN VERDE

De la España rural a la transición ecológica, una trayectoria en primera persona

PACA BARAZA

Bióloga, ex Comisionada para el Ciclo del Agua y Restauración de Ecosistemas y ex presidenta de la Mancomunidad de Canales del Taibilla

Tras casi cinco décadas de entrega a la educación, la ciencia y la gestión pública ambiental, Paca Baraza pone voz a una trayectoria que es también la de toda una generación de mujeres. Desde la España rural marcada por la dictadura hasta los espacios de decisión en la política ambiental, su relato recorre memoria, lucha y compromiso, y se convierte en un homenaje a quienes, con tenacidad silenciosa, han hecho posible la transición ecológica que hoy seguimos construyendo.



La generación de mujeres que nacimos en la década de los 50 del siglo XX, y hemos desarrollado un cierto activismo, social, ambiental, político, educativo... en los distintos ámbitos donde hemos trabajado o participado, tenemos algunas características en común: la tenacidad, el trabajo constante, la rigurosidad, la lealtad y un fuerte compromiso por la justicia, la igualdad y la lucha permanente por mejorar las condiciones de vida de las personas y de los entornos en los que vivimos. Lo llevamos impregnado en nuestros genes. Porque hemos vivido en un país sometido a una dictadura en un tramo importante de nuestras vidas, y eso nos ha marcado de por vida.

Mi vida y mi trayectoria roza un poco estas señas de identidad, como tantas otras mujeres que han luchado desde muy jóvenes por lograr una democracia, y unos derechos que hoy, afortunadamente tenemos reconocidos. Aunque siempre hay alguna nube que ensombrece nuestro presente e inquieta nuestro futuro.

Y nos toca seguir luchando siempre, no bajar la guardia, como aquellas mujeres que fueron mi referente, mi abuela, mi madre, ejemplos a seguir en una España paupérrima, analfabeta, de sudor y lágrimas... El miedo presidiendo sus vidas, pero también la valentía, la fortaleza, el trabajo diario para salir adelante... y en medio de esa dureza, el amor inconmensurable que eran capaces de transmitir.

Paca destaca la preparación y el compromiso de las mujeres que han liderado las políticas ambientales en España como Teresa Ribera



La educación ambiental es una herramienta transformadora de la sociedad

Entre la montaña y el mar

La España rural de los años 50 y 60, mi escenario vital de infancia y adolescencia tuvo sus luces y sus sombras. Un pueblo entre la montaña y el mar, una casa en el límite entre lo urbano y lo rural, junto a una rambla y una carretera de entrada al pueblo, rodeada de bancales cultivados de hortalizas, alfalfa, cebada, para el mantenimiento de la familia y de los animales, un gallinero donde se ubicaba en un rincón un agujero inmundito, la letrina, una zafa y una cubeta para lavarse... y a esas condiciones el contacto con la naturaleza me acompañó a lo largo de toda mi vida. El croar de las ranas en la balsa de riego, el inmenso algarrobo que cobijaba mis juegos de infancia, las paleras en hilera que a modo de barrera protegían la casa de las primeras embestidas de las riadas y la fuerza del agua, y los zorros, enormemente sagaces, y grandes estrategias para la caza y la supervivencia, que en sus visitas nocturnas daban cuenta de las gallinas y sus polluelos. Recuerdo las largas caminatas con mi padre buscando tapeneras, tomillo, romero, orégano o un sinfín de plantas que el asociaba a la cura de muchos males.

Yo creo que de esas vivencias me vino la inclinación por las ciencias naturales y la biología.

Mis primeros pasos como profesional los di en la educación, como maestra de EGB. Los inicios de la década de los 70 estuvieron marcados por el activismo político, sobre todo, de lucha contra el régimen franquista, pero también hubo mucha ebullición en el mundo de los profesionales de la enseñanza, la escuela nueva, Freinet, Montessori, Tonucci, las escuelas de verano... el entusiasmo por transformar instituciones obsoletas, dominadas por los códigos religiosos y la falta de libertades, por abrir las puertas y crear una escuela entre todos, diferente, que abriera las mentes, también dirigida a los padres y madres. Años de lucha, de rebeldía, de esperanza.



En la Albufera de Valencia ha trabajado impulsando su recuperación y resiliencia frente al cambio climático. En la imagen, Paca Baraza junto a la ministra Sara Aagesen, Laura Martín Murillo y Miguel González Suela

Ecología y perspectiva holística

El año 1975, fue un hito importante para tantos españoles, la muerte de Franco, que transformaría nuestras vidas. También el año donde la Universidad de Murcia implantó la carrera de Biología. Una licenciatura tan deseada por mí, y que no pude hacer en su momento por falta de medios y otras cuestiones familiares. No lo dudé, y aunque estaba trabajando en una escuela privada me matriculé. No me defraudó la universidad pública, por el papel tan importante que desempeñaba, imprescindible, de contacto con el conocimiento, de apertura, de desarrollo personal, de conexión con el mundo, superando lo inmediato y local para ampliar fronteras. Y fue precisamente la asignatura de Ecología y el profesor que la impartía el que me abrió las puertas de la comprensión holística, de la necesidad de analizar las situaciones, los eventos, los hechos que acontecen desde una perspectiva integrada, ecosistémica.

Desde entonces, esa visión y esa coherencia me ha acompañado a lo largo de mi tarea profesional, primero en la enseñanza y más tarde en la administración ambiental, tanto en los años que he pasado en la Comunidad Autónoma de Murcia como en el Ministerio de Medio Ambiente: educación ambiental, gestión de espacios naturales,

evaluación de impacto, políticas públicas, gestión de la costa, de los recursos hídricos o de los humedales. He visto cambiar el lenguaje, las prioridades, y en cierta medida, también las estructuras. Hoy tenemos un Ministerio para la Transición Ecológica y el Reto Demográfico, y una ministra que ocupa la vicepresidencia tercera del gobierno de España, algo impensable hace 40 años. Sin embargo, el papel y el reconocimiento de la mujer en este campo ha evolucionado muy lentamente, y todavía queda mucho por conseguir.

Sin lugar a duda, siempre ha habido mujeres referentes en el ámbito del medio ambiente, que han sido objeto de admiración y respeto. Leer a Rachel Carson (La primavera silenciosa, 1962) y su denuncia pionera sobre los efectos de los pesticidas fue entender que la ciencia también podía ser una forma de activismo. Más adelante conocí el trabajo de Wangari Maathai, una activista y política keniana, que fundó el Movimiento Cinturón Verde, que vinculaba restauración ambiental y justicia social, o el de Gro Harlem Brundtland, que impulsó el concepto de desarrollo sostenible en la agenda internacional (Nuestro futuro común, 1987). No eran solo científicas o políticas: eran mujeres que habían abierto camino en espacios donde antes apenas había voces femeninas. Pero siguen siendo una minoría.



Para Baraza la Albufera un ejemplo de la necesidad de proteger los ecosistemas y gestionar el territorio desde una visión integral

La perspectiva de género es una herramienta para construir soluciones más completas y justas

Educación ambiental

En los inicios de mi tarea profesional como bióloga la presencia masculina en el ámbito ambiental era abrumadora. En 1987 se creó en la Comunidad Autónoma de la Región de Murcia, la Agencia Regional para el Medio Ambiente y la Naturaleza, y se me llamó para impulsar el primer programa regional de educación ambiental. Fue un gran reto para mí. Porque creía en el papel de la educación como eje transformador de la sociedad. Una sociedad que venía de 40 años de oscurantismo, muy alejada todavía de los avances, culturales y sociales de los países de nuestro entorno. Esto me permitió conocer y conectar con ámbitos diferentes relacionados con la educación, el ecologismo y las organizaciones sociales que luchaban por la conquista de derechos básicos aún no reconocidos. El medio ambiente supera lo ambiental y se integra en lo social y económico, en el modo de vida de la gente, y de ahí damos un paso más para llegar al concepto de desarrollo sostenible... Esa visión

integrada, de análisis de la realidad, estaba presente en los programas de educación ambiental y en las múltiples tareas que se desarrollaban, donde el papel de los biólogos y de la mujer era evidente. Llevábamos ya años de experiencia y de lucha. Y en este ámbito, el impulso que desde la incipiente administración ambiental del Estado dio Susana Calvo fue fundamental para implantar la educación ambiental como eje de las políticas ambientales: “La sensibilización y la educación son las herramientas que se deben utilizar como estrategias intermedias entre la gestión y los ciudadanos, proponiendo la participación como única manera de conciliar las necesidades sociales con la preservación de los procesos vitales de los que dependemos”, aseveraba. Una mujer que nos ha dejado un gran legado, el Libro Blanco de la Educación Ambiental en España, las Jornadas Nacionales de Educación Ambiental, los Seminarios permanentes... y tantas otras acciones que promovió, desde su atalaya en el ministerio o desde la vicepresidencia de UICN.



Recuperar los ecosistemas degradados exige actuar sobre sus causas y devolver al territorio su funcionalidad y capacidad de regeneración y resiliencia, como en el caso del Mar Menor y Doñana.

Gestión de espacios naturales

De la educación ambiental amplí mi campo de trabajo a la planificación y gestión de espacios naturales, un ámbito que en un principio estuvo relacionado en su gestión con el antiguo ICONA y la gestión forestal llevada a cabo tradicionalmente por ingenieros de montes. En el trabajo de campo, en reuniones técnicas o en espacios institucionales la presencia de mujeres era muy escasa. No era necesariamente una hostilidad abierta, pero sí una constante sensación de tener que demostrar más, de ser evaluada con un criterio distinto. Recuerdo que, en esos primeros años, cuando señalaba riesgos ambientales, o proponía alternativas más sostenibles, a

menudo se interpretaba como una postura “emocional” en lugar de técnica.

Trabajar en medio ambiente también implica lidiar con condiciones complejas: desplazamientos constantes, trabajos en terreno exigentes, horarios irregulares. Durante años, estas dinámicas se diseñaron pensando en trayectorias laborales lineales y sin interrupciones, algo que no siempre encaja con las realidades de muchas mujeres, especialmente cuando aparecen responsabilidades de cuidados que requieren conciliar. Es el caso de muchas profesionales que han tenido muchas dificultades para compaginar la maternidad o el cuidado de los padres con el trabajo, y a veces han tenido que renunciar. No porque faltara compromiso, sino porque

faltaban estructuras que entendieran esa realidad.

Aun así, también he sido testigo de cambios importantes. Cada vez hay más mujeres formadas en ciencias ambientales, biología, ingeniería... En los equipos técnicos ya no somos una excepción, y empiezan a aparecer referentes femeninos en posiciones de liderazgo, a nivel mundial pienso en figuras contemporáneas como Vandana Shiva, figura clave del ecofeminismo, que ha defendido la biodiversidad y la soberanía alimentaria, o Greta Thunberg, cuya voz ha movilizado a toda una generación. Aunque sus trayectorias son distintas, ambas reflejan cómo el liderazgo ambiental femenino puede adoptar múltiples formas.



Su extensa y brillante carrera profesional ha considerado que los conocimientos y miradas diversas son claves para una gestión ambiental más justa

Hemos vivido un país marcado por la dictadura, pero también por la valentía, el trabajo y la lucha por mejorar

Mujeres de valía

Sin embargo, los estereotipos no han desaparecido del todo. A veces son más sutiles: se espera que seamos más conciliadoras, que asumamos tareas de coordinación o comunicación, mientras que los roles más visibles o estratégicos siguen teniendo un sesgo masculino.

En los distintos ámbitos en los que he trabajado, los puestos de mayor responsabilidad los he desempeñado en la Administración General del Estado, a través del Ministerio de Medio Ambiente, como jefa de la Demarcación de Costas del Estado en Murcia, presidenta de la Mancomunidad de los Canales del Taibilla, y más recientemente como Comisionada del Ciclo del Agua y Restauración de Ecosistemas. En todos estos puestos dependientes del Ministerio de Medio Ambiente en diferentes etapas, he tenido como responsables a ministras, Cristina Narbona, Teresa Ribera y Sara Aagesen. Mujeres de enorme valía, preparación y responsabilidad que han contribuido, y contribuyen a que nuestro país esté ahora mismo en primera línea de las políticas ambientales.

Los dos primeros puestos de los que acabo de citar corresponden a organismos de una larga trayectoria dominados por ingenieros de caminos, canales y puertos fundamentalmente. Me correspondió ser la primera mujer, y además bióloga, en asumir la responsabilidad de dirección. No fueron fáciles los inicios, siempre hay una reticencia, un recelo, un cuestionar la valía...y hay que ganar la confianza, a base de demostrar solvencia, interés, dedicación, empatía, humildad y mucha comunicación.

Pero en todos los puestos que he desempeñado a lo largo de mis casi 48 años de servicio público he tenido claro que lo más importante era el trabajo en equipo, tanto en el ámbito educativo como, por supuesto, en el ambiental. En muchas situaciones me ha correspondido coordinar equipos, tanto en tareas de planificación, como de gestión y de toma de decisiones. Y lo más importante es precisamente la capacidad de comunicación, de analizar los problemas desde diferentes puntos de vista, de establecer un espacio común de aprendizaje y de participación.

En todos los equipos han jugado un papel importantísimo mujeres de una gran valía profesional y humana, que han permanecido en el anonimato.

Casi cinco décadas de trabajo, profesionalidad y compromiso con la educación y la protección del medio ambiente



La educación ambiental ha sido una labor que marcó sus primeros años de trayectoria profesional y su forma de entender la gestión del medio ambiente

Las voces de las mujeres no solo son necesarias, son imprescindibles

Transformación cultural

En mi opinión, la clave para avanzar en la transición ecológica no es solo una cuestión de tecnología o políticas públicas; también es una transformación cultural. Si aspiramos a modelos más sostenibles, necesitamos integrar miradas diversas, reconocer desigualdades y cuestionar inercias. La perspectiva de género no es un añadido, es una herramienta para construir soluciones más completas y justas. Y en ese camino, saber que otras mujeres estuvieron antes —abriendo puertas, cuestionando o inmovilizando estructuras, proponiendo alternativas— también ha sido un gran aliciente.

Mirando atrás, no definiría mi trayectoria

únicamente por las dificultades, pero tampoco las ignoraría. Han sido parte del camino y, en muchos casos, un motor para seguir adelante.

Ser mujer en este ámbito ha significado, para mí, aprender a ocupar espacios que no siempre estaban pensados para nosotras, cuestionar dinámicas establecidas y, poco a poco, contribuir a cambiarlas. La transición ecológica que necesitamos no solo transforma nuestra relación con el entorno, sino también la forma en que nos organizamos como sociedad. Y en ese proceso, las voces de las mujeres no solo son necesarias, son imprescindibles.

Ha sido una larga lucha que no podemos permitirnos perder.



